

DA  
CIÓ

CONSTITUTION

ARTICLE

SECTION

SECTION



201783

.R4

C4

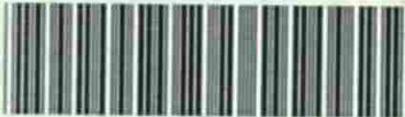
1833

v. 3

SECTION

SECTION

SECTION



1020133402

ONLINE



EL CEMENTERIO  
DE  
LA MAGDALENA.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

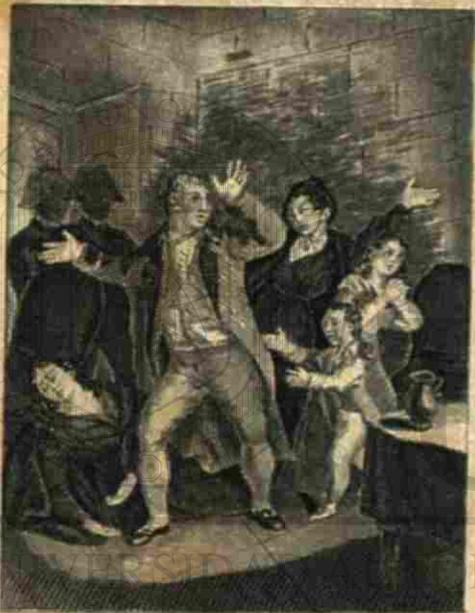
®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
PEREZ Y DONADO®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Paris, imprenta de Desrosiers, calle Cristina,  
n° 2.



*Á DIOS, los digo, con un acento tan tierno  
y tan penetrante, que madama Isabel  
se desmayó. Tom. III. pag. 31.*

EL CEMENTERIO  
DE  
LA MAGDALENA,

POR

J. J. REGNAULT-WARIN.

EDICIÓN CORREGIDA Y AUMENTADA CON UN RESUMEN  
DE LAS VIDAS DE LUIS XVI, DE MAD. ISABEL,  
DE LA DUQUESA DE ANGLEMA, DE LUIS XVIII,  
DE CARLOS X, Y DE LOS DUQUES DE  
ANGLEMA Y DE BERRY,

POR D. VICENTE SALVÁ.

TOMO TERCERO.



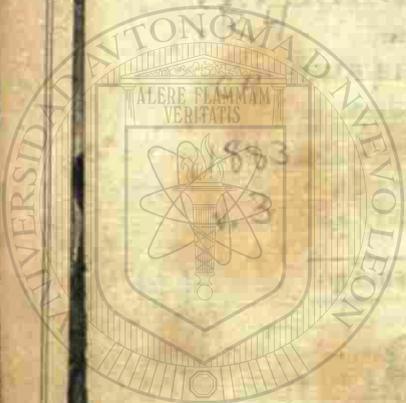
PARIS,

LIBRERÍA HISPANO-AMERICANA,

CALLE DE RICHELIEU, N.º 60.

1855.

EL CEMENTERIO  
PQ1783



á n  
y la  
secu

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL CEMENTERIO

DE LA

**MAGDALENA.**



CONTINUACION

DE

LOS APUNTAMIENTOS POR EL ABATE  
DE FERMONT.



EL MISMO DIA 20 DE ENERO DE 1793,  
A LAS CUATRO DE LA TARDE. ®

El resultado espantoso del dia 16 ha-  
bía en cierto modo imposibilitado mis  
facultades intelectuales, y mi enten-  
1.

dimiento ofuscado no podía arreglar, ni aun producir idea alguna. Tenía el espíritu como absorto entre visiones, y mi corazón había recibido un golpe tan recio, que había quedado casi insensible.

En vano las finezas del lord Fitz-Asland y de su hijo, y el cuadro de una familia feliz (pues madama Melwood ha encontrado en su amante, ántes infiel, un esposo que la adora) se reunían con las gracias de la amable Paquita, para despejar la lobreguez horrorosa de mi alma, que no podía desentenderse de las imágenes que la asaltaban. A todas horas oía alaridos lamentables, solo pensaba en mortandades, y no veía sino el cadáver del rey atrozmente desfigurado, y nadando en arroyos de su propia sangre, entre los restos dispersos de su potestad atropellada.

En esta agitacion me hallaba, cuan-

do entró Fitz-Asland con su hijo en mi cuarto, como á las nueve de la mañana, y despues de haberme demostrado la parte que les cabía en mis penas; no estamos todavía desahuciados, me dijo Edwino, pues en medio de los contratiempos anteriores y de las congojas de ahora, traemos un proyecto entre manos. Sabemos por buen conducto que van á enviar á Vd. al Temple para asistir al rey en sus últimos instantes; con que á Vd. corresponde el proporeionar y asegurar el buen éxito de nuestra empresa, en la cual no está Vd. ménos interesado que nosotros. Persuada Vd. pues al rey, que se ponga en nuestras manos, que descuide acerca de nuestras disposiciones, y que no escrupulize sobre lo que le pedimos. Su vida está pendiente de nuestro empeño, y le salimos fiadores de ella, si desecha al presente una delicadeza, que á mas de ser imtempesti-

va, puede equivocarse con la pusilanimidad.

El padre de mi alumno me manifestó el plan con que esperaba arrebatarse al monarca del suplicio. Sin aprobarlo en todas sus partes, juzgué que en aquella crisis ninguna tentativa podía empeorar el mal, y acaso se lograría disminuirlo.

## DIA 21.

Ya no existe!... El heredero de sesenta y cinco monarcas, el rey de Francia acaba de espirar en un cadalso. Voy á coordinar lo mejor que pueda mis ideas, y formar la relacion de sus últimos momentos.

Ayer 20, como á las tres y media, me hallé con una orden del consejo ejecutivo, residente en el palacio de las Tullerías, para presentarme inmediatamente; á la cual obedecí; y á las

cuatro en punto me abrieron la sala de audiencia.

Se descubría una consternacion dolorosa en el semblante de los ministros, que guardaban un silencio profundo. El de la justicia, Garat, que presidía, se volvió á mí y me dijo: Aquí hay una esquila de mano de Luis Capeto, con las señas del nombre y casa de Vd. El consejo supone que tendrá Vd. á bien el pasar al Temple: ¿está Vd. en ese ánimo? — Desde luego puede el consejo darlo por sentado; respondí tomando la esquila, que por la letra conocí era de madama Isabel. Hay momentos en que los deseos de un desdichado son mandatos, y así estoy pronto. Muy bien, dijo Garat: la obligación del consejo es ejecutar la ley, por mas rigurosa que sea; pero su intencion, y aun sus derechos permiten que se haga llevadera en cuanto quepa.

semblantes decorosos manifestaban su dolor, ó á lo ménos su compasion, los demas que cercaban al rey, le miraban con ahinco y con una sonrisa cruel; pero Luis tranquilo y sereno conversaba sossegadamente con el primero. Así que entré, se retiraron todos, cerró el rey la puerta, y quedamos solos.

Al pronto no pude espresarme sinó con lágrimas, y bañé, al ponerme á sus piés, la mano de Luis, quien habiéndome levantado, me abrazó con suma ternura, y me llevó á su gabinete.

Este breve trecho me proporeionó el volyer sobre mí, y recobrar en algun modo mi entereza. Comunicué á S. M. las esperanzas que conservaban sus fieles amigos, y le supliqué no pudiese por su parte ningun obstáculo. Condescendió con mi instancia; pero fué dándome á entender, que no le quedaba otro recurso efectivo que el del Ser supremo.

La conversacion versó luego sobre el estado actual de las cosas, sobre la opinion pública, sobre la familia real y sobre la situacion venidera de la Francia.

Por mas terrible, dijo el rey, por mas inaudita que sea la catástrofe que se prepara, es verosímil que léjos de ser el término de la crisis, solo sea su principio, y por decirlo así, su anuncio. Siempre he opinado, que si la revolucion daba á la Europa el espectáculo de un rey en el cadalso, era para habituarla á ver caer indistintamente cuantas cabezas coartan sus principios. ¿Quién se ha de atrever á hablar en efecto, y qué sangre habrá que clame por la venganza, cuando haya corrido la de un monarca, sin escitar el menor descontento? Conqué es mañana, como lo he dicho varias veces, mañana es cuando se empieza esta fúnebre carrera, que irán siguiendo todos a-

quellos, cuyas opiniones, virtudes, talentos ó riquezas causan algun reze-  
lo á la tiranía. Agüero funesto! tiem-  
pos calamitosos! ; Cuántos calabozos se  
verán llenos de víctimas! cuántos ca-  
dalsos tenidos de sangre! El cañon de  
los guerreros no se asestará ya contra  
los enemigos de la patria, sinó que irá  
á destrozar el pecho de sus hijos; la  
delacion será un deber; el asesinato  
una virtud; los hijos, contra todos los  
sentimientos de la naturaleza, pros-  
cribirán á los autores de su existencia;  
y las madres arrojarán bárbaramente á  
sus hijuelos en medio de los cuchillos.  
La muerte arrebatará con anticipacion  
la juventud sacrificada; los furores del  
incendio y los estragos del agua cons-  
pirarán con el acero á destruir esta ge-  
neracion; y los rios volverán hacia su  
origen, asustados de los cadáveres que  
se hacinarán en sus corrientes. — Yo  
estaba inmóvil de horror y de pismo,

al oír las espresiones del rey. Hasta  
entónces había advertido en él mucho  
tino, grandes conocimientos, una me-  
moría feliz y un juicio cabal; pero no  
me figuraba que átesorase los grandes  
medios de persuadir, convencer y ar-  
rebatar, que constituyen el orador.  
Acababa sin embargo de manifestar-  
los, bien los debiese á la naturaleza, ó  
bien fuese un efecto de las circunstan-  
cias.

Luego continuó con mas modera-  
cion: Pero estos excesos vendrán á cal-  
mar, tanto por el horror que causarán  
los pacientes, como por el cansancio  
de los mismos agresores: volverán en  
busca de la virtud, ménos por el cari-  
ño que le profesen, que por odio á los  
delitos. Este pueblo generoso, pero  
mudable; sensible, aunque inconstan-  
te; para el cual el homicidio habrá si-  
do un espectáculo de moda, pedirá  
luego otros juegos ménos atroces: de-

testará y sacrificará á los que le hayan descaminado tan bárbaramente, y quizá tambien, (y esta esperanza temple la amargura de mis postreros instantes) quizá derramando lágrimas sobre mi tumba, dirá: Luis, á quien acusaron de haber hecho correr la sangre francesa, no era un malvado: si fué culpable, lo sería por debilidad; los que le han sucedido, lo son con todo conocimiento, por sistema y por inclinación.

Tal es, mi amado abate, continuó Luis, despues de un rato de silencio, tal es, segun me temo, la suerte que la ambicion reserva á nuestra pobre patria. ¿No tengo razon en agradecer á la Bondad divina, el que me la haga dejar, para no presenciar las desdichas que la amenazan? ¡Ojalá le depare el Altísimo uno de aquellos personajes privilegiados, que reserva para que descuellen en medio de los siglos de

barbarie, como antorchas resplandecientes, y que atesoran un corazon abrasado con el amor de la patria, y un entendimiento formado por el conocimiento de los hombres y la esperiencia de los acontecimientos! ¡Así con el mismo brazo, con que haya rechazado los numerosos enemigos, que las turbulencias intestinas y la ambicion estrangera habrán suscitado á la Francia, enfrene todos los partidos opuestos á la felicidad general; y combine de tal modo los derechos del pueblo con sus obligaciones, que solo disfrute este de la libertad, cuando llegue á convencerse de que no es otra cosa que la justicia distributiva y universal!

Esta perspectiva brillante, en que mi imaginacion se esplaya y mi corazon se deleita, alivia mis penas con la esperanza de lo venidero. La idea sola de mi familia es la que contrasta mi esfuerzo, y escede toda mi constancia.

No, continuó el rey con los ojos llo-  
rosos, no puedo habituarme á la imá-  
gen de mi pobre muger, de mi herma-  
na idolatrada y de mis queridos hijos,  
que penarán hasta la muerte en esta  
torre, espirarán en la desnudez y el  
desamparo, ó seguirán al cadalso á  
su padre desventurado. Señor, le dijo  
entonces, todavía hay almas sensibles  
y vasallos fieles: ¿no podrían?... —  
Ah señor de Fermont! interrumpió  
Luis; los reyes, que suelen tener po-  
cos amigos, cuando son poderosos,  
tienen todavía ménos en llegando á  
ser desgraciados. ¿En dónde están to-  
dos esos grandes, esos prelados, esos  
nobles y esa multitud de sirvientes,  
que recibían de mi mano la subsis-  
tencia, las condecoraciones y el po-  
der? ¿qué se han hecho sus juramen-  
tos de morir por mí? Aun ántes de  
estar yo en manos de mis enemigos,  
¿no me han abandonado? Yo solo cum-

pliré mis promesas, mientras ellos, al  
saber mi muerte, tributarán á mi me-  
moria algunas lágrimas estériles, y se  
sonrojarán de ser perjuros. —

Después de este discurso me leyó  
con magestuosa entereza su testamen-  
to, cual lo había estendido definitiva-  
mente con arreglo á mis observacio-  
nes. Al pronunciar el nombre de su  
familia, los sollozos le atajaron el ha-  
bla, y apenas pudo acabar.

He conseguido de la Convencion,  
por la mediacion del ministro de la  
justicia, dijo entonces el rey, el per-  
miso de conversar con mi familia, y  
de disfrutar por la última vez este des-  
ahogo tan agradable como cruel, que  
he anhelado con vehemencia, y que  
me alegrara se me hubiese denegado.  
Después que los haya abrazado, me  
entregaré todo al Señor y á Vd. —

No se debe omitir aquí una observa-  
cion, que prueba que el despotismo

de la municipalidad no solo agobiaba á los ilustres presos confiados á su guardia, sino que iba ya estrechando á la Convención nacional. Habiendo esta decretado por instancia del rey, despues de su sentencia, que pudiese comunicarse con su familia, y habiéndose ántes acordado lo contrario por el ayuntamiento, la órden suprema de la potestad superior no pudo revocar el reglamento de policia de la autoridad subalterna; y no se halló otro arbitrio para conciliarlas, sino señalar á la familia real para sus vistas una sala, cuyas puertas vidrieras facilitasen á los comisarios el poder estar en acecho.

Luis pasó á las ocho á esta sala, á donde Glery le siguió, y yo me quedé en el gabinete. Habiendo luego entrado en el cuarto del rey, que mediaba entre las dos piezas, usé del permiso que me había dado su magestad de observarle y oír su última conversacion;

pero de modo que ni la reina ni otra persona alguna de la familia pudiese echarlo de ver. El ayuda de cámara puso sillas delante de la mesa, y sobre esta un jarro de agua con vasos al rededor. El rey entre tanto se paseaba muy pensativo, parándose á ratos, y dándose de cuando en cuando palmadas á la frente.

A las ocho y treinta y siete minutos entró la reina trayendo de la mano al príncipe real, á quien seguían madama Isabel y su sobrina. Luis se adelantó algunos pasos, y las abrazó; Antonieta se arrojó á sus piés sollozando; y Carlitos y las princesas suspiraban y lloraban amargamente. Sentado el rey y cerrada la puerta, la familia se repartió al rededor y en sus brazos.

Una escena como esta, en que todos los afectos y pasiones se ponen en movimiento para chocar entre sí, es mas fácil de imaginar que de espresar; y

las conversaciones que allí se tuvieron, corresponden tambien ménos á la historia que á las ficciones del pensamiento. Figúrese cualquiera una familia, que el consentimiento de cien generaciones habia hecho la mas noble, la mas poderosa y la mas rica, despenada en el seno de la indigencia, de la debilidad y del envilecimiento, por el espantoso vaiven de una revolucion que todo lo arrolla; y que cautiva, doliente y sin consuelo, está á las plantas de su cabeza condenado á muerte, haciendo mil caricias al mismo que ha de espirar en breve, y recogiendo las últimas palabras de su preciosa boca, y las postreras miradas de aquellos ojos adorados, que la muerte va á cerrar para siempre. Esposa tierna, ya no estrecharás mas el corazon de tu esposo contra el tuyo; hermana querida, ya no oirás las palabras de dulce cariño proferidas por un hermano; y voso-

tros, niños desvalidos, abrazad á vuestro padre por la última vez. Hoy todavia corre la sangre por sus venas: mañana ya no existirá....

La media hora primera de esta entrevista se pasó toda en llantos, gemidos, lamentos, suspiros y todos los impulsos de la desesperacion y del dolor. La familia de Luis le cercaba y le estrechaba en sus brazos; su hijo, su amable Carlos, alargaba sus manos para enjugar las lágrimas del padre; la afable María Teresa callaba llorando en pié, con la cabeza recostada sobre el hombro del rey, á quien estaba contemplando con ansias dolorosas; madama Isabel le cogía una mano, y se la aplicaba alternativamente á la boca y al corazon; y la reina, á pesar de su altanería, pagaba arrodillada á la naturaleza el tributo amargo de su desconsuelo. En cuanto á Luis, despues de haber cedido á los primeros impul-

soś del amor y de la sensibilidad, no trató mas que de mezclar sus caricias con consuelos, y sus besos con algunos consejos. Lo que sigue es en corta diferencia, lo que he podido recoger del razonamiento, cien veces interrumpido y otras tantas continuado, que dirigió á su querida y desventurada familia.

«Vamos, vamos, esta es demasiada afliccion: agradezcamos por el contrario á la Providencia, el que me haya conducido al término de mis penas. En qué soy tan digno de lástima? Pierdo una vida, cuyos días ha acibarado la desgracia; pero la que voy á conseguir, será eternamente bienaventurada. Si tengo pues algun pesar, no nace del temor de esta pérdida, ni del de una corona perecedera que voy á cambiar por otra inmortal; mas ¿cómo podré dejaros en este fatal destierro, en este lugar de proscricion, sin

experimentar el mas entrañable desconsuelo? No creo sin embargo, que corráis ningun peligro: vuestra existencia no es, como la mia, un obstáculo á las miras de los ambiciosos. No desconfiéis pues enteramente; y sea cual fuere vuestro destino, llorád ménos por vosotras, que por las calamidades de la Francia; no olvidando jamas, que si la razon hace sufrir las injurias, la religion enseña á perdonarlas.»

¿Acaso, dijo la reina, no queda ya ningun recurso? Aquellos con que Michonis ha lisonjeado mi esperanza, no son quizás infundados: Toulan, el abate de Fermont, el respetable Malesherbes y el amable Edwino, ¿os han de desamparar todos á un tiempo? ¿No es este el trance en que combinarán sus arbitrios y reunirán sus esfuerzos? — Nunca he dudado de su afecto ni de su zelo, respondió el rey: tampoco du-

do de su valor, y quizas este los incitará á una nueva tentativa; pero temo que ha de redundar en perjuicio suyo, mas bien que en ventaja mia. ¿Cómo podrán lidiar unos cuantos hombres con todas las fuerzas unidas del partido de la anarquía? — ¡Ay hermano, dijo madama Isabel, qué cruel eres en quitarnos nuestras ilusiones! ¿Con qué no hay remedio, y nos abrazamos por la última vez? — A estas palabras se redoblaron los lloros y sollozos, y aquella virtuosa y sensible princesa se cayó sobre el pecho de su hermano, donde permaneció por un rato, enagenada por la fuerza del dolor.

Yo me engaño tal vez, insistió Antonieta con mas sosiego; pero no tengo por imposible el que os arrebaten de manos de los asesinos. No; nunca se atreverán á descargar el golpe sobre quien fué su rey. A veces tambien me lisonjeo de que un movimiento terri-

ble, que no espera para declararse sino el espectáculo de la afrenta que os están preparando, llevará vuestros asesinatos al cadalso, levantado para vos... Cielos! interrumpió Luis con precipitacion, ¿qué es lo que has dicho, y qué es lo que estás deseando? ¿No te horroriza la sangre que correría en semejante empeño? y ¿no basta que se derrame la mia? — Antonieta no contestó; pero por la inmutacion de sus facciones y por sus ojos centellantes, conocí que estaba bien agena de acompañar á su esposo en dictámenes tan pacíficos. Luego continuó diciendo: No se hable mas de eso; estáis resuelto á morir, y nada nos queda que hacer, sino juntar con los sentimientos de nuestra desesperacion los de la admiracion que debemos causar. En vuestra mano está el merecerla todavia con mas fundamento, pues podéis asombrar á la Europa entera que os está mi-

rando silenciosa. Manifestádle que un hombre esforzado, aun cuando tuviese sobre sí el acero matador, es siempre árbitro de su propia suerte: no consintáis en que unos sayones infames mancillen con sus manos sanguinarias vuestra cabeza, ennoblecida con la corona: en una palabra, en vez de recibir la muerte, dáosla vos mismo. — Es imposible espresar los impulsos que este consejo escitó en la familia real: la desesperacion, el horror y el espanto asomaron á un tiempo en los semblantes alterados del rey y de su hermana; enmudecieron de pavor, y se pararon á mirar á la reina con estrañeza y desconsuelo. Pero ella, cediendo no ménos á la altanería característica de su alma que al peligro de las circunstancias, continuó con vehemencia: Me hago cargo de vuestro silencio, y estoy ya oyendo vuestras reconveniones. No ignoro que la re-

ligion y la razon condenan, prohiben y castigan el suicidio; pero el horror indecible de las injurias, de que se siguen los deseos de venganza, nos induce á valernos en cierto modo de nuestras manos, para labrarnos el sepulcro. Ademas.... El rey la interrumpió con cierta severidad. Basta, dijo, y aun sobra: atribuyo á tu cariño esa estraña propuesta, y en este concepto te la agradezco; pero yo opino, que si siempre es un delito el darse la muerte, el dársela por no recibirla, es un desvario. Juzguen allá los hombres segun su opinion ó sus preocupaciones, y digan á una voz que he muerto afrentosamente; que á mí me basta para morir con dignidad, el estar bien con Dios y con mi conciencia. — Dieron las diez, y el rey levantándose hizo un ademán para indicar á su familia que había llegado la hora de su separacion; con lo que se redoblaron los clamores,

y los lamentos empezaron de nuevo. Por lo ménos, dijo la reina, ¿nos veremos mañana? — Sí, hermano, sí, papá; repitieron la hermana y los niños: que nos volvamos á ver mañana. — Os lo ofrezco, respondió Luis: abrazádmeme; y tú, querida esposa, disimula la dureza con que tal vez te he contestado. Sé que me amas, y que tus intenciones son laudables; pero á poco que reflexiones, conocerás, que si el suicidio no corresponde á nadie, corresponde mucho ménos á un rey. A Dios, mi amada Antonieta; pobre consorte mia, á Dios; procura ser siempre buena madre, y hablar de mí con frecuencia á mis queridos hijos. — El enterrecimiento del rey llegó á tal extremo al pronunciar estas palabras, que no pudo espresarlas sinó con sollozos; é inclinándose hacia su familia y reuniéndola en sus brazos, la estrechó repetidas veces con el estremio de la deses-

peracion; y despues desasiéndose de ella arrebatadamente, á Dios, les dijo, con un acento tan tierno y tan penetrante, que madama Isabel se desmayó. Abriendo entónces dos comisarios la puerta, acompañaron la familia real á su cuarto, y mientras esta llenaba la escalera de agudos alaridos, Luis xvi volvió á su aposento todo trastornado.

Se arrojó sobre un sillón, y se mantuvo un cuarto de hora en doloroso silencio, interrumpido solamente con lágrimas y suspiros. Clery, que estaba en pié delante del rey, sollozaba; y yo, ofreciendo sus trabajos á la divina Providencia, le pedía se dignase continuarle el esfuerzo necesario para el complemento de su sacrificio.

Rompiendo el silencio el rey, y alargándome la mano, soy muy débil, me dijo, señor de Fermont; mas yo espero que Dios no me acriminará el que le haya olvidado un momento para

pensar en mi familia. Ay de mí! ya no me verá mas! ahora ya soy todo de él y de Vd.

Luis XVI me espuso entónces en pocas palabras, pero con mucho método y claridad, sus principios, sus opiniones y conducta por lo que mira al cristianismo. Encontré á este monarca tan instruido como católico, y no tuve mas que desvanecerle ciertos escrupulillos, de los cuales su alma, tanto mas timorata porque era inocente, se impresionaba con demasiada facilidad.

Después de la cena, que fué ligera, le propuse que oyese misa y recibiese la Eucaristía, á lo que se convino muy contento; pero como se temía un desaire de parte del consejo, si hacía esta petición, me encargué yo mismo de presentarla.

Al oírle los miembros del consejo, se pusieron algunos de mal humor, y los demas se unofaron con menospre-

cio irónico. Uno de estos me puso la objecion atenta de que podía envenenar al reo con la hostia; y á fin de precaver este atentado sacrilego, hice presente á los municipales que podían suministrarme todo lo necesario para la celebracion: á lo que accedieron después de una larga consulta.

Vuelto al cuarto del rey, le confesé. Si me fuera licito manifestar en este escrito los secretos augustos de que me hizo depositario, ¡cuántas buenas acciones ignoradas merecerían la admiracion! ¡cuántos beneficios ocultos haría patentes á la gratitud pública! Tan modesto como virtuoso, Luis se sonrojaba mas al indicar el bien con que había esclarecido su carrera, que al confesar algunos yerros, propios de la humana fragilidad, de cuyo número era la excesiva condescendencia de su carácter. ¿Le castigaréis, Dios mio, por los desaciertos, sobrado induda-

bes por desgracia, á que le arrastró su natural propension? ¡Con cuántos trabajos, y con qué martirios ha venido á purgarlos!

A fuerza de súplicas é instancias repetidas, hice que se acostase á la una, y se durmió luego, quebrantado de dolor y de cansancio; pero consolado por su conciencia y por las precauciones religiosas que había tomado. Clery pasó la noche en una silla, batallando á un tiempo con el sueño y con el desconsuelo. Yo me postré á cierta distancia de la cama del rey, meditando y contemplando con respeto y terror aquel soberano destronado, aquel monarca preso, aquel justo proscrito, que dormía sosegadamente pocas horas antes de morir en un cadalso. En medio de su sueño tranquilo hizo algun movimiento, y despidió varios suspiros. Acerquéme temeroso de que se sintiese incomodado; pero no había desper-

tado, aunque por entre sus párpados cerrados vi asomar algunas lágrimas, y le oí susurrar entre lamentos los nombres de sus hijos y de su esposa.

Habiendo hecho Clery algun ruido á las cinco, se levantó en seguida el rey, y se mostró deseoso de oír inmediatamente misa. Miéntras un sirviente llamado Turgi (de quien el rey estuvo muy satisfecho todo el tiempo de su arresto, y por tanto es acreedor al reconocimiento) y el ayuda de cámara preparaban una mesa en forma de altar para la celebracion del santo sacrificio, Luis me convidó á pasar con él al gabinete, donde me dijo estas palabras: Dios me es testigo de que no deseo que se restablezca la potestad real, y ménos todavía, ya que esto se verificase, el que recayera en mi hijo. Ya hace tiempo que la corona de Francia no lo es mas que de espinas, y el rumbo que siguen las cosas, no me parece

que es para cambiarla en corona de flores. Sin embargo, como es posible y aun verosímil, que los ambiciosos no esperen sinó mi muerte, para dar al pueblo un caudillo que no sea de su agrado, le encargo á Vd. en atención á su fidelidad, que ponga en manos de mi hermano, con un pliego que encierra mi testamento, y otro que voy á leer á Vd., este sello de plata de tres caras, cuyo compañero, que es este otro, entregará Clery á mi muger. Este es el símbolo y el único tipo material de la potestad legítima. — El rey abrió entónces el sello, en cuya primera cara está esculpido el escudo de Francia, en la segunda dos LL coronadas, y en la tercera la cabeza con morrion de Luis Cárlos. El pliego unido al duplicado del testamento, es una carta que Luis XVI escribió á su hermano mayor, Luis Estanislao Javier. Esta es la copia.

## CARTA DE LUIS XVI

Á

SU HERMANO MAYOR.

(*Documentos justificativos, núm. 18.*)

« Obedezco á la Providencia y á la necesidad, presentando en el cadalso mi cabeza inocente. Mi muerte impone á mi hijo la carga del reino: cuida de él como si fueras su padre, y gobierna el estado para tranquilizarlo y hacerlo floreciente. Mi intencion es que tomes el título de *regente del reino*, y mi hermano Cárlos Felipe tomará el de *lugarteniente-general*. Acude ménos á la fuerza de las armas, que á las promesas ventajosas de una libertad prudente y á las buenas leyes, para restituir á mi hijo la herencia usurpada

que es para cambiarla en corona de flores. Sin embargo, como es posible y aun verosímil, que los ambiciosos no esperen sinó mi muerte, para dar al pueblo un caudillo que no sea de su agrado, le encargo á Vd. en atención á su fidelidad, que ponga en manos de mi hermano, con un pliego que encierra mi testamento, y otro que voy á leer á Vd., este sello de plata de tres caras, cuyo compañero, que es este otro, entregará Clery á mi muger. Este es el símbolo y el único tipo material de la potestad legítima. — El rey abrió entónces el sello, en cuya primera cara está esculpido el escudo de Francia, en la segunda dos LL coronadas, y en la tercera la cabeza con morrion de Luis Cárlos. El pliego unido al duplicado del testamento, es una carta que Luis XVI escribió á su hermano mayor, Luis Estanislao Javier. Esta es la copia.

## CARTA DE LUIS XVI

Á

SU HERMANO MAYOR.

(*Documentos justificativos, núm. 18.*)

« Obedezco á la Providencia y á la necesidad, presentando en el cadalso mi cabeza inocente. Mi muerte impone á mi hijo la carga del reino: cuida de él como si fueras su padre, y gobierna el estado para tranquilizarlo y hacerlo floreciente. Mi intencion es que tomes el título de *regente del reino*, y mi hermano Cárlos Felipe tomará el de *lugarteniente-general*. Acude ménos á la fuerza de las armas, que á las promesas ventajosas de una libertad prudente y á las buenas leyes, para restituir á mi hijo la herencia usurpada

por los facciosos. Nunca olvides que está teñida en mi sangre, la cual clama: *clemencia y perdon*. Tu hermano te lo ruega, y tu rey te lo manda.

En la torre del Temple, á 20 de enero de 1793.

Firmado: Luis. »

Volvímos al cuarto, en el cual estaba ya dispuesto el altar para la misa, y el rey despues de haberla oido de rodillas, recibió el pan de los justos con una devocion tan angélica, que edificó á los mismos municipales, que pudieron desde la antecámara presenciar este acto, por estar la puerta medio abierta.

Despues de esto, el rey dijo á su ayuda de cámara en presencia de los comisarios: Clery, tus desvelos me han sido muy satisfactorios, y te doy por ellos las gracias: mi situacion no me

permite hacerte ninguna fineza en muestra de mi agradecimiento; mas espero que en pago de tus servicios, la municipalidad tendrá á bien que los continúes con mi hijo. — Al decir esto el rey, alargó su mano con ademán amistoso, y Clery se la besó respetuosamente. Esclavo, le dijo uno de los municipales con tono bronco y semblante adusto, ¿qué es lo que haces? no sabes que fué rey? Yo juzgué, respondió el ayuda de cámara, que todavía era hombre.

Entónces le entregó el rey el sello de tres caras, igual al que me había confiado; tambien le dió un anillo nupcial, con el encargo de entregárselo á su esposa, y una bolsita, donde guardaba cabellos de toda su familia.

S. M. se volvió á su gabinete, y salió de nuevo pidiendo unas tijeras; lo que al parecer sobresaltó á los comisarios, pues fueron á consultarlo con el

consejo, y trajeron la negativa. El municipal que se la notificó al rey, dejó ver en confuso su rezelo de que se matase; pero Luis sonriéndose con cierto desdén, no se trataba, dijo, mas que de cortarme el pelo, y Clery lo hubiera hecho. Se equivocan mucho en temer que quiera acabar con mi vida, pues el que de cinco meses á esta parte padece tantas muertes, va á manifestar que sabe recibir la última. —

Entre tanto el bullicio que había empezado al amanecer, el ruido de las armas y cañones, y las voces de la tropa se aumentaban por instantes, juntándose á este murmullo continuado los lúgubres redobles de los tambores, que sonaban á lo lejos. A las ocho y media un tropel de gente subió por la escalera, y atravesó los postigos: abrieron la puerta, y la presencia de los comisionados de la municipalidad, precedidos por Santerre, general del

ejército de Paris, nos anunció la llegada del momento fatal. — No le pido á Vd. sinó un minuto, dijo el rey, pasando conmigo á la torrecilla, cuya puerta cerró. Estamos desahuciados, me dijo poniéndose de rodillas: se ha consumado la obra; déme Vd. la absolucion. — Mi aliento fué sobrenatural en aquella ocasion: Luis se levantó y me abrazó estrechamente, y despues tomando de su escritorio un pliego cerrado y saliendo de su gabinete, se lo entregó á Jaime Roux, uno de los comisionados, con el encargo de presentarlo á la municipalidad; pero este mirándole con estrañeza y ferocidad, respondió: No puedo; mi comision se reduce á conducir á Vd. al suplicio. — Luis miró á aquel bárbaro con ojos compasivos, y presentó el pliego al segundo comisionado, llamado Beaudrais, hombre atento y sensible, que lo tomó y se encargó de ponerlo en su destino.

Al llegar á la puerta, los ojos del rey se encontraron con los de Clery, que lloraba sin hablar. A Dios, Clery, le dijo: te dejo al lado de mi hijo; háblale á menudo de su padre. — Mirando luego á Santerre y á su comitiva, MARCHEMOS, exclamó con dignidad, alzando al cielo una mirada magestuosa y serena.

En lo alto de la escalera Michonis tuvo proporción de cogerme la mano y entregarme un papelillo, que leí apresuradamente, reducido á estas palabras: *No hay que extrañar nada; estád alerta.*

En el segundo patio del Temple estaba el coche destinado á llevar al rey. Guardaba una de sus puertecillas un gendarme de figura siniestra, que subió el primero, á quien seguimos el monarca y yo. Se colocó otro enfrente de nosotros, y casi eché un grito de sorpresa, al reconocer al amable y va-

leroso Edwino. Su vista admiró, y al parecer desconsoló á Luis, á quien presenté un libro de los salmos, teniendo abierto el papelillo de Michonis, y despues que lo hubo leído, lo hice pedazos entre mis dedos.

El tránsito del Temple á la plaza de Luis xv duró siete cuartos de hora, y en todo este tiempo el rey leyó con sumo recogimiento varios salmos, relativos á su situación. Yo rezaba, aunque con mucha distracción, las oraciones de los agonizantes. Se observaba el silencio mas profundo en las dos hileras de guardia nacional, que estaban formadas en ambas aceras, y no se oía sinó el redoble de los tambores, el estruendo de los cañones, y el caminar de los hombres y de los caballos.

Casi enfrente de la Magdalena se paró el coche, y con él toda la comitiva, y entónces oí varios gritos por la derecha á lo léjos, entre los cuales las pa-

labras *rey* y *Capeto* se pronunciaban repetidas veces. Una mirada misteriosa de mi alumno me dió á entender, que se insistía en el plan de que me había hablado, y para cuya ejecucion estaba haciendo el papel de gendarma. Temeroso de lisonjear al paciente con alguna frívola esperanza, tuve por conveniente no comunicarle la especie.

Las voces se fueron redoblando y acercando, y Luis que al pronto no las había oído, cerró su libro mostrándose sobresaltado. Miré por casualidad al gendarma que nos acompañaba, y estaba pálido, trémulo y despavorido. Con una mano empuñaba temblando el sable, con la otra se tentaba la faltriguera, y no sé si me equivocaría, pero me pareció en el ademán, que amartillaba una pistola.

Estaba yo sacando la cabeza por la puertecilla, á fin de enterarme de la causa y objeto del movimiento, cuan-

do los gritos repetidos de *cerrat el coche*, llegaron á mis oídos. Qué dicen? preguntó el rey; pero el gendarma levantó los vidrios, y bajó las cortinas sin con-testarle.

Se sabe qué es ese alboroto? repitió Luis sin hablar directamente con nadie. Lo ignoro, señor, le respondí; pero tranquilízese V. M. Sí, sí, dijo el gendarma con tono irónico, bien podéis tranquilizaros: quieren salvaros; pero yo doy mi palabra de que la ley quedará ejecutada, y que no saldréis de aquí sinó muerto.

Esta proposicion, tan bárbara y feroz, me hizo poner pálido y bajar los ojos: al alzarlos se encontraron con los del rey, levantados al cielo y bañados en lágrimas. Señor, le dije, cuando condujeron á Jesus á la muerte, le hicieron arrastrar la cruz. Sí, dijo Luis suspirando y estrechándome la mano; pero yo no soy mas que un hombre....

Esta escena cruel, en que parecía que la Providencia indecisa deliberaba sobre el destino del monarca, duró ménos tiempo del que yo empleo en describirla, ó mas bien en apuntarla. Todas las congojas de la zozobra y todas las ilusiones de la esperanza, se imprimían alternativamente y con vehemencia en el semblante candoroso de Edwino; el del gendarma estaba macilento y desfigurado por los remordimientos de su mala conciencia, y el pavor había sin duda alterado el mio. Luis era el único, que despues de enjugar sus lágrimas, había recobrado el sosiego y continuaba su lectura.

La confusion fué cediendo, cesaron las voces, el órden quedó restablecido, la comitiva volvió á la marcha, y el coche siguió su rumbo. Entónces comprendimos Edwino y yo, que ya no había motivo alguno de esperanza; con lo cual mi alumno se puso pálido, y

yo quedé traspasado de dolor. Un gozo feroz fué esplayando las facciones horrendas del bárbaro gendarma, quien arrojó al desdichado paciente una mirada, que espresaba su triunfo y su malignidad; y la inicua sonrisa, semejante á la que Milton atribuye á Luzbel, asomó en sus odiosos labios; pero el rey continuó siempre con su cabal tranquilidad.

Así llegó el coche casi hasta el pié del cadalso. Edwino bajó el vidrio de su lado, el otro gendarma abrió la puertecilla del suyo, y se presentó el verdugo.

Buen hombre, dijo el rey al gendarma, recomiendo á Vd. mi confesor: es honor de Vd. el resguardarle de todo riesgo, cuando yo ya no exista. No hay que temer, respondió con aspereza el militar: no se le hará nada: cumple con su deber, yo conozco el mio, y vos debéis obedecer á lo que se os manda.

Luis se levantó, empezó á salir del coche, y apoyando la mano en la rodilla de mi alumno, hallád, le dijo con el acento mas patético, en el esfuerzo y la delicadeza de vuestros procedimientos, la recompensa que no me es dado ofrecer, ni aun con palabras.

— Edwino quiso contestarle; pero las lágrimas se lo impidieron.

Apeóse el rey, se quitó el vestido y la corbata, y luego adelantándose hacia los tambores, que no cesaban de tocar, les gritó con voz muy entera: *Callad....* — Pararon al momento, y entre tanto los sayones habían asido sus manos, que retiró por un movimiento involuntario de indignacion. Señor, le dije entonces, falta todavía esta humillacion, para que tengáis mayor semejanza con el Salvador divino, que os está contemplando y preparando la recompensa. — Con estas palabras desechó aquella repugnancia, y

presentando sus manos con magestuosa resignacion, se contentó con decir al que redoblabá los nudos, que aquello no era necesario.

Los verdugos eran cuatro; dos preparaban en el cadalso el aparato del suplicio y el acero matador; los otros dos se colocaron al lado del rey, mientras subía, y yo le seguía inmediatamente. El semblante abatido de aquellos hombres se contraponia estremadamente á la fisonomía apacible de Luis, que tenía el cuello desnudo, el cabello tendido y algun tanto rizado, la frente serena, y la tez un poco encendida, y no llevaba sinó un simple chaleco de felpilla blanca.

Uno de los verdugos se le arrimó por la espalda, le ató el pelo con una cinta y se lo cortó. Luis se adelantó con denuedo hacia el lado del cadalso que miraba á las Tullerías, y exclamó con voz sonora: *Muero inocente....*

perdono á mis enemigos.... deseo que mi sangre redunde en utilidad de los franceses, y aplaque el enojo de Dios.... Iba á decir mas, cuando una demostracion imperiosa de Santerre obligó á los tambores á continuar su redoble. El rey habló todavía algunas palabras en voz baja, y luego doblando una rodilla, me pidió la última bendicion. Entre tanto que se la echaba, muchos gritaron á los verdugos que cumpliesen con su obligacion; y en seguida se apoderaron de la víctima. Miétras la afianzaban con los ceñidores, puesta mi mano izquierda sobre su espalda, y enseñándole con la otra el cielo abierto para recibirle, *Id, hijo de san Luis*, le dije, *subid al cielo....* No bien había yo proferido estas palabras, cuando la cuchilla fatal hizo que terminara con una muerte funesta, pero gloriosa, una vida llena por mucho tiempo de trabajos y amarguras. Me

postré aterrado con el dolor, y no volví de aquella especie de parasismo, sinó al eco de los gritos repetidos mil veces de *viva la nacion, viva la república*. Levantéme precipitadamente... O espectáculo horrendo y lastimoso! Un jóven, apénas de edad de veinte años, había asido por los cabellos la cabeza cárdena del desdichado Luis, y la iba enseñando al pueblo, sacudiéndola para hacer saltar la sangre. Salpicóme tambien con aquella sangre preciosa; y al momento, habiendo levantado los ojos hacia este lamentable objeto, me pareció verlo resplandeciente con la corona de los mártires, y que el ángel del Señor lo cubría con las palmas de la inmortalidad.

Me fui corriendo á casa del señor de Malesherbes, el cual enterado ya por Fitz-Asland y su familia de la terrible catástrofe, estaba en sus últimos años

batallando con el extremo de la mas violenta desesperacion. Con que esto acabó? decía: ¡ya no existe! Su bondad, su afabilidad sin límites, y para hablar sin rebozo, su debilidad, le han acarreado este día de luto y de sangre. Los ambiciosos le arrojaron al cadalso, y por la cobardía mas inicua y la traición mas criminal, los que se decían sus amigos, le han abandonado. Desventurado príncipe! todo ha conspirado contra ti: tus enemigos han sido mas implacables, porque ántes los habías favorecido; tus jueces ansiaban tu muerte, por cuanto les allanaba el camino de la tiranía; y la barbaridad de los carceleros se aumentaba con ver tu sufrimiento y resignación. Y aun los mismos republicanos ¡qué fanatismo! qué delirio! claman que el árbol de la libertad no puede fructificar, sinó regado con la sangre del rey. Santo Dios! ¡qué lección pa-

ra las naciones, y qué perspectiva para los Gobiernos! Sí: desde este día el despotismo de una gavilla de verdugos, arruinando á la Francia, va á sentar su trono en un cadalso, para mandar en nombre del terror. Sol, cúbrete con densas nubes: libertad, razon, costumbres, filosofía, virtudes, artes, talentos, huíd de mi pais desventurado. La sangre rebosará por los surcos del labrador; los cadáveres beneficiarán nuestras viñas y huertos; las jornadas de setiembre durarán años enteros; el agua, el fuego, el veneno y el hierro, todos los medios se emplearán en cometer toda clase de delitos. Fuera vínculos entre los corazones llagados con las desgracias, ó traspasados por las venganzas: no mas amor entre consortes, ni castidad en las esposas, ni ternura en los padres, ni respeto en los hijos. La justicia y la moderacion huyen llorando; todos

los nudos de la sociedad se rompen con violencia; y mi patria vuelve á caer en la esclavitud y en la barbarie....

Tras estos rasgos proferidos con una fuerza y eficacia, que me hacían olvidar la edad de Maleshérbes, Fitz-Asland nos dió cuenta del triste resultado de su tentativa. El corto número de los que le habíamos indicado Michonis, Edwino, su hermana y yo, se había reunido en una callejuela á espaldas de la Magdalena. Su plan era esperar á que el rey hubiese llegado al cadalso, y tentar el arrebatarle de allí, no tanto combatiendo con la mucha tropa que le escoltaba, como persuadiéndola á que les sostuviese en la empresa. Era un partido indiscreto y desesperado, y casi imposible que se consiguiese el objeto: sin embargo los que lo habían adoptado, estaban bien resueltos á intentarlo, si no hubiesen

sido descubiertos. Pero asomando varios guardias nacionales por aquella calle, vieron gente armada á caballo, y entrando en sospecha, corrieron á avisar al general Santerre, quien al instante mandó hacer alto. Un destacamento de caballería se puso en marcha contra los conjurados, los cuales se dispersaron sin esperar el ataque. Uno solo, cuyo caballo tropezó al saltar una cerca, había caído en sus manos, y no dejaba de dar cuidado á milord, ménos por su propia persona, que por los residuos del partido realista, empeñado en esforzar, de nuevo y á favor del hijo, las tramas, tantas veces frustradas en auxilio del padre.

En cuanto á Edwino, había salido del coche tras el rey, y á pretesto de curiosidad, se puso junto al cadalso, con el fin de servir, si era dable, al paciente hasta el último punto. Pero aquella vislumbre de esperanza se des-

vaneció finalmente, pues mi alumno tuvo el desconsuelo, de ver caer bajo los filos del acero la cabeza del real proscrito. En aquel punto Edwino había presenciado varias escenas, cuya narracion me hizo estremecer de espanto, y de las que aun me horrorizo al referirlas.

El golpe que acababan de descargar sobre Luis xvi, dejó al pronto como pasmados á los espectadores: los cuales se mantvieron por un rato mudos y sin movimiento. Luego al aspecto de la cabeza sangrienta de la víctima, hicieron resonar el aire con sus clamores; y una turba, arrebatada de furor y de entusiasmo, se arrojó al redor del cadalso, y tiñó en la sangre que corría, la punta de sus armas. Otros, por impulsos bien diversos, empaparon en ella pañuelos y lienzos riquísimos. Edwino fué de estos últimos; y la tela ensangrentada que sacó, fué

luego llevada sin su noticia á Inglaterra, y colocada por la perfidia ministerial en una de las salas de la torre de Lóndres, para que clame desde allí venganza y odio contra la república. Disposicion injusta y cálculo maquiavélico, puesto que los republicanos son los que ménos parte han tenido en la muerte de Luis, y que los mas virtuosos han sido víctimas del furor suscitado por los intrigantes que la Inglaterra asalariaba.

Lo que mas asombró á mi alumno en aquel espectáculo horroroso, fué la accion de un marselles. Le he visto, me dijo, subir precipitadamente al cadalso con los ojos centellantes y el rostro encendido; le he visto sumergir su brazo desnudo en la sangre real que humeaba todavía, y sacudirlo por tres veces sobre la muchedumbre despavorida. Nos han dicho, exclamaba, que la sangre del tirano recaería sobre

nuestras cabezas; pues que recaiga en hora buena: lavád con esta sangre criminal las manchas de la que hizo deramar. Pero que sea esta la última; devolvamos á la naturaleza el derecho de la muerte usurpado por el despotismo: los reyes no saben castigar sino con suplicios, y el oprobio debe ser el suplicio de los republicanos. —

Hay en esta terrible escena no sé qué combinacion de heroismo y de horror, de grandiosidad y fiereza, que escita tantos afectos encontrados, que no es fácil decidir, si el actor era el mas execrable de todos los hombres, ó el mas embriagado de fanatismo político y de entusiasmo revolucionario.

---

## NOCHE DÉCIMA.

---

LA narracion que ahora empieza, ofrece nuevos objetos de dolor, no ménos dignos de saberse que los anteriores. Ya no es el monarca destronado, cautivo y mártir el que se presenta á nuestros pensamientos melancólicos: la tumba ha consumido al que mandaba á los hombres, y ya crece la yerba sobre sus huesos carcomidos. Otros actores salen en esta escena lastimera; mugeres enlutadas y sin consuelo, un tierno niño, cuyas gracias se marchitan con los desastres.... Si en este siglo corrompido hay algunas almas, que desentendiéndose de los lazos del egoismo, se mantienen intactas de su corrupcion, y se compadecen de las miserias de los infelices y de las lágri-

nuestras cabezas; pues que recaiga en hora buena: lavád con esta sangre criminal las manchas de la que hizo deramar. Pero que sea esta la última; devolvamos á la naturaleza el derecho de la muerte usurpado por el despotismo: los reyes no saben castigar sino con suplicios, y el oprobio debe ser el suplicio de los republicanos. —

Hay en esta terrible escena no sé qué combinacion de heroismo y de horror, de grandiosidad y fiereza, que escita tantos afectos encontrados, que no es fácil decidir, si el actor era el mas execrable de todos los hombres, ó el mas embriagado de fanatismo político y de entusiasmo revolucionario.

---

## NOCHE DÉCIMA.

---

LA narracion que ahora empieza, ofrece nuevos objetos de dolor, no ménos dignos de saberse que los anteriores. Ya no es el monarca destronado, cautivo y mártir el que se presenta á nuestros pensamientos melancólicos: la tumba ha consumido al que mandaba á los hombres, y ya crece la yerba sobre sus huesos carcomidos. Otros actores salen en esta escena lastimera; mugeres enlutadas y sin consuelo, un tierno niño, cuyas gracias se marchitan con los desastres.... Si en este siglo corrompido hay algunas almas, que desentendiéndose de los lazos del egoismo, se mantienen intactas de su corrupcion, y se compadecen de las miserias de los infelices y de las lágri-

mas de los desgraciados; vengan y oigan esta narracion fúnebre, en que se esplaya mi corazon. Este puro alimento de las almas sensibles sería un mortal veneno para las que están ya endu-  
recidas por los fantásticos placeres del amor propio. Ven pues, doncella afa-  
ble y candorosa; ven, jóven virtuoso; acudid á escucharme. ¡Ojalá que en premio de los desvelos que he consa-  
grado á la melancolía, logre escitar en vuestros tiernos pechos algunos gene-  
rosos sentimientos; y que este escrito, depositario de los míos, sea humede-  
cido con vuestras lágrimas! ¿Qué otra recompensa puede darse mas halagüe-  
ña para el hombre de bien, que se ocu-  
pa en describir las desgracias de sus semejantes?

Apénas, continuó el respetable Fer-  
mont al empezar la décima noche, a-  
pénas Luis xvi cayó bajo la cuchilla,  
los enemigos del órden social dirigie-

ron contra él las armas sediciosas que  
tenían en las manos. No parecía sino  
que la sangre del rey, de la que cada  
uno había bebido algunas gotas, en-  
cendía en sus pechos un desenfreno  
implacable y el furor de la desolacion.  
Las opiniones mas detestables y las pro-  
videncias mas destructoras salían de  
las cavernas del jacobinismo, como las  
lavas abrasadoras de las bocas de los  
volcanes. Con los gritos enfurecidos,  
con las imprecaciones sangrientas, y  
con los clamores sediciosos, que atro-  
naban las bóvedas de la Convencion,  
y se difundían sin cesar de uno á otro  
estremo de la Francia, una fiebre fre-  
nética infestó una parte de sus habi-  
tantes, al paso que la otra estaba so-  
brecogida de un temblor mortal. De  
los residuos de la Bastilla, demolida  
por la libertad, el despotismo de la  
anarquía construyó mil Bastillas nue-  
vas, que se vieron llenas indistinta-

mente de amigos y de enemigos de la patria. Los decretos de un decemvirato usurpador, más absoluto que el divan de Constantinopla, se escribieron con sangre; y mandando que se derramase á ríos, fueron obedecidos en todas partes. El gorro sangriento del desenfreno asomó en el horizonte político, á manera de un metéoro en medio de las tempestades; y el nivel de una igualdad indeterminada fué la cuchilla de las proscripciones. Entónces se realizaron los tristes vaticinios del monarca en sus postreros momentos, pues se apoderaron de todos los corazones dos impulsos encontrados; de los unos la saña desenfrenada por destruir, y de los otros la indiferencia por conservarse. ¡Deplorable trastorno de las leyes de la naturaleza, que se encaminan de continuo á crear y conservar! Se vió en aquellas carnicerías humanas competir las víctimas y los verdu-

gos; aquellas por alargar prontamente su cerviz, y estos por degollarlas con sus desapiadados cuchillos. La guadaña revolucionaria no perdonó las canas, ni la juventud, ni los vínculos del amor: degollaba á un tiempo á la virgen tímida en los brazos de su madre, á la esposa trémula sobre el pecho de su esposo, y al anciano apocado sobre el de su hijo. El enfermo traspasado de dolores, y el moribundo consumido en su penosa agonía, no pudieron salvarse de su furor: no respetó ni talentos sublimes, ni virtudes heroicas, ni prendas recomendables; y hacinó en el cadalso el lapicero del dibujante, la pluma del escritor y el compas del geómetra. ¡O recuerdo de horror y de compasion! ¡ó noche sangrienta, que duraste mas de dos años! ménos funesta todavía por el mal que hiciste, que por las semillas que dejaste. ¡Qué vestigios de devas-

tacion asolaron á mi patria! ;qué veneno tan activo emponzoñó los principios de la moral! ; cuántas pasiones viles, cuántas inclinaciones perversas fueron abortadas por esta sentina de corrupcion, así como se forman los reptiles del cieno de los pantanos! Y sin embargo de esto, entre tanto que todos los delitos cereaban la Francia, al modo que Milton nos describe á los espíritus infernales sitiando al cielo, el denuedo de los nuevos republicanos asombraba al mismo tiempo con sus hazañas el Danubio y los Alpes, el Océano y los Pirineos. Pundonorosos en extremo, no obraban como genizaros de la tiranía, sinó como dignos campeones de la libertad; y mientras degollaban á sus padres en Paris, se vengaban de los asesinatos con victorias. Así por una contraposicion, no vista hasta entónces, el desenfreno y la mortandad deshonoraban la admi-

nistracion pública, al paso que la generosidad y el heroísmo esclarecían nuestros campamentos.

Disimule Vd. este desahogo, en que acaso me habré explicado con demasiado calor; pero es difícil contener los impulsos interiores, cuando recibe el alma una impresion muy dolorosa.

Ocho meses habían pasado desde el 21 de enero, sin que encontrase arbitrio para ser de utilidad á los presos del Temple, ni aun para restablecer alguna comunicacion con ellos. Solo supe por los diarios, que Carlitos había sido arrebatado á la ternura y educacion materna, para ponerle á cargo de un artesano, individuo de la municipalidad, llamado Simon. Tambien me acababan de noticiar que la Convencion, á propuesta de Barrere, había dispuesto se entregase la persona de Maria Antonieta al tribunal del 10

de marzo, y que la habían trasladado de la torre del Temple á los calabozos de la Consergería. Tales eran los rumores que corrían, aunque en secreto; pues el ademan amenazador que iba tomando de dia en dia la asamblea convencional, las facultades terribles con que acababa de autorizar al tribunal revolucionario, las mutaciones hechas en todos los ramos de la administracion, el semblante bravío del pueblo, que temblaba y amenazaba al mismo tiempo; tantos objetos diversos, nuevos y horrorosos, embargaban la atencion, ocupaban los ánimos y conmovían los corazones.

A estos motivos generales de zozobra y desconsuelo se añadía para mí el de la separacion de mi amado alumno. Su padre, lord Fitz-Asland, movido por sus continuas instancias, y tal vez incitado por algun tanto de ambicion, había marchado para solicitar de la

corte de San Jámés, que negociase la libertad de la reina y de su familia. Edwino, madama Melwood y su preciosa hija le habían seguido, dejando en mi corazon, habituado á respirar el mismo ambiente que ellos, un luto indecible, y un vacío horroroso en mis ojos acostumbrados á verlos de continuo. Por cierto que si la necesidad absoluta de un agente seguro y de un corresponsal fiel, y la esperanza de servir á la desgraciada familia del rey, no me hubiesen obligado á residir en Paris; hubiera dejado para siempre esta Babilonia moderna, en donde el delito se presentaba con la cabeza erguida; y la virtud viviendo sombriamente, ocultaba en el polvo su rostro augusto y desconocido.

A principios de setiembre, Michonis, administrador de policia, hombre atento y sensible, pero mas zeloso que prudente, vino de oculto á

mi casa. Llegó el punto, me dijo, de hacer todo lo posible para socorrer á la desventurada Antonieta, pues la han pasado al tribunal revolucionario, que es lo mismo que enviarla á la muerte. Parece que la teme poco; pero el deber de sus amigos es salvarla, y yo puedo ayudaros á buscar algun arbitrio de acuerdo con ella. Como administrador de policia, y encargado peculiarmente de las cárceles, puedo sin inconveniente introducirme en la de la reina. Queréis acompañarme? — Al oír esto, me fuí con él á los calabozos de la Consergeria, en los que me hallaba muy tranquilo cuando estuve preso, por verme inocente; pero ahora que encerraban una princesa desgraciada, y en fin una muger, no los podía mirar sin espanto y sin horror.

Vosotros, que admirando de paso aquella puerta magnífica, obra maes-

tra de tantas artes reunidas, atravesáis sus verjas doradas, y os adelantáis precipitadamente á los pórticos brillantes, y á esa sala inmensa y magestuosa, que parece una plaza pública, donde se juntan los intérpretes de la ley; cuando os vais embelesando por esas galerías alhajadas y enriquecidas con los costosos juguetes del lujo y los nobles partos del ingenio, entre el tropel revuelto de paseantes curiosos, de vendedores y compradores, y en medio de esas petimetras de primer orden, cercados de libreros ingeniosos, que os brindan con las *Aventuras de Faublas* y las *Obras de Smith*; decid, jóvenes y ancianos, ¿habéis nunca parado la consideracion, en que vues tras plantas van hollando calabozos y hombres? Sabéd pues que las bóvedas del palacio cubren el anchuroso atahud, llamado *Consergeria*, en donde yacen, suspiran y mueren mil veces

antes de espirar, los infelices que allí están encerrados.

Se baja á esta cárcel por dos puertecillas de hierro, en cuyos umbrales hay unos guardas horribles, sucios, bigotudos, cejijuntos é insolentes. Apenas ha sonado el quicio de las puertas, cuando estos cancerberos observan atentamente al que entra, y le leen en cierto modo el interior; pues su instinto y esperiencia les hace adivinar con facilidad los motivos que le conducen á aquella triste mansion. El aspecto de Michonis amansó sus frentes adustas, y aun vi que asomaba la sonrisa en sus labios. A la luz de dos lámparas, que parece no arden en aquella lóbreguez sinó para horrorizar mas con su mismo resplandor, nos encaminamos por un corredor estrecho y arqueado, en cuyo extremo hay una sala espaciosa, cercada de bancos de madera arrimados á su pared desnuda, y

sin mas muebles que una grande mesa en forma de escritorio. Allí reside el alcaide Richard, y mas comunmente su muger, con la cual encontramos; y luego que Michonis le manifestó sus deseos, dejando en su lugar un carcelero viejo de su confianza, tomó un hachon y nos acompañó al cuarto de la reina. Vais á verla sosegada y alta-nera, nos dijo á media voz; en el rincón de un calabozo está como en medio de su corte, y causa respeto á los que tiene al rededor. Pero el orgullo que la sostiene por el dia, la desampara llegando la noche, porqué se acuerda entónces de que es madre, y en el silencio y la oscuridad llora y gime. — Despues de dejar á la izquierda el archivo y calabozos del piso, dimos vuelta, y entramos en un segundo corredor, alumbrado como el primero, por el cual se paseaba un gendarma con el sable desenvainado. Había

dos puertas, y por entre los barrones de la una la alcaidesa me enseñó un preso, tendido sobre su lecho y custodiado por un centinela. Estaba macilento y desgredado, y en su aspecto daba muestras de una desesperacion muy violenta. Es un hombre, me dijo madama Richard, condenado á muerte por haber asesinado á su padre. — Había vuelto hacia él mis ojos compasivos; pero estas últimas palabras me los hicieron retirar por el horror que me causaron. O contraste! decía yo en mi interior, ver á un parricida inmediato á la reina de Francia.

Abrió la otra puerta; y cuando entramos, iba yo á la espalda de Michonis para que no me viese Antonietta, que estaba sentada remendando sus medias. Al oírnos hizo un movimiento, volvió la cabeza hacia nosotros, y enseñó al magistrado la humilde labor en que se empleaba. He leído en Ho-

mero, dijo sonriéndose, que las reinas se hacían sus coturnos, y yo estoy bordando el mio. — Michonis levantó los ojos al cielo, y suspiró.

Después que por su orden la muger que la servía y el gendarma que la guardaba, se retiraron con madama Richard, me puse de modo que pudiera verme. Antonietta prorumpió en un alarido de dolor y de asombro, como que mi presencia le ofrecía mil recuerdos amargos. ¡ Ah señor de Fermont, exclamó, qué débil soy, y cuán mudada me encuentra Vd. ! Solía pensar ántes con alguna entereza; pero ya no puedo resistir á mi desgracia. He podido perder tanta grandeza sin abatirme, he podido dejar de ser reina sin morir; pero ¿ cómo he de vivir ya, sin ser esposa ni madre? — Estas ideas, acompañadas sin duda de las de su situacion presente y de su suerte venidera, la enternecieron en estremo, y

luego enjugándose las lágrimas, continuó señalando á Michonis : Este es el único hombre que he hallado entre las fieras que me rodean. Reunidos todos contra mí, andan inventando cada dia alguna nueva humillacion, para que me horrorize mas mi destino, y así van goteando sobre mi corazon el tósigo de la adversidad : se deleitan en oír mis ayes, y ántes de embriagarse con mi sangre, se sacian de mis lágrimas. Este solo ha conservado en su alma la noble imágen de la humanidad, y es el único que se conduce de mí. Michonis, (añadió estrechando con vehemencia la mano del magistrado, y mirándole con la expresion mas tierna) hombre sensible y animoso, ¿sabes que te pueden acriminar el que alivies á una persona desdichada, y que quizá te envolveré en mi ruina? Este pensamiento me estremece... Ah! deja que la desventura vaya acabando

con mi existencia y desampárame, si es que deseas darme gusto. —

El carácter generoso y desinteresado de Michonis hace adivinar desde luego su respuesta, y el largo rato que duraría la contienda de magnanimidad entre él y la encarcelada reina. Por algunas palabras de esta comprendí, que se habían acordado medidas, y que se preparaban arbitrios para arrebatarla de la muerte y del cautiverio; mas esto era sin su anuencia. ¿Qué haré yo, decía, con una vida, á la cual no tengo mas apego que el natural de los sentidos? Todos los demás vínculos ¿no están ya rotos? ¿quién me devolverá las satisfacciones del trono, el amor de mi esposo y los halagos de mis hijos? Era reina, esposa y madre, y estaba bien hallada con la vida : ahora que estoy presa y en un sepulcro, debo morir.

Para el carácter de Antonieta no eran

del caso los lenitivos consoladores, que suministran la religion y la filosofía á los corazones sencillos y accesibles; el de la reina, lleno de ambicion y estragado con una educacion orgullosa, solo se avenía con los pensamientos altaneros, y no escuchaba mas que los proyectos heroicos. Le manifesté pues, que la Francia y la Alemania se desvelaban por su persona, y atendían á conservar su existencia, olvidando los grandes intereses nacionales, por deliberar sobre el suyo: le mostré el Gobierno decemviral de la nueva república, aquel Gobierno tan pujante y terrible en su potestad usurpada, conmovido y turbado á presencia de una muger, que reuniendo en su cabeza los derechos y las esperanzas de las casas de Lorena y de Borbon, reuniría tambien sus eficaces esfuerzos: le presenté la Europa pendiente del nuevo proceso, esto es, del nuevo ultraje inten-

tado contra las dos mas ilustres casas soberanas, acethando, por decirlo así, hasta dónde se propararía el arrojado de los perseguidores, y pronta á prevenir, por una esplosion vengadora, un segundo regicidio: en fin, despues de haberle mostrado la distinguida senda que se estaba preparando, para encumbrarla desde el sepulcro en que yacía, hasta el alcázar de la gloria, y despues de haberle vaticinado que resonarían en sus oidos las aclamaciones de la posteridad; fuí bajando de estos sentimientos sublimes á otros mas naturales y afectuosos, y le hablé de sus hijos. Le nombré especialmente el jóven y tierno Carlitos, tan interesante y tan idolatrado, único, débil y precioso vástago de un tronco ya muerto, regado al crecer con sangre y lágrimas, y combatido por todas las tormentas. ¡ O poder incontrastable de la ternura maternal! á este nombre ado-

rado, aquella frente altanera se fué a-mortiguando, aquellos ojos centellantes de orgullo se bañaron en lágrimas, y por entre las nieblas de su tristeza asomó la grata sonrisa en los mismos labios, cerrados poco antes por la desesperacion. Todavía soy madre, exclamó, y viviré. Ah señor de Fermont! ¿de dónde saca Vd. esos rasgos irresistibles, y ese acento persuasivo que triunfa de las mas firmes resoluciones?

Pero ántes de informar á Vd., continuó la viuda de Luis, de los recursos que todavía quedan á Michonis, á Toulan y á un corto número de mis verdaderos amigos, me creo obligada á manifestarme á Vd. sin rebozo. Lo que voy á decirle, ilustrará á Vd. sobre los consejos que le he de merecer, y sobre la conducta que debe observar. Le haré conocer algunos sugetos, de quienes probablemente depende hoy mi suerte, é iré señalando lo que debe

Vd. practicar, para minorar su poderío, su venganza y su maldad.

Al acabar estas palabras Antonieta, se levantó, y se fué hacia un rincon de su cuarto, cubierto con un trózo de tapiz que servía de cortinaje al catreillo de tijera, donde solía descansar. Bajo la cabecera de aquel lecho miserable tenía escondido un rollo de papeles, que sacó, y luego vuelta á nosotros, dijo: Mientras ha vivido mi desgraciado esposo, he reconcentrado en lo íntimo de mi corazón la causa principal de nuestros infortunios, porque se le hubiera hecho muy doloroso el ver que yo tenía en parte la culpa, como la tengo en efecto, de los males que padecemos. La inesperecia y la poca reflexion me han traído por grados hasta aquí, y no sé qué fatalidad espantosa me ha hecho cómplice en los delitos, de que soy víctima. Ya que Luis XVI no existe, mitigo el descon-

suelo de mi viudez, y el horror de mi prision, escribiendo estas tristes memorias. Con esto hago rebosar sin duda la copa envenenada, que me están aplicando á los labios hace tiempo; pero tambien me parece que así se disminuye su amargura. —

En esto Michonis quiso retirarse, á pesar de las instancias de la reina. Aun puede Vd. estar, me dijo el magistrado, en compañía de S. M. dos horas, pues es el tiempo que necesito para dar una vista á los presos, y me haria sospechoso, si estuviese aquí mas tiempo. — Fuése, y la reina empezó la lectura de su manuscrito, que me entregó mas adelante, y que su muerte me permite comunicar á Vd.

## ESTRACTO

DEL

MANUSCRITO DE MARÍA ANTONIETA,

INTITULADO:

UNA CAUSA SECRETA DE LA REVOLUCION.

(*Documentos justificativos, núm. 19.*)

« La Providencia nos descubre su existencia y su poder, haciendo que de cada una de las acciones, que componen la vida del hombre, resulte un acontecimiento memorable, que viene á ser su moralidad. Pero á fin de que sea útil este acontecimiento, y que esta moralidad redunde en beneficio de toda la especie, ha querido que uno y otro fuesen siempre en sentido encontrado con los deseos corrompidos, y sirviesen igualmente para cubrir de vergüenza, y á veces de casti-

suelo de mi viudez, y el horror de mi prision, escribiendo estas tristes memorias. Con esto hago rebosar sin duda la copa envenenada, que me están aplicando á los labios hace tiempo; pero tambien me parece que así se disminuye su amargura. —

En esto Michonis quiso retirarse, á pesar de las instancias de la reina. Aun puede Vd. estar, me dijo el magistrado, en compañía de S. M. dos horas, pues es el tiempo que necesito para dar una vista á los presos, y me haria sospechoso, si estuviese aquí mas tiempo. — Fuése, y la reina empezó la lectura de su manuscrito, que me entregó mas adelante, y que su muerte me permite comunicar á Vd.

## ESTRACTO

DEL

MANUSCRITO DE MARÍA ANTONIETA,

INTITULADO:

UNA CAUSA SECRETA DE LA REVOLUCION.

(*Documentos justificativos, núm. 19.*)

« La Providencia nos descubre su existencia y su poder, haciendo que de cada una de las acciones, que componen la vida del hombre, resulte un acontecimiento memorable, que viene á ser su moralidad. Pero á fin de que sea útil este acontecimiento, y que esta moralidad redunde en beneficio de toda la especie, ha querido que uno y otro fuesen siempre en sentido encontrado con los deseos corrompidos, y sirviesen igualmente para cubrir de vergüenza, y á veces de casti-

go, al vicioso y al criminal, y de gloria duradera al adorador de la virtud. Así mientras el ambicioso, subido á la cumbre de la grandeza, busca en vano bajo las cortinas de púrpura el sueño que huye de él, el aldeano sencillo, al salir de su trabajo, lo encuentra en su tranquila cabecera. De la misma manera el hombre honrado disfruta en los abrazos de su casta esposa las delicias inocentes, que no le pueden proporcionar al libertino los halagos de una impura cortesana.

Estas reflexiones, frutos tardíos de la desventura, no son ajenas de mi historia deplorable. La suerte trágica de Luis xvi ha demostrado, que la debilidad en un Gobierno es el vicio más destructor: mi esposo con más espíritu, hubiese sido ménos culpado; y nunca subiera al cadalso, si hubiese ántes permitido que la sangre de un conspirador lo manchase. En cuanto á mí,

si como hay motivo para preverlo, si go sus pasos, será por efecto de mis inconsecuencias y de mi poca reflexion. El fundamento de mis antiguos triunfos será el pretesto de mi ruina; y el mismo pueblo, que celebraba mis desbarros imitándolos, castigará con una muerte sangrienta las satisfacciones que me ha hecho disfrutar. Inmortal María Teresa, madre mia, ¿por qué no habré yo escuchado vuestros preceptos é imitado vuestro ejemplo? Todas las pasiones agitaban vuestra alma; pero ella, mas poderosa que todas, supo hacerles frente. Despues de haber conquistado vuestro imperio como esforzado caudillo, lo administrasteis cual sabio legislador, y supisteis reinar sobre vos misma. En vuestro reinado los placeres acompañaban á los negocios, sin perjudicarse jamas: no parecía sino que el amor se había reconciliado con la sabiduría; y la tier-

ra, asombrada de tanto heroismo en una gerarquía que no conoce sino el orgullo, y en un sexo nacido para el regalo, la tierra repitió los vivas de vuestros ejércitos triunfantes, y os proclamó gran monarca y hombre grande.

Una altanería escesiva fué la única herencia que me cupo de aquella muger tan célebre; pero en vez de acertar á refrenarla, aparentando indiferencia, ó agasajando siempre con esmero, le di por el contrario mas fuerza con mi indiscreto desarreglo. El orgullo se hace disimulable, cuando está sostenido por la modestia; pero ¿quién puede sobrellevarlo, si solo se manifiesta con los humos de la arrogancia? Aun escribiendo esto, y entrañablemente apesadumbrada de mis yerros, confieso que al mismo tiempo que los reconozco, me siento todavía propensa á volverlos á cometer. Jamas acabaré de concebir, que la hija de los Césa-

res, esposa, madre y hermana de reyes, esté amasada con el barro comun del vulgo humano; y por mas que la razon me demuestre la falsedad de este pensamiento, mi corazon se complace en creer, que una chispa acendrada de la divinidad anima á los que destinó ella misma á reinar.

Con aquel orgullo insensato, que una educacion atinada hubiera podido arreglar, pero que se engrió mas y mas con el boato y con el ambiente emponzoñado de la lisonja, vino luego á juntarse el deseo desmedido de los placeres. Para darles cebo, se reunieron el atractivo anticipado con que me favoreció la naturaleza, y los dones que me tributaba oficiosa la fortuna. Desde la edad en que la vida solo exhalá el aire puro de la inocencia, sentí en mí un temperamento fogoso, que abrasando mis potencias, ha ido labrando en mi carácter la propension

á los proyectos arrojados y á las tramas políticas. Así, por un fenómeno muy reparable, mi corazón ha sido de continuo el juguete y la presa de dos pasiones encontradas, y que solo se asemejan en los peligros que acarrear, quiero decir, la ambición y el amor. La una, desprendiéndome de los deleites materiales, arrebatava mi espíritu á las especulaciones mas sublimes, y como el águila imperial que se mira en el sol, se remontaba á una elevacion soberana, universal y absoluta; y la otra, bajándome á la tierra, hermoçada con sus estremados embelesos, colocaba mi corazón en medio de los afectos que produce, como la alondra que oculta su nido entre dos surcos.

Combatida por estas dos pasiones me encontraba, cuando me presenté en la corte de Versalles. Encontré desde Viena todo el camino enramado de guirnaldas, y perfumado con flores:

mi presencia, cual si fuera la de una diosa, hacía resplandecer el júbilo en todos los semblantes, derramaba el verdor por los plantíos, y sazónaba todos los frutos. No oía mas que voces melodiosas, que al eco de suaves instrumentos cantaban y repetían millares de veces el nombre de *Antonietta*. La poesía me tributó sus mas ingeniosas producciones; el lápiz y el buril se esmeraron á porfía en retratarme, y todas las artes se hermanaron para encarecer mi gloria, y ofrecerme millares de placeres.

Era para mí entónces el mas apreciable, el de hacer gala de mi atractivo. Me deleitaba en salir al público con un desaliño voluptuoso, adornada de mi juventud y de mi lozanía, en medio de una corte de tanto fausto y pompa. Me pagaba de ver á los jovencillos palaciegos atropellarse en mi tránsito, mirarme con ahinco, y su-

surrar aquellos elogios, tanto mas lisonjeros, cuanto aparentan ménos el querer parecerlo. A veces la sencillez de un lugareño me enamoraba, y sentía no poderle demostrar con toda llaneza, que podía sin agravio olvidarse de mi gerarquía, y atender solo á mi atractivo. ¡O recuerdos engañosos, y quizá criminales! ¿en qué tiempo, y en qué lugar revivís en mi memoria? ¿Puedo acaso recordaros, sin recordar tambien mis estravíos y mis desdichas?

Nadie ignora que el monarca viejo de Francia, como que se desentendía de su gloria, y mancillaba sus años postreros con el trato de una impúdica Láis. Desde la hediondez, en que su nacimiento oscuro, educacion grosera y costumbres abandonadas la habían encenagado, se abalanzó al solio, y en cierta manera lo profanaba. Es justo que confesemos, que la misma

suerte que le había negado el nacimiento y la fortuna, la había compensado con los atractivos de la hermosura y del embeleso, pues venía á ser la cabeza de la mas jóven de las Gracias sobre el cuerpo de Vénus.

Desde luego sentí un arrebató de zelos y de despecho al ver aquella cortesana; y la sobrada condescendencia del rey, la bajeza de los nobles envilecidos, la vergonzosa infamia de otros, que competían entre sí por el torpe honor de incensar al ídolo; tanta insolencia por una parte, y tanta vileza por otra, escitaron mi indignacion.

Mas luego me hice cargo, de que por este medio hacia favor á la interesada, y empezé á mirarla con un total menosprecio. ¿Quién pudiera presumir que esta conducta dejase de acarrear-me el odio del viejo rey? Fué sin embargo todo lo contrario, pues hasta entónces nunca me había tratado, ei-

nó con aquella cortesanía espresiva que le era natural; pero mis desaires le pusieron sobre sí, y aun estuvo en mi mano el desbancar á la favorita. Teniendo mas fuerza para mí los deberes de fiel esposa que los deseos de muger que pretende agradar, me contenté con saber que no me era difícil el triunfo, sin llegar al estremo de conseguirlo. Por otra parte, si los obsequios de un monarca halagan nuestra vanidad, no pueden menos de mortificarla los del amante de una cortesana.

Esta no me perdonó la victoria, aunque yo no la había empleado directamente en su daño; y para entablar desde luego su plan de venganza, fué sembrando por sí misma, y divulgando por medio de sus agentes, las calumnias mas perjudiciales y mas estudiadas. Mi atolondramiento era el testo, que glosaba la malicia con odiosos comentarios: me fueron acechan-

do los pasos; interpretaron mal mis palabras; sacaron ilaciones de cualquiera gestion mia indiferente; y me retrataron bajo diversos aspectos, ventajosos en cierto modo, pero acompañados de algun rasgo malicioso. La calumnia repartida por un sinnúmero de conductos, corrió por todas las clases del estado, alucinó al campesino en su choza, y regresando mas abultada y con mas violencia hacia su origen, preparó desde aquel punto la ruina en que me veo sepultada.

Esta trama se había maquinado en los primeros años de mi matrimonio, y el carácter frio de mi esposo el Delphin, su poco agasajo y el ceño frecuente que le causaba mi disipacion, autorizaban las hablillas mal intencionadas. Una prole dilatada las hubiera confundido en un pueblo, donde el cargo mas grave que se hace al heredero del trono, es el no tener suce-

sor; pero como por desgracia era yo estéril, daba mayor campo á la murmuracion.

Es necesario recordar, que á mi llegada á Francia, dos hombres, célebres para siempre; y cuya suerte ha influido tanto en la mía, estaban hacia algun tiempo ausentes de la corte. El primero, el conde de Artois, terminaba con un viage por Europa su curso de educacion; y el otro, que era el duque de Orleans, estaba desempeñando en el gabinete de San Jámex un encargo que le había confiado el rey.

Me habían hablado largamente de estos dos príncipes; y sus prendas, sus riquezas, y aun sus vicios, sus gastos y sus extravagancias les habían granjeado en las tertulias de la corte el mayor aplauso. Merecían casi en igual grado el aprecio de los caballeros y damas de la corte, pues unos encarecían sin tasa el gracejo ligero, la ama-

bilidad suma y la veleidad francesa del condesito; y otros ponían en las nubes el brio y el garbo del duque, su destreza en domar un caballo fogoso, sus vistosos trenes, sus correrías estravagantes y sus volantes ingleses.

Es bien sabido que desde el momento de mi desposorio, me había aprovechado del ensanche que me daba mi marido, para desentenderme del yugo y el tedio de la etiqueta establecida por la reina María. Las graves azafatas, que no sabían prender una flor sinó con solemnísimas ceremonias, fueron sustituidas por muchachas amables, vivas y lindas; y como los poetas me comparaban en sus versos aduladores con Venus, no se me hacía extraño el verme rodeada del coro de las Gracias.

Entre estas se particularizó una de la figura mas halagüena y del carácter mas servicial, pues lo que las otras ha-

cían por obligacion, lo ejecutaba ella por gusto: la menor mirada la ponía alerta, y con cualquier ademan ya estaba á mis rodillas: no parecía sinó que acertaba con mis pensamientos, ántes de que yo los tuviese, y que respiraba el mismo aliento que yo. Cuando me veía algo triste, se le arrasaban los ojos de lágrimas, y en despejándose mi semblante, brillaba el regocijo en el suyo: decía á mas de esto con su natural donaire las agudezas mas sutiles y satíricas contra la odiosa favorita.

Como el conde de Artois era quien privaba para ella, no malograba ocasion de elogiarle, ya celebrando el atractivo de su persona, ya su ingenio y discrecion, y ya las prendas de su corazon. Poniale en verdad algunos lunarillos; pero eran tales en su boca, que había de parecer ménos perfecto sin ellos. En cuanto al duque de

Orleans, jamas le nombraba; y al preguntarle yo el concepto que le merecía, no hacía mas que mirarme con una sonrisa tan maliciosa, que equivalía á una sátira. Estando pues tan prendada de esta jóven, mi corazon inadvertidamente seguía su dictámen; y así ántes de verlos, apreciaba tanto á mi cuñado, como desestimaba á mi primo.

Nos hallábamos en la estacion abrasada, que hace de la frescura y sombra la primera necesidad y el deleite mas halagüeño, y al anochecer iba, con el beneplácito del Delfín, á disfrutar uno y otro por las arboledas frondosas de Versálles. Mi acompañamiento en aquellos paseos nocturnos se reducía á una ó dos mugeres, sin faltar por lo comun la referida. Allí, alejando con la sombra de los árboles y la oscuridad de la noche la brillantez importuna de la grandeza, me a-

llanaba á los desahogos de la familiaridad. Ya emboscándonos por las sesgas alamedas, ya sentadas en la alfombra del verde césped á la orilla del estanque magnífico, donde la luna reflejaba su brillo apacible; disfrutábamos á la par el embeleso de un coloquio amistoso. Mi amiguita salpicaba su agudísima conversacion con aquellos desahogos sencillos y afectuosos, que hacen asomar las lágrimas en los párpados, al paso que bañan de sonrisa los labios. El sosiego de la noche, el aroma suave de las flores con que el ambiente nos favorecía, el murmullo de las aguas, el susurro de las hojas que el viento mecía, y la edad de mi amable compañera y la mía, nos iban trayendo insensiblemente á considerar el estado de nuestros corazones. El suyo había suspirado, y estaba suspirando todavía por un objeto, que no se atrevía á nombrar; el mío no

conocía el amor sinó por el nombre, y hasta entónces solo había experimentado la amistad.

Un día, ó mas bien una noche, la vizcondesa Natalia (este es el nombre de mi compañera) y yo íbamos andando despacio y en silencio por un emparrado, cuyo techo estaba muy entretejido, y cuyos piés enramados de guirnaldas de madreleyva, franqueaban el paso al resplandor de la luna, velada entre celages; y tendiendo la vista por las calles colaterales, la alargábamos hasta el césped tupido que cerca el estanque. Durante nuestra conversacion, que mi amiga solía hacer viniese á parar en el conde de Artois, hablamos de su regreso, que se decía muy inmediato. Creía ella, que sus viages, provechosos á todas luces, habrían realzado sus prendas físicas y acendrado su espíritu, y yo era tambien de la misma opinion, ateniendo-

me al dictámen de los maestros mas instruidos, y en virtud de la esperiencia; pues nada desimpresiona tanto de vulgaridades á un jóven, y nada saca tanto á luz sus virtudes, como los viages.

En esto asomó por la derecha á paso vivo hacia nosotras un militar, que nos pareció bien dispuesto. Si el conde estuviese en Versálles, dijo Natalia, diría que era él; y sin guardar mas decoro del que solía, sea por curiosidad ó por travesura, me quise quedar sola, y la vizcondesa se retiró á un espejillo inmediato.

El desconocido se fué acercando, y á la claridad de la luna eché luego de ver, que era jóven y buen mozo, que es lo primero de que, aun la muger mas reservada, se hace cargo. Por su conversacion fina y aguda, vi que le acompañaban la viveza y el talento; y por lo selecto de sus espresiones, y por las

frases, corrientes solo entre la grandeza, inferí que reunía con la ventaja de su nacimiento la de una educacion muy distinguida: todo lo cual confieso que me lisonjeó sobre manera. El concepto que yo le merecí, no fué por de contado tan recomendable, puesto que hallándome sola, tan á deshora y en aquel sitio, sin las galas de mi gerarquía, encubierta al contrario con el trage mas sencillo, no cabía el que atinase lo que yo era; y así aunque por el pronto se había portado con la mayor urbanidad, poco á poco se fué metiendo por el trillado camino del galanteo. Entónces acusé interiormente mi imprudencia, que me condenaba á escucharle; pero aquel lenguaje nuevo, que lastimaba mi oído por la vez primera, me restituyó toda mi altivez; y despejando á medias, por decirlo así, las nieblas que me encubrían, hice enmudecer al jóven militar, con-

fundí su temeridad, y me reuní con la vizcondesa.

Enagenada con la turbacion que me causó el desconocido, se la manifesté sin rebozo á mi amiga, contándole el pormenor del lance que me acababa de pasar. Hablé con enardecimiento y por largo espacio, tanto que, por no sé qué impulso íntimo, las espresiones del interes se interpolaron con los acentos de la altanería ajada; y despues de una hora de conversacion glosaba todavía mi aventura, ménos para lamentarme que para complacerme en ella.

Natalia, para quien era indiferente este acaso, y podía mirarlo de consiguiente á sangre fria, y descifrarlo con tino, echó de ver la novedad de mi language, y nuestra intimidad hizo que me comunicase desde luego esta observacion. Los filos agudos de un estoque, clavado en mis entrañas, me

hubieran sido ménos dolorosos; pero gracias á la oscuridad pude encubrir mi turbacion. ¡Cuán violenta era la commocion de mi espíritu, y cuán vivo y estremado el encendimiento de mi rostro! El orgullo, el despecho, la cólera, y aun otro impulso mas tierno, hervían á un tiempo en mi pecho. Retiréme, desabrída con Natalia, con mi aventura y conmigo misma, y volví á buscar bajo los artesones dorados el sosiego que ya me iba abandonando.

Ay de mí! demasiado cierto era que lo había perdido en aquella noche fatal, pues la siguiente, en vez de restituirmelo, no hizo mas que acrecentar mi tormento. Solía vagar contra mi voluntad por las arboledas del jardin; oía la voz del desconocido; y mis oídos se complacían en recoger de nuevo sus palabras, no las que me habían agraviado, sinó las ajenas de todo des-

acato. Una ilusion, contra la cual batallaba en balde, me retrataba su figura, en la que el mas noble señorío se hermanaba con la suavidad mas halagüeña; y sentía el soplo del ambiente, ó mas bien lo infería por las mecidas de la rubia cabellera del incógnito, que hacían graciosas oleadas en su cabeza, descubierta con cierto encogimiento. Y cuando la memoria con sus fieles relaciones pretendía desencantar la imaginacion, lastimar mi oído y amargar mi corazon, repitiéndome sus espresiones descomedidas; una voz interior clamaba por él, interpretaba su intencion, y alcanzaba ejecutivamente el indulto.

El dia siguiente se divulgó que el conde de Artois, habiendo terminado sus viages por la Inglaterra, se había reunido allí con el duque de Orleans, y habían dado la vuelta juntos. Al punto de darme esta noticia, entró el

Delfín y me la confirmó, añadiendo, que debían entrambos presentarse al rey aquella misma tarde. Natalia no malogró la coyuntura de apuntar algunas especies lisonjeras acerca del conde; pero apenas hice alto por estar desazonada y con el ánimo pre-ocupado.

La precision de ponerme de toda gala, aumentó mi tedio, y á la hora de salir de la corte me entró un desabrimiento tan estremado, que envié á hacerle presente al rey, para que me dispensase de la asistencia; pero ¿qué fué de mí, cuando el monarca con su numerosa comitiva asomó en mi estancia? Señora, me dijo, fuera de la complacencia que tengo en venir á informarme de vuestra salud, que á todos nos interesa, no he podido resistir á las encarecidas instancias de nuestros jóvenes viajeros, que han visto en sus correrías muchos portentos,

y no traen mas anhelo que el de olvidarlos: con qué tened á bien disimular esta importunidad, atendiendo á lo que la motiva. — El Delfin me presentó su hermano; pero es fácil inferir, cuál sería su asombro al reconocer la persona, con quien la víspera había usado aquellas espresiones atrevidas, y el mio, al hallar en él á mi desconocido. Bien se echaría de ver nuestra sorpresa; pero la presencia del rey no daba lugar á que se reflexionase sobre ella. Solo el Delfin reconvinó á su hermano por su cortedad, y este salió del paso con un cumplido, que me alentó para contestarle. Pero ¿cómo detesté de nuevo en aquel punto mi arrebatada inconsideracion, que me ocasionaba un sonrojo, cual si hubiera sido culpada!

Despues del conde de Artois se presentó el duque de Orleans. No acertaré á repetir sus razones; y lo único

que se me impresionó de su fisonomía, fué su mirar desvergonzado, que estuve involuntariamente comparando con los ojos tímidos del conde, y que me obligó mas de una vez á bajar los míos.

Desde aquel punto desapareció mi dicha y perdí mi reputacion. Divulgóse la escena del bosque, acriminada con particularidades odiosas; y he sabido despues, que fué tramada por la que lo avasallaba todo, y que la vizcondesa Natalia, su indigna hechura, que á fuerza de artificios y de hipocresía había merecido toda mi confianza, era el alma y el instrumento de aquella maquinacion infernal. Informada del regreso del conde, le había avisado por una esquelita anónima, que *una apasionada suya se pasearía por las alamedas del parque para esperarle.* La casualidad había en parte desbaratado la maniobra; pero los atalayas

que estaban acechando mi paso imprudente, aunque no culpable, lo anotaron todo puntualmente; y juzgando del resultado por las apariencias, habían dado sus conjeturas por realidades, y me iban desacreditando en varios libelos. De este modo una accion indiferente, pero indiscreta y sin premeditacion, me hizo el juguete del público.

El estado de mi interior empeoraba tambien mi situacion, pues reflexionando sobre mí misma, y desentrañando mi corazón, había advertido una cierta propension al conde, que me llenaba de horror. Era mi ánimo lidiar con ella á viva fuerza; pero ¿no es bien cruel y espuesto, el vivir junto al enemigo, que es preciso halagar, ó junto al amigo, con quien se ha de estar batallando?

A este tiempo empezaba á disminuirse la adustez del Delfín, su carácter se

hacia mas afectuoso, y su hablar mas afable; todo lo cual me empeñaba mas y mas en corresponderle. Para aumentar las causas de mi tormento y desconsuelo, mi cuñado el conde, arrebatado por una pasion, que yo tal vez fomentaba con el silencio y con mis miradas involuntarias, no podía ocultarla, y suministraba á mis émulos nuevas armas, nuevos triunfos á la calumnia, y á mí misma mil motivos de zozobras, de quebrantos y de remordimientos.

Murió en este intermedio Luis xv, y sucediéndole su nieto, es bien sabido, que una de sus primeras providencias fué desterrar á la escandalosa que había llenado de oprobio los últimos momentos del difunto rey, y aun confieso que intervine, no sin complacencia, en esta disposicion justiciera.

Esta variacion de circunstancias me hizo tambien mudar de opiniones, de

recreos, de conducta y de proyectos. Luego que las sienes de mi esposo ciñeron la diadema, y que el dictado de *Delfín* se trocó en el de *rey*, me pareció que entraba en mi elemento natural, y que respiraba por la primera vez. Súbdita hasta entónces, todo mi mando había sido el de una muger amable; y la soberanía efectiva halaga con mas delicia, por ser única, que cuantas puede proporcionar el atractivo de la hermosura, por ser esta una eualidad concedida á muchas de nuestro sexo. Me hice cargo de que las tramas del tocador decían mal con la estension de mi espíritu, no llenaban la capacidad de mi corazon, y de ningun modo podían embargar mucho tiempo mi atencion. Sin desentenderme pues del embeleso de una pasion, á la que todo debe su existencia, resolví sujetarla á esta otra, por la eual únicamente podía yo existir. ¡Cuán grato es en

efecto el verse encumbrado á tal punto, que para variar de situacion, sea preciso hacer un descenso! ¡Qué mayor delicia que con una sola mirada hacer bajar las de todos hacia la tierra, y repartir con una palabra, como Dios, la ventura ó la desgracia, la vida ó la muerte!

He disfrutado esta satisfaccion, he saboreado muy despacio la copa halagüena del poderío, pues hubo un tiempo en que de mi sonrisa pendía la suerte de un estado, y en que con un ademan encendía ó apagaba una guerra. Qué me queda de tanto poder? el desconsuelo de haberlo ejercido demasiado. ¿En dónde he vuelto en mí de aquel sueño hechicero? en un lóbrego calabozo. ¡O decretos incomprensibles de la Providencia!

Al estender para mi propio desahogo, no ménos que para la instruccion de mis hijos, este escrito funesto, no

ha sido mi ánimo sacar á luz las interioridades de mi vida privada, ni recordar los pasos de mi conducta pública. En este infierno, donde me ha encarcelado anticipadamente la maldad de los que nunca he ofendido, y cercada de escuchas que acechan, interpretan y glosan hasta mis suspiros; mi memoria no acierta á combinar todas las circunstancias, ni mi entendimiento á abarcar todas las especies, ni ménos mi imaginacion á reunir bastante número de imágenes, para poder formar un todo verídico y arreglado. En vez de referir uno por uno todos los sucesos de mi vida, me he propuesto mencionar solo aquellos que pueden aclarar algunos acontecimientos de la revolución, que han sido hasta ahora desconocidos, ó han estado por lo ménos envueltos en alguna oscuridad.

Mientras la coronacion de mi espo-

so inclinaba todos los impulsos de mi corazon hacia el dominio, el del conde se estaba consumiendo en el fuego que yo había encendido, y que mis imprudencias iban atizando; pero al cual no debía, ni era mi ánimo corresponder. Es verdad que, como llevo dicho, tenía que resistir á una inclinacion que me dominaba, y en que se hubiera cifrado mi dicha, si el decoro y las obligaciones se hubiesen podido hermanar con ella; pero sea que la escelencia de la virtud cautivase todavía mi espíritu, ó sea mas bien porque sufocaba á esta pasion otra no ménos halagüena, y que sin pensarlo ni quererlo, por un instinto innato en mi familia, antepusiese el boato regio á las complacencias del corazon; él mio dejó de experimentar aquella especie de agitaciones que producía el amor batallando con el deber. Entregada del todo á los nuevos placeres de

mi situacion, no consideraba los otros sinó como meros desahogos. Manejar las riendas del Gobierno que me confiaba el nuevo monarca, era mi felicidad; y mi galardón se reducía á recobrar en sus brazos nuevo aliento para este glorioso desempeño.

MI hermano político no tardó en echar de ver, que la ambicion habia ocupado en mi pecho el lugar de otro afecto mas apacible; mutacion que desvaneciendo las esperanzas que le pudo infundir mi conducta anterior, le causó un pesar muy amargo. Como era demasiado jóven para dejar de arrebatar por las pasiones con el ardor de la primera lozanía, sobrado fogoso para enfrenarlas, y muy bisono para encubrir las, me puso desde luego de manifiesto sus penas con un mirar triste y apagado; y de este testimonio mudo, en que aparenté no hacer alto, vino á parar á los suspi-

ros repetidos y á los ademanes de desesperacion. Aun creo que se le fueron algunas quejas y reconvenciones, pues no se puede negar, que de dos corazonces que se separan, el que últimamente ama, es el que mas padece en dejar de amar. Por hallarnos á mi parecer en este caso, contestaba yo chancéandome á las instancias del conde, el cual substituyó entónces los billetes á sus palabras. Leí el primero por sorpresa, pero le devolví los otros cerrados. El desconsuelo de aquel desventurado fué sin limites, pues su passion, que hacia tiempo no los conocia, vino á ser la causa, ó á lo ménos la ocasion de su pérdida, de la mia y de la de toda nuestra familia.

Había contraído con el duque de Orleans una especie de amistad, que la aficion á los viages, á las artes y á los placeres habia ido estrechando; y una confianza reciproca es el pábulo

de estas conexiones. ¿Cuál es fuera de esto el amante, cuyo corazon no trata de esplayarse, y á quien no parece que la comunicacion minora sus penas y dobla sus satisfacciones? El conde manifestó al duque quanto se había prometido y quanto padecía, y este por un motivo que no puedo apurar, pero que en vista de los sucesos actuales, debo atribuir á una combinacion alevosa; este, digo, instó, estrechó é indujo al conde, á que pusiese á su cargo el manejo de aquel negocio, cuyo buen éxito le afianzaba. Soy práctico, decía el duque, en el corazon de las mugeres, que es un laberinto, segun cuentan; pero tengo el hilo con que se anda á pié llano; y aunque reina, al fin vuestra cuñada es de su sexo. En breve, conde, la veréis mas blanda y ménos altanera.

Esta proposicion insolente, que me llena todavía de indignacion, no me

deja contar menudamente las tentativas del duque; baste decir, que engañando á su amigo, y deshonorando al mismo tiempo en mi persona la esposa de su rey, dirigió á favor suyo las tramas infames, de que mi orgullo y mi odio me pusieron á salvo. Apénas tuve evidencia de la avilantez con que el duque ponía en mí sus ojos, no atendiendo sinó á mi enojo y á mi altanería, acudí á querellarme al rey del insulto que se me estaba haciendo. Lo erré, segun he visto despues, y lo estoy experimentando cruelmente en el día. Varias veces había conversado el conde conmigo acerca de sus ardores, sin que yo me agraviase, y aun había acompañado con algun consuelo las jocosidades que al paso se me ofrecían; pero yo no le aborrecía, quando por el contrario á la vista sola del duque sentía en mí una antipatía insuperable.

Luis XVI, cuya alma afectuosa estaba encubierta con un exterior adusto y un carácter grosero, apenas supo su osadía, se enfureció estremadamente. Todos los medios se le hacían justos para castigar al culpado: ya quería entregarle al rigor de las leyes, y ya imponerle un castigo arbitrario; pero haciéndose cargo de que el delito del duque no era de la incumbencia de ningún tribunal, y demasiado indulgente para castigar como un desafuero premeditado el acaloramiento de las pasiones, se contentó con echarle de la corte, y quitar de mi presencia al imprudente que me había agraviado, desterrándole á Villers-Cotterets.

Un hombre cuerdo ó ménos arrebatado, no hubiera visto en este castigo leve, sinó una prueba de bondad y un camino de arrepentimiento. Pero sea que este lance acelerase el des-

arrollo de los principios viciosos arraigados en su corazón; sea que algunos amigos ambiciosos y cortesanos pérfidos se valiesen de esta proporción, para anticipar el trastorno premeditado muy de antemano, intentado alguna vez, y reprimido siempre por el letargo mismo del Gobierno; ó sea en fin que la Providencia hubiera prefijado esta época para la revolución mas memorable, que se ha ejecutado entre los hombres desde que están en sociedad; en Villers-Cotterets fué donde el duque de Orleans ideó, preparó y juró nuestra ruina.

Desde mediados de este siglo, uno de los mas decantados, los ánimos imbuidos en ciertos escritos, donde se ventilan los derechos del hombre, se fijan las obligaciones de los gobernantes, y se desentrañan todas las dificultades de la ciencia social; los ánimos, repito, manifestaban una deci-

dida inclinacion hacia la libertad. Mi hermano José, que solía decir, que *era realista per officio*, no estaba léjos de abrazar las nuevas ideas; y si he de confesar la verdad, tampoco me hubieran desagradado, á no haber sido reina. Porqué la teoría de la independencia, tan seductora en las obras de Juan Santiago y de Mably, nada tiene de comun con las sanguinarias acciones de los anarquistas; y porqué, digan lo que gusten los que se paran en la superficie de las cosas sin profundizarlas, nada se amalgama ménos con el jacobinismo que la verdadera filosofía, y únicamente un insensato podría confundir á Marat con Montesquieu.

Sin embargo, lo que contribuyó desde luego para preservarme del contagio del siglo, no fué tanto mi situacion personal, como la que tenía respecto del duque de Orleans. El iba

escortado de los herederos indignos, ó mas bien de los hijos bastardos del partido filosófico, y yo debía tener á mi lado, como lo hice, los sugetos mas adictos á las opiniones antiguas. Se había él allanado á popularizarse, proclamándose casi defensor de los derechos nacionales, y desde aquel punto mi altanería había ido en aumento, y me horrorizaba la independencia pública: así es que nos prendamos muchas veces de un objeto, ménos por el afecto que le profesamos, que por odio á aquellos que lo menosprecian.

Desde esta época empezó la persecucion, ya patente ó ya encubierta, pero siempre activa, del duque de Orleans contra la persona de mi esposo y contra la mia. Hacía tiempo que habiendo alcanzado del rey el término de su destierro, había vuelto de Villers-Cotterets y se había presentado en la corte, donde traté de recibirle

con agrado. Yo encubría bajo el disfraz de la indiferencia la aversión que me cansaba, y él ocultaba, con las apariencias de la oficiosidad, del miramiento y del respeto, el odio que abrigaba contra mí en lo íntimo de su corazón. Este estado de disimulo y de rezelo mutuo se conformaba poco con mi altanería; y así es que prorumpía á las veces sin pensarlo en alguno de aquellos rasgos, que se escapan del interior por la fuerza de la verdad, y que no favoreciendo en nada al duque, los iba recogiendo sin darse por entendido, seguro de hacérmelos pagar algún día bien caros.

El volcan revolucionario que se iba formando hacía tiempo, empezaba á hervir y á bramar, y tardó poco en verificarse su erupcion; pues manifestándose con el alboroto de París del 12 de julio, corrió como un relámpago por toda la Francia. Los ministros

fueron despojados de un despotismo de que abusaban; la autoridad del monarca revivía al parecer enriquecida con todos sus atributos; y vi el instante en que caminando por las huellas de Richelieu, la asamblea constituyente no había quitado á las instituciones antiguas sus riquezas superfluas, sinó para ponerlas en manos del rey. Pero sean las que fueren las causas de una mutacion tan repentina, nuestro enemigo mortal se valió de ellas, y las empleó en nuestra humillacion y en su encumbramiento.

Los nuevos acontecimientos habían sido en algun modo y á ciertas luces favorables al conde de Artois, pues la necesidad de ir acordes sobre los intereses del reino y de nuestra familia, le ofrecía la proporcion de verme á menudo, y yo lograba una familiaridad que halagaba su pasion sin comprometerme. Pocos dias dejaba de ha-

ber alguna junta secreta en mi cuarto, para deliberar con el rey y algunos vasallos leales sobre la crisis que nos estaba amenazando. El conde, vivo, agudo, pronto de genio y de una imaginacion fecunda, hacia siempre las propuestas mas favorables; y aun por cierta travesura que no podia desagradarme, sabia amenizar la gravedad de las investigaciones politicas con un baño de pasion y de galanteo, que se dirigia á mí, pero que los demas tenian por rasgos naturales de un entendimiento fino y bien cultivado.

Una tarde al salir de la sesion, me entregaron una carta sin firma ni fecha, y de letra desconocida, en la que se me pedia á nombre del duque de Orleans una audiencia secreta y particular. Era sábado, y me espresaban que para dar respuesta afirmativa, saliese el dia siguiente á la tribuna de la capilla con una media luna de brillan-

tes en la cabeza; advirtiéndome, que si se divulgaba la esquila ó su contenido, recaeria la venganza de aquella traicion sobre las personas de mi mayor cariño. Iba yo conociendo de qué atentados era capaz el duque para conseguir sus fines; y por mas que me esponga, dije, en concederle su peticion, le he de quitar este pretesto para darme un desconsuelo mortal, y causar al imperio una pérdida irreparable, pues sobre alguno de mis hijos hubiera ido sin duda á descargar la furia de aquel malvado.

Al presentarme en misa con la señal espresada, observé con todo cuidado el rostro del duque, sin que pudiese advertir demostracion alguna que me sirviese de agüero; y viniendo luego á hacerme la corte, segun costumbre, ni por sus miradas, ni por sus ademanes y semblante pude sacar consecuencia alguna.

A la hora señalada llamaron á la última puerta de mi estancia, y me sobrecogió una especie de pasmo, el cual, aunque breve, no me dejó abrir por el pronto. No fué poca mi estrañeza cuando entrando el que llamaba, vi, en vez del duque de Orleans, á la célebre madama de\*\*\*\*\*.

Presentóse con decoro y señorío, bajos los ojos, andando despacio, y guardando un profundo silencio. Estuvo esperando que me sentase, y entre las varias sillas que le señalé, tuvo la modestia de escoger la mas humilde. Rompí luego el silencio, preguntándole los motivos de aquella audiencia, solicitada con tanto empeño y bajo una forma tan extraordinaria; á lo cual me contestó en los términos siguientes.

Si tuviese que hablar con otra muger, y no con V. M., me valdria de aquellos medios artificiosos que realzan

tal vez á quien los emplea, al paso que envilecen al que los motiva. Para conseguir mi intento, acudiría á la adulacion, tan halagüena en cualquiera boca, y que es irresistible en la de una muger que se pone á elogiar á otra. Encarecería la agudeza, el atractivo y el gracejo de V. M., y alcanzaria por medio de una maña, indecorosa para quien la consiente, una victoria que no quiero deber sinó á la razon. Deje pues V. M. de estrañar los antecedentes y demas circunstancias de este paso, pues he temido aventurar su éxito, si me valía de los medios ordinarios y comunes. V. M. quedará convencida de que nace del concepto sublime, y aun me atrevo á decir, de la entrañable pasion que profeso á vuestra augusta persona.

Antes de esponer á V. M. el plan, que creo ha de merecer su atencion, necesito para desvanecer todo escrú-

pulo, tener presente, que estoy delante de la muger mas célebre de este siglo, imágen viva de la gran María Teresa; para quien el dictado de reina es su menor atributo; cuyo talento y cuyo carácter heroico sobrepujan al resplandor de la corona; y que sin esta hubiera siempre sido la primera muger de nuestros tiempos. Este conjunto de prendas peregrinas me anima á llegar sin zozobra, y ofrecer á V. M. un proyecto, que no puede ménos de admitirlo y apreciarlo dignamente.

V. M. conoce muy bien, y el universo lo repite, que Luis XVI, á cuyas virtudes domésticas todos hacen justicia sin dificultad, es incapaz de manejar las riendas de la administracion pública, pues andan vagando en sus manos débiles, mientras el carro del Gobierno, arrebatado por caballos desbocados, se despeña con espantosa rapidez por la pendiente de una sima. Conmo-

vido ya el estado por todas partes, ¿qué mano podrá afianzarlo en el momento de un trastorno general, y cuando un vaiven puede causar la ruina de la monarquía entera? ¿Dónde están los grandes que se necesitan para precaver tamaños desastres, y para hacer frente á un peligro tan manifiesto? La esfera política se desploma, y yo no veo los hombros de ningun Atlante para sostenerla.

Pero qué digo, señora? V. M. respira, y mi pais nada tiene que temer. Sí: á V. M. queda reservado el honor de salvar este imperio, y de mi obligacion es el indicaros los medios. Estoy segura de que los tendréis por indispensables, si la sangre de los Césares, aquella sangre soberana y generosa, hierva en vuestro corazon; y no podrán ménos de pareceros justos, puesto que son necesarios.

Si las leyes fundamentales del rei-

no, que la antigüedad hace mas venerables y sagradas, no escluyesen formalmente á las mugeres de la soberanía, diría á V. M. que se sentase en el trono, cínese la diadema y empuñase el cetro, pues yo respondería en este caso de la obediencia de la Francia. Pero en esta misma nacion, tan versátil y voluble al parecer, las constituciones de la monarquía antigua merecen veneracion, y forman, por decirlo así, la preocupacion provechosa, en que se cimienta la autoridad de los reyes, y se eslabona la sumision de los pueblos; y por tanto para que una muger llegue á ejercer la soberanía, es forzoso que medie entre ella y los pueblos un tercero, aprobado por el consentimiento de estos. Así lo practicaron con tan buena maña y éxito, Fredegunda, Brunequilda, Ana de Baviera, la reina Blanca, Catalina de Médicis, y mas modernamente Ana

de Austria; y así lo prescribe la suerte á Maria Antonieta. — En esto hice un estremecimiento de estrañeza y de sorpresa, y al abrir los labios para contestar á madama de\*\*\*\*\*, me interrumpió con un ademán y con estas palabras: Suplico á V. M. no juzgue de un punto de tanta entidad por una escasa insinuacion, y que se digne oír por estenso sus pormenores.

V. M. no ignora la mucha popularidad del duque de Orleans, adquirida por su llaneza, sus dádivas, y aun sus vicios, pues el apurar su origen no hace al intento. Él la tiene, señora; esto es positivo, y no lo es ménos que quiere utilizarla. Sí: el duque quiere reinar, ó mas bien le persuaden que es preciso que reine; y esto con unas razones muy poderosas, pues le ofrecen el trono ó la muerte. Si no reina, morirá; y que reine ó que muera, sus consejeros reinarán siempre.

Sus allegados aprecian con admiracion á V. M., pues vuestra grande alma los avasalla, al paso que la debilidad de vuestro esposo les repugna; y aquí se ve, que la ambicion de los súbditos se fomenta con la flaqueza de los soberanos.

Hace tiempo que el duque os adora, y en este instante se considera dichoso por tener en su mano una corona para rendirla á vuestras plantas. Si la desestimáis, no hay quien se la quite al duque; y aun dado que se la arrebatasen, su partido gobernaría tambien sin la reina.

Este plan grandioso va á ejecutarse inmediatamente: la inflamacion de los ánimos, el apocamiento de la corte, la inaccion del ejército, la debilidad del rey, todo lo está facilitando. Mañana, señora, quinientas mil bocas proclamarán la exaltacion del duque y de V. M. al trono, ó bien mañana mis-

mo el duque triunfará solo, y V. M. quedará confundida en la nada. —

Ya madama de\*\*\*\*\* había callado, cuando todavía la estaba yo escuchando. Su avilantez mas que su propuesta había embargado mi natural desenfado, y me hallaba fuera de mí, teniendo mis potencias sobrecogidas de una especie de pasmo. Mil ideas encontradas se atropellaban en mi cabeza, sin que acertase yo á coordinarlas y aclararlas. ¿Qué muger era aquella, que hablaba como reina á la misma reina? de qué carácter venía revestida? ¿quién podía sostener su inaudito arrojo y su poderío anticipado? Estaba oyendo interiormente una voz que respondía á estas preguntas: el alma que acierta á gobernarse, gobierna á las demas, cuando lo intenta: vencer sus pasiones, regir los propios ímpetus, producir las circunstancias ó utilizarlas, encadenar la fortuna y parar

su rueda movable forzando al destino, esto es lo que da derecho para sentarse en el trono, y es reinar en realidad.

Madama de\*\*\*\*\* atribuyendo á su verdadera causa, esto es, al asombro que su extraño arrojó había causado en mi espíritu, el enmudecimiento que yo no acababa de vencer, se valió de él para continuar así su discurso: Estoy descifrando ese silencio y la causa de tanta admiracion: V. M. no puede conciliar el concepto que sin duda acaba de hacer de mi carácter, con el que tenía formado de antemano por mis escritos; y en este cotejo encuentra una suma desigualdad, haciéndosele muy arduo el concebir, que la escritora modesta y la muger ambiciosa puedan ser una misma persona. Señora, pudiera contestar á V. M. que mis libros y mis proyectos son partos de dos facultades diversas, pues los unos salen de mi

entendimiento, y los otros de mi corazon; y que mi pluma sola es religiosa y filosófica, mientras mi alma se abrasa en el vivo fuego de las pasiones. Pudiera en abono de este sistema citar un sinnúmero de hombres célebres, que en sus obras han manifestado ménos los sentimientos de su corazon, que las combinaciones de su espíritu. Así el apocado Corneille espresaba el alma sublime de Cina y de Cornelia, el veraz Moliere retrataba á un tramposo, y el sensible Crebillon presentaba al natural el corazon feroz de Atreo. Pero no quiero profanar con la ficcion la audiencia que he merecido á V. M., ni la hora y el sitio en que se me ha concedido. Confieso pues que he sembrado en mis escritos la semilla de mis costumbres, y que un lector juicioso, sin explicarme ahora mas sobre este asunto, puede sin dificultad descubrirlo. V. M. no ignora que las

almas grandes tienen pasiones vehementes, y que las saben disimular en algunas ocasiones. —

Levantóse; y por mas imprudente que se me hiciese la esposicion de su plan, y por muy temerarias que fuesen sus espresiones, el tono con que las había proferido, me pareció que las suavizaba. Hasta entónces la estuve escuchando con mas aturdimiento que sosiego; pero su última espresion, que tuve por un flechazo dirigido contra mis indiscreciones diarias, me hizo cometer otra nueva. Mi estremo asombro había hecho las veces de la magestad, y madama de\*\*\*\*\* podía mirar mi silencio como efecto del menosprecio; pero la alusion picante con que había concluido, me hizo prorumpir en una esclamacion. No basta? le dije con altivez: ¿lastimaréis mas rato mis oidos con la confesion de vuestros delitos pasados, y con la re-

lacion de los venideros? Si me dejase llevar de mi enojo y de la justicia, no saldríais de este palacio sin recibir el castigo de este desacato; pero quede encubierto bajo mi sumo desprecio, y ya que hermanáis algun decoro con vuestra mucha corrupcion, sirvaos de pena mi respuesta: llevádlas al que os envía, y que estrañe todavía mas mi moderación que su propia avilantez. — Había yo pronunciado estas palabras con un enfurecimiento tan reconcentrado, que hacía ver bien la falsedad de lo mismo que estaba diciendo. Con un ademan imperioso le señalé la puerta; pero ántes de marcharse retrocedió dos pasos, y mirándome con asombro y compasion me dijo: Venía á poner en vuestras manos el hilo de vuestro destino; y ¿es por ventura culpa mia, si pudiendo formar una tela de los colores mas vistosos, le dais ciertos visos fúnebres?

Quiera Dios que la reflexion desenga-  
ñe á V. M.; pues mejor enterada de  
sus propios intereses, hará tambien  
mas aprecio de este paso mio, y mas  
justicia á mis intenciones; y entón-  
ces tendrá ménos dificultad en conformar-  
se con ellas. —

Salióse, y me dejó batallando con  
la mas ansiosa incertidumbre. Ya no  
era una pasion tierna la que lidiaba  
allá en lo íntimo del corazon con mis  
obligaciones, sinó la necesidad y la  
ansia de reinar, que luchaban con los  
deberes mas sagrados. Y ¿podré yo,  
sin ser esposa perjura, llenar de affic-  
cion los dias de Luis XVI, encadenar-  
le y envilecerle? ¿Podré, sin ser ma-  
dre culpable, olvidar y sacrificar el  
interes, la gloria y la dignidad de mis  
hijos? Por recibir de manos de un  
usurpador la corona robada, ¿dejaré  
de ser una muger criminal? Reina sin  
fe, madre sin cariño y esposa sin pun-

donor, ¿qué confianza he de pedir, á  
qué respetos he de aspirar, y qué obe-  
diencia he de merecer á un pueblo,  
que exige tanto mas las virtudes de  
quien le gobierna, quanto él es el que  
ménos las practica? Conqué ¿he de  
hacer olvidar mi origen estrangero,  
oscureciéndolo con mis delitos? ¿Pue-  
do deshonor así mi linage, y la ma-  
dre á quien debo la existencia? Pero  
si por desempeñar mis obligaciones y  
cumplir con mis juramentos, he de  
perder la vida; si he de abandonar el  
trono, y verme privada de mi esposo  
y de mis hijos; si en premio de mi tes-  
son quedo condenada á postrarme a-  
vasallada ante un tirano, de quien el  
nacimiento y las leyes me han hecho  
soberana... Quién? yo bajar del tro-  
no? no: será preciso que me despe-  
ñen. Yo obedecer? ántes morir. Mas  
¿por qué arrostrar la muerte y reci-  
birla, cuando está en nuestra mano

el darla? Conspiran contra nosotros? conjurémonos contra los conspiradores, y opongamos la justicia de nuestro partido á la maldad del suyo. Correspondamos con odio al odio y con guerra á la guerra; y si en esta lid honorífica del derecho contra el desenfreno, y de la autoridad contra la rebeldía, el cielo dispone que perezca, á lo ménos moriré con gloria, sepultándome bajo las ruinas de la monarquía.

Calculado ya el ataque de nuestro contrario y combinada la defensa necesaria para contrastarlo, me preparaba á hacer la correspondiente propuesta en el consejo del rey, cuando en la mañana del 4 de octubre de 1789, me notician por una carta la fuga precipitada del conde de Artois, á quien habían intentado asesinar los facinerosos. Con este fracaso se avivó la llama no bien apagada de mi corazón: el a-

mor y el odio se albergaron en él y lo traspasaron, y la ambicion y la venganza añadieron sus furiosos impulsos. Ay Dios! ¡qué tormento es traer en el pecho los elementos de las pasiones, que las circunstancias sacan á luz! Qué agitaciones tan violentas! qué deseos tan encontrados! qué arrebatos tan opuestos! Ah! ¡cuán caras se pagan las complacencias de la grandeza! ¡cuántos desvelos se anidan al rededor del trono, y cuán feliz es la suerte del labrador, que acabada su tarea campes- tre, se recoge y manda como un monarca en su pacífica choza!

Llegó el 5 de octubre, día funesto, seguido de otro todavía mas horroroso. Tras una noche fatigosa y desvelada, empezaba á cerrar mis párpados al asomar el alba, y dormía, mientras la cólera embriagaba á todo un pueblo y le inflamaba contra mí; dormía, mientras cien mil chuzos se estaban

afilando para atravesarme el corazón. De improviso me despierta el murmullo sordo y espantoso de la muchedumbre que cercaba el palacio, y en medio del alboroto continuado distinguió las pisadas de los caballos, el estruendo del movimiento de los cañones, el redoble de los tambores, y los alaridos de rabia y muerte, á los cuales se unía el eco fúnebre del toque de rebato. Luego mis sirvientas desgredadas, sin consuelo y sin aliento, se atropellan en mi cuarto, se arrojan á mis piés, y bañándolos en lágrimas, me suplican y me instan encarecidamente, á que salve mi vida de los golpes que la amenazan. Lo inminente del peligro me infundió un esfuerzo estremado, y dije: Aquí permaneceré, y en mi cama me han de asesinar. — En los brazos del rey y junto á vuestros hijos es donde debéis morir: clamó una voz, que por el acento co-

nocí ser la de madama de\*\*\*\*\*; y era ella misma en efecto. Ninguna alteracion la inmutaba, y al darme este consejo, no parecia sino que estaba intimando una órden. Luego añadió en el mismo tono: La hora de que os hablé, está inmediata, señora: ¿qué pensáis hacer? Morir, esclamé; mirándola con indignacion. — Mal tapada con un simple peinador, corro á la puerta, y encuentro la antecámara llena de hombres armados. Un estremecimiento involuntario me hizo retroceder; madama de\*\*\*\*\* me asió de la mano, y me obligó á seguirla con aquella superioridad que señorea á los hombres y á los acontecimientos. Hizo seña á las filas para que me franqueasen el paso, y me condujo al cuarto de mi esposo, haciéndome pasar por medio de un sinnúmero de gente armada. Así que llegamos á la puerta, serenaos, me dijo, nada se os hará: recapacitad

únicamente, cuán peligroso es el ofender á quien dispone de tantos brazos y de tantas voluntades.

El pormenor de aquella jornada regicida es bien sabido. La historia, como depositaria puntual del testimonio de los contemporáneos, ofrecerá el cuadro grandioso y terrible de un monarca, de una reina, de su familia real y de sus dependientes, arrebatados de su palacio por unos sediciosos, embriagados de furor, de vino y de sangre, que los arrastraban cautivos en su bárbaro triunfo, atropellándolos con mil humillaciones, y ostentando (qué trofeos tan horrendos!) las cabezas sangrientas de sus guardias leales.

Desde entónces todos los acontecimientos mas memorables en la revolucion, por mas que se pretestaba la independenciam del pueblo, no han tenido otro móvil que el encono del du-

que; y asi en el que yo le profeso, estoy muy agena de comprender á la muchedumbre que le servía de instrumento. Embelesada y ciega con las promesas engañosas, ha corrido siempre tras una felicidad quimérica, al módo que Ixion se empeñó en abrazar una nube: por mas sanas que hayan sido las intenciones de un corto número de republicanos sabios, la ambicion ha sido muy poderosa, y ha consolidado el despotismo sobre la anarquía. En el momento en que estoy escribiendo esto, la sedicion de los comicios romanos alborota al pueblo, y la tiranía del divan está en el Gobierno. Los tribunales proscriben, las administraciones confiscan, y los dos hombres mas grandes del estado son, Robespierre que sentencia á muerte, y Sanson que la ejecuta.

Terminaré estas noticias con la relacion de una circunstancia, al parecer

leve, pero á la cual atribuyo en parte la esplosion que ha derribado el trono, y acarreado la prision y muerte del monarca que lo ocupaba.

Por mas que correspondiésemos al duque en el enceno, la importancia del papel que hacia, y su influjo, nos estaban precisando á encubrirlo; y aun era tal la confianza y la suma bondad del rey, que despues de estar el duque un año en Paris, ya casi había olvidado los resentimientos que tenía contra él. Lo bien que había desempeñado su comision, cuando fué enviado á Londres; la especie de sacrificio que al parecer había hecho de madama de\*\*\*\*\*, precisándola á alejarse de Francia; la buena armonía restablecida entre él y su esposa, y las continuas pruebas que nos estaba dando de su afecto; todo en fin persuadió á Luis xvi que había olvidado sus yerros, y que arrepentido sinceramente,

estaba en ánimo de repararlos por medio de una conducta prudente y moderada. En cuanto á mí, como no podía hacerme esta ilusion sobre el interior del duque, estaba muy agena de conformarme con mi esposo en este concepto. En el nuevo porte de nuestro enemigo no veía sinó un cargo mas que hacerle, y para nosotros un riesgo mas inminente. No le hubiera temido tanto, si usase ménos rebobo en su odio, y ménos disimulo en los medios de que se valía para satisfacerlo.

La pesquisa incesante con que acechaba sus acciones el ministro Bertrand, que estaba á mi devocion, confirmaba mis sospechas, y yo me desvelaba en idear medios para alejar de nosotros al que las ocasionaba.

Nuevos síntomas de sedicion se fueron manifestando en varias épocas desde el mes de setiembre de 1791, que

fué cuando el rey aceptó la nueva Constitución, hasta el 20 de junio de 1792, día en que la anarquía se levantó contra el rey, para hollar con su planta destructora su persona y su dignidad; día en que, por una combinación inaudita, se vió el gorro sangriento del desenfreno unido en una misma cabeza con la corona monárquica.

Algunas semanas ántes el rey, queriendo reorganizar la marina casi destruida por el furor revolucionario, hizo una promoción de almirantes; y sea por política ó por justicia, comprendió al duque de Orleans, á quien el ministro de aquel ramo participó su nombramiento. El duque se mostró gozosisimo, y por el conducto del mismo ministro pidió al rey y á mí nos dignásemos admitirle á darnos las gracias. Ya ves que vuelve á buscarnos, dijo Luis XVI alargándome el pliego, y soy de dictámen de que le recibamos

con muestras de aprecio. El agrado es un medio irresistible para las almas que no están empedernidas, y así te encargo trates bien á mi primo.

El día siguiente vino el duque á la hora de la corte; pero cuantos la componían, indignados de verle en un sitio contra el cual estaban persuadidos que no cesaba de conspirar, le hicieron un desaire muy pesado. Se agolparon á su rededor, le estrecharon y apretaron, forzándole á cejar hacia la puerta: pasó luego á mi cuarto, y se repitió la misma escena con circunstancias todavía mas desagradables. Estaba puesta la mesa, y al presentarse el duque, gritaron, que nadie se acercase á ella, como para darle á entender el rezelo de que envenenase sutilmente los manjares. El duque enfurecido se retiró sin haber recibido audiencia, nos atribuyó los sonrojos que los palaciegos le habían hecho, nos ju-

ró de nuevo un odio implacable, y contó con esterminarnos, valiéndose de los instrumentos de venganza que tenía en su mano. Empezó á cumplirlo así en el 20 de junio, y acaba de desempeñar en parte su juramento en el 21 de enero. Prevén, Felipe, tus puñales y afila las cuchillas de tus sayones, pues todavía te quedan cabezas que cortar: el hijo de Luis XVI aun respira, y tú no reinas. »

NOCHE UNDÉCIMA.

Esta es, dijo la reina despues de la lectura del manuscrito que acabo de extractar, esta es una de las principales causas de la revolucion, y la que mas ha perjudicado á mi persona. Me hago cargo de que en el punto de fermentacion, en que los enciclopedistas y economistas habían puesto los ánimos, era ya imposible que la crisis, de que debía resultar una gran mutacion, no asomase tarde ó temprano, para aclarar los problemas filosóficos que habían dado tanto que discurrir. Pero sin la reunion accidental de la flojedad del rey, de la competencia suscitada entre su hermano y el du-

ró de nuevo un odio implacable, y contó con esterminarnos, valiéndose de los instrumentos de venganza que tenía en su mano. Empezó á cumplirlo así en el 20 de junio, y acaba de desempeñar en parte su juramento en el 21 de enero. Prevén, Felipe, tus puñales y afila las cuchillas de tus sayones, pues todavía te quedan cabezas que cortar: el hijo de Luis XVI aun respira, y tú no reinas. »

NOCHE UNDÉCIMA.

Esta es, dijo la reina despues de la lectura del manuscrito que acabo de extractar, esta es una de las principales causas de la revolucion, y la que mas ha perjudicado á mi persona. Me hago cargo de que en el punto de fermentacion, en que los enciclopedistas y economistas habían puesto los ánimos, era ya imposible que la crisis, de que debía resultar una gran mutacion, no asomase tarde ó temprano, para aclarar los problemas filosóficos que habían dado tanto que discurrir. Pero sin la reunion accidental de la flojedad del rey, de la competencia suscitada entre su hermano y el du-

que de Orleans, y sin que yo hubiese tenido la inconsecuencia de tratar con ligereza los negocios mas graves, y con ahinco los mas frívolos; no solo se hubiera dilatado la época de las innovaciones, sinó que verosíblemente no hubieran salido á luz las pasiones viles y feroces, que la corrupcion engendra en las grandes sociedades, como los vapores pestilentes que se exhalan del cieno revuelto de los pantanos. Conservada la corona, se hubieran cercenado los abusos que la deshonran, aumentándose por el contrario el patrimonio de sus utilidades y beneficios. Las leyes fundamentales del estado, sin las cuales se asemeja á un edificio falto de cimiento y de argamasa, se hubiesen establecido sólidamente: el poder ministerial, ceñido á sus justos límites, hubiera sido la accion viva y responsable de la ley: sin recurrir á impuestos, gravosos pa-

ra los pueblos y de poco provecho para el Gobierno, se hubiera llenado poco á poco el enorme descubierto en que se hallaba el estado: la moderacion en el sistema diplomático habría engendrado ménos competencias y ménos guerras; y respetada por las demas naciones, y bien hallada en su interior, la Francia hubiese llegado á ser la morada de los talentos, de las virtudes y de la felicidad. Tal viene á ser, si no me equivoco, el bosquejo de un Gobierno verdaderamente republicano, el cual no siendo otra cosa que la humanidad universal, ó la fraternidad evangélica, difundidas en el orden social, puede muy bien existir teniendo al frente un rey, como nos lo demuestran Esparta y Roma; pero es imposible que subsista sin honor y sin virtudes. En lugar de esta perspectiva consoladora, la maño de una furia desenfrenada está trazando en la

Francia con sangre y lodo el cuadro, en que somos al mismo tiempo actores, espectadores y víctimas. La tiranía, semejante á aquel árbol, cuya sombra causa la muerte, se ha arraigado en Paris y en las ruinas de un Gobierno, lleno quizá de abusos, aunque fáciles de rectificar, y estiende sus ramas funestas de uno á otro extremo del territorio frances. O blasfemia ridicula! condecoran este sistema de opresion con el dictado de república; al mismo tiempo que la nacion está encadenada, entonan cánticos á la libertad; el asesino pronuncia con su boca ensangrentada la salutacion fraternal; y el dulce nombre de IGUALDAD se lee en la fachada del palacio de los déspotas de la Francia. Disimule Vd. esta digresion y estas exclamaciones, pues nadie debe llevar á mal que suspire un agonizante. Vuelvo á la relacion de las circunstancias en que he intervenido

particularmente despues de la muerte de Luis XVI.

Dos comisionados de la municipalidad tuvieron el encargo de noticiármela. Uno de ellos era el famoso Hebert, á quien la naturaleza, por una contradiccion en que afortunadamente no incurre á menudo, dotó de una alma furibunda y sanguinaria, encubierta bajo el exterior mas agraciado. Mis niños y mi hermana estaban reunidos al rededor de mí, cuando él y su compañero entraron en mi cuarto. Harto cerciorados de la suerte de mi esposo desde la víspera, en que habíamos recibido su despedida y sus últimos abrazos, gemíamos y llorábamos incesantemente; la esperanza sin embargo moraba todavia en el corazon de Isabel y de mis hijos. No, hermana, me decía aquella, no; jamas se atreverá la mano sacrilega del verdugo á profanar

la cabeza de mi hermano. Han querido mostrarle de lejos el cadalso, para convencerle de que los reyes no son mas que unos hombres; pero saben muy bien, que ese hombre que fué rey, no es delincuente. Le devolverán á los cariños de su familia; y conceptúo que este mismo estremo de desventura en que nos hallamos, nos va abriendo la puerta para llegar á la felicidad. Sí; nuestro cautiverio se está terminando; y si nos faltan la grandeza y la pompa del trono tras la infamia de esta cárcel, saldremos á lo ménos para disfrutar el sosiego de la medianía. — De este modo aquella alma angelical, incapaz de concebir el delito y de sospecharlo en los otros, se adormecía en una seguridad engañosa. La mia, ménos alucinada, carecía de tranquilidad, y mi vista asustada iba repasando las épocas memorables de la revolucion,

comparándolas á los actos de una tragedia, cuyo asunto fuese la conspiracion de los ambiciosos contra la existencia de un trono y la vida de un rey. Nos acercábamos á la catástrofe; y juzgando de lo presente por lo pasado, todo me representaba á mi esposo debajo de la cuchilla fatal, sin que nada pudiese salvarle. ¿Acaso Orleans se había desprendido de su inaudita vileza? ¿Robespierre de su espantosa dictadura? ¿la municipalidad de su despotismo sanguinario? ¿y la Convencion de su embriaguez ambiciosa? ¿Había el pueblo recobrado su poder, y se preparaba, como verdadero soberano, á destronar á sus opresores? No; los tiempos no habían variado, ántes bien el trono de hierro de los asesinos se iba consolidando en medio de la sangre; y la de un monarca debía contribuir mucho para su seguridad.

El aspecto de Hebert y su silencio confirmaron estos presentimientos horrorosos, pues por más empedernido que estuviere su corazón, no pudo ver sin conmovirse á la hermana y los hijos de su rey, que postrados á sus piés se los bañaban en lágrimas, y le estaban pidiendo á un hermano querido y á un padre adorado. Yo entre tanto en pié, inmóvil, y con los ojos puestos en el cielo, culpándole del abatimiento de mi familia y de la insolencia de nuestros verdugos, estaba aguardando que este se explicase. Lo hizo por fin con una moderacion que no era de esperar de semejante hombre; pero no bien profirió aquellas palabras fúnebres, *Luis no existe*, cuando fué testigo de un espectáculo digno de eterna compasion. Mi hermana y mi hija, rendidas por el extremo de su quebranto y de su ternura, cayeron mor-

tales á los piés de Hebert; mi hijo fuera de sí, se arrojó á mis brazos, ahogado por los sollozos y sufocado con sus lágrimas. Yo pensaba que se había agotado el manantial de las mías; pero al sentirme bañada con las de mi hijo, corrieron de nuevo, y se fué amortiguando el furor que ardía en mi pecho. Esta situación, que duró mas de una hora, hizo prorumpir en suspiros, y aun creo que en lloros, á los feroces satélites de los asesinos; y Hebert nos dejó, indignado de reconocerse todavía sensible.

¿Cómo he de espresar, y con qué colores puede pintarse, lo que pasó, cuando Isabel y mi hija volvieron en sí? Por el pronto no se oyó mas que una confusa gritería de lamentos, alaridos y suspiros: enagenadas con el delirio de nuestra pena, prorumpimos en imprecaciones, para dar algun desahogo á nuestro afligido co-

razon. La apacible Isabel, cuyo carácter, inalterable hasta entónces, no podía estarlo á la vista de un atentado tan horrible, repetía los votos que me dictaba mi ciego furor. ¡Ojalá, decíamos, esta cobarde y alevosa ciudad, que en cada monumento ofrece la memoria de un delito, quede en breve borrada del universo, pues lo está deshonorando; y si el hierro vengador de los estrangeros no puede asolarla, destrúyase ella misma con sus desavenencias interiores! ¡Así los asesinos de un monarca desventurado se devoren mutuamente, disputándose el poder usurpado; y así renazca sobre sus cadáveres palpitantes la autoridad legítima, que por tanto tiempo hizo feliz á la Francia!

Poco á poco se fué mitigando el dolor de nuestras llagas: la ternura candorosa, el habla suave y los halagos de mis hijos, trocaron nuestro

desconsuelo en una profunda melancolía. Nos oprimía la tristeza; pero era aquella tristeza llevadera y penetrante, que es el pábulo de las almas sensibles. Nuestros ojos derramaban siempre lágrimas; pero estas no carecían de satisfacción; y á veces una agudeza de Carlitos, ó el natural candor de mi hija, hacían asomar la sonrisa en nuestro semblante, á manera de una ráfaga de luz que atraviesa una nube lluviosa.

Ya nos permitían otra vez aquellos entretenimientos, que realzan nuestro sexo en la prosperidad y lo consuelan en la desdicha. Mi hermana, dirigiendo los primeros ensayos de mi hijo, enseñaba á su mano inesperta á sacar con el lápiz la imagen viva de su padre, y yo acostumbraba á mi hija á juntar su voz tierna y flexible con el eco de los instrumentos. Muchas veces sentada al piano, olvidando mi gran-

deza pasada y mi presente situación, y entregándome al embeleso de una ilusión afectuosa, hacía que las teclas expresasen mis suspiros. Solía acompañar sus sonidos melancólicos con los de mi voz debilitada por los contratiempos, y mi familia atenta interrumpía solo con sollozos estas lamentables cantinelas.

ROMANCE DE MARÍA ANTONIETA.

¿Quién alivia de mi vida  
Los pesares y tormentos?  
¿Quién puede de mi triste alma  
Mitigar el desconuelo?  
Tú, cuya adorada imagen  
Vive y respira en mi pecho,  
Y me hace hallar la dicha  
En este lóbrego encierro.  
Cuando tus reales manos  
Cargaron los viles hierros,  
Del rigor de tu mal hado  
¿Te quejaste acaso al cielo?  
Víctima de los tiranos,

Supiste con tu denuedo,  
Recibiendo muerte heroica,  
Trocar el cadalso en templo.  
Y yo, tu fiel compañera,  
¿Por mi suerte estoy gimiendo?  
¿Tendré á deshonra el suplicio,  
Al mirar tu ilustre ejemplo?  
No: mi corazón constante  
Merecerá eterno aprecio,  
Y nunca de tus verdugos  
Besaré sumisa el cetro.

Al tender sobre esta cárcel  
La noche su triste velo,  
Haz que mi espíritu ansioso  
Recobre el dulce sosiego:  
Muéstrame tu amada imagen;  
Y absorta, el fingido acento  
De tus labios escuchando,  
Mi dicha hallaré de nuevo.  
Luis, ampara á los tuyos  
Desde ese celeste asiento;  
Pues tu hija, esposa y hermana  
Claman por un niño tierno,  
Que á pesar de los tiranos  
Que la Francia oprimen fieros,  
Es aun nuestra esperanza,  
Y será nuestro consuelo.

Sí, mi hijo iba creciendo para re-

deza pasada y mi presente situación, y entregándome al embeleso de una ilusión afectuosa, hacía que las teclas expresasen mis suspiros. Solía acompañar sus sonidos melancólicos con los de mi voz debilitada por los contratiempos, y mi familia atenta interrumpía solo con sollozos estas lamentables cantinelas.

ROMANCE DE MARÍA ANTONIETA.

¿Quién alivia de mi vida  
Los pesares y tormentos?  
¿Quién puede de mi triste alma  
Mitigar el desconuelo?  
Tú, cuya adorada imagen  
Vive y respira en mi pecho,  
Y me hace hallar la dicha  
En este lóbrego encierro.  
Cuando tus reales manos  
Cargaron los viles hierros,  
Del rigor de tu mal hado  
¿Te quejaste acaso al cielo?  
Víctima de los tiranos,

Supiste con tu denuedo,  
Recibiendo muerte heroica,  
Trocar el cadalso en templo.  
Y yo, tu fiel compañera,  
¿Por mi suerte estoy gimiendo?  
¿Tendré á deshonra el suplicio,  
Al mirar tu ilustre ejemplo?  
No: mi corazón constante  
Merecerá eterno aprecio,  
Y nunca de tus verdugos  
Besaré sumisa el cetro.

Al tender sobre esta cárcel  
La noche su triste velo,  
Haz que mi espíritu ansioso  
Recobre el dulce sosiego:  
Muéstrame tu amada imagen;  
Y absorta, el fingido acento  
De tus labios escuchando,  
Mi dicha hallaré de nuevo.  
Luis, ampara á los tuyos  
Desde ese celeste asiento;  
Pues tu hija, esposa y hermana  
Claman por un niño tierno,  
Que á pesar de los tiranos  
Que la Francia oprimen fieros,  
Es aun nuestra esperanza,  
Y será nuestro consuelo.

Sí, mi hijo iba creciendo para re-

parar los desastres de su pais, y yo, llevada del cariño maternal, me desvelaba, cual ayo cuidadoso, en formar un caudillo digno del estado. La aplicacion y docilidad de mi hijo me alentaban á continuar en mi empeño, y su aprovecha miento y sus luces lo recompensaban suficientemente. ¡Con cuánta satisfaccion y esperanza estaba yo contemplando, cómo medraba á mi vista y al abrigo de mis brazos, aquella planta querida y preciosa, de que pendía en mi concepto la suerte del imperio y el honor de nuestra casa! Tú serás el vástago precioso, le decía estrechándole en mi seno, que realzará los timbres de tus dos linages. La Europa entera está esperando un hombre grande: sólo tú, y constitúyete el redentor político que corte los lazos de esa esclavitud vergonzosa, en que la sedicion ha puesto á la Francia. Clodoveo, Cárlos Martel.

Carlomagno, san Luis, Enrique iv y Luis xiv, te están mirando con ojos paternales, y te abrigarán con sus alas protectoras. Si peleas, vencerás; y en cambio de la vida que me debes, devolverás á tu madre el honor y la tranquilidad.

Para infundir á este niño los sentimientos útiles y las nobles propensiones de que esperábamos tantas ventajas, resolvimos mi hermana y yo, tributar á la autoridad real, que segun las leyes antiguas de la monarquía residía en su persona, toda la veneracion que tan augusta magistratura impone de derecho y de costumbre. Y á fin de formar con demostraciones religiosas el ánimo y el corazon de mi hijo, y para arraigar en su entendimiento los deberes y prerogativas de la dignidad, á que le encumbraba su nacimiento, y de la que se veía privado, como iba-

mos á manifestarle, por los acontecimientos ; quería yo que un aparato magestuoso, y en cuanto fuese dable, la pompa de una ceremonia le recordase para siempre la memoria de su coronacion. Pero la situacion deplorable á que estábamos reducidas, imposibilitaba el cumplimiento de tan justos deseos. Nuestras relaciones con Vd. y con sus amigos estaban cortadas, y de cuantos al parecer se habían interesado en la suerte de Luis XVI durante su vida, ya solo veíamos á Michonis y á Toulan, que por su ministerio venían algunas veces al Temple; y aun este, por ser sospechoso á la municipalidad, estaba siempre fiscalizado por un compañero que no se apartaba de su lado.

Michonis era el único que me quedaba, y como hacía tiempo que estaba enterada de su carácter y su corazón, podía manifestarle con toda

confianza mis intenciones. Mostróseme muy gozoso, pues aunque no es hombre para idear cosas grandes ni concebir proyectos sublimes, se acalora á lo ménos con ellos, los abraza con entusiasmo, y los desempeña con actividad. Nunca olvidaré el cariño que me está acreditando de continuo; pero mi hijo olvidará todavía ménos el que le demostró con pruebas tan terminantes en aquella ocasion memorable y peligrosa. En efecto, no solo se encargó de reunir y traer nos pieza por pieza cuanto era necesario para la celebracion de la solemnidad, sinó que se valió de todos los arbitrios y practicó todas las diligencias, para que no quedando reducida á una vana representacion, acompañase á la magnificencia ostentosa que podía impresionar á mi hijo, la realidad de los misterios que debían hacerla legítima y verdadera.

Nos faltaba para esto un prelado, que al valor de haber resistido á las innovaciones cismáticas, añadiese el de presidir á esta augusta, però espuesta funcion. En esto hubo muchas dificultades, que la presencia de Vd. hubiera sin duda allanado, y que por fin logró superar el estremado zelo de Michonis. Había averiguado que á pocas leguas de Paris y en el rincon de una quinta desconocida, el obispo de Saint \*\*\*\*\*, despues de haberse salvado de las turbulencias de setiembre, estaba sosegadamente esperando el término de las conmociones públicas y el principio del buen orden. Fué á avistarse con este prelado, al cual por informe suyo había yo escrito al intento estrechándole sobre manera; y uniéndose en el corazon de aquel siervo de Dios la voz de la religion con el afecto á la sangre de su rey, aceptó

como enviado del Todopoderoso, el encargo que yo requería de su zelo, y se aplazó el dia para desempeñarlo.

Con arreglo al ceremonial prescrito por el señor de Saint\*\*\*\*\*, un ayuno de ocho dias, acompañado de oraciones particulares y de instrucciones diarias, había preparado á mi hijo para recibir de manos de la Iglesia la consagracion del poder, que Dios y la nacion francesa han colocado en su familia. Su tia y yo, despues de haberle instruido en las obligaciones de un monarca, empezábamos á irle habituando al respeto que imponen los de esta gerarquía á cuantos los rodean. Su hermana no le trataba ya con aquella familiaridad afectuosa, que la naturaleza y la sangre infunden á los niños; y yo misma me veía inmediata á hablarle, no tanto como madre que idolatra á su hijo, sinó en términos de reina que reverencia á su rey.

Efecto lastimoso de la grandeza! ; cuán caro haces pagar el encumbramiento á que remontas á tus privados, puesto que no pueden gozarlo, sinó desentendiéndose de las caricias de la sangre y de los halagos de la naturaleza!

Al anochecer de la víspera del día que debía restituir un rey á la Francia, hicimos que el Delfin se acostase, para que pudiésemos disponer nuestros preparativos con mayor desahogo, y para que al despertar como particular, se encontrase de repente con la magnificencia ostentosa del seño.

Tocaron á retiro, y los carceleros marcharon, según costumbre, á descansar, escepto un llavero, á quien Michonis había tenido que hacer en parte su confidente, el cual no se malicia-  
 ba que el abrir la puerta á un municipal, como á veces sucedía, tuviese otro objeto que el de mitigar, con las

visitas secretas y conversaciones amistosas, el tedio de nuestro largo cautiverio.

En ménos de una hora mi cuarto, adornado por mis manos, quedó transformado en capilla, en medio de la cual colocamos una grande mesa en forma de altar. Un tapiz de seda encarnado y blanco, colores apropiados á la potestad soberana, tendido con grandes pliegues por la pared, venía á reunirse en el centro del techo bajo un cortinaje guarnecido de una franja de oro. En el altar, adornado por el mismo gusto, había una cruz roja, que centelleaba con un sinnúmero de luces. A la derecha pusimos en una mesita, cubierta con un tapete vistoso, el libro de los Evangelios, abierto en el que se lee en la consagración de los reyes; el cetro real, la mano de la justicia, una espada desenvainada, y la venda misteriosa, que

fué siempre el primer símbolo de la soberanía. A la izquierda en otra mesita había una urna sepulcral, alumbrada por una lámpara lúgubre, y cubierta con crespon; y sobre ella una corona de estrellas radiantes. En el altar estaba un cuadro con el escudo de Francia, cercado por una nubecilla.

Mi hermana, mi hija y yo estábamos enlutadas, como correspondía á nuestra situacion y á la magestad dolorosa de la ceremonia, que se estaba preparando.

Como á media noche, cierto rumor lejano nos avisó la llegada del celebrante. Entró acompañado de Michonis y de Toulan, que se mostraron sobrecogidos con el espectáculo que se ofrecía á su vista; pero el prelado, sin mas razones que las indispensables para el desempeño de su ministerio, se revistió de los ornamentos pontificales. Preparado ya to-

do, nos requirió en nombre del Dios de las naciones y de los ejércitos, que fuésemos á despertar y traer ante el ara sacrosanta al *Delfín*.

Su hermana postrada delante del monumento de su padre, imploraba la divina misericordia, mientras Isabel y yo entramos en la torrecilla, en que estaba durmiendo tranquilamente. Al contemplar sus facciones serenas y espresivas, y al reflexionar en las circunstancias que le habían puesto en aquella situacion, sentí mis ojos bañados en lágrimas. Duermes, decía yo en mi interior, á pesar de los sayones que se desvelan por tu ruina, á pesar de los satélites desaforados que cercan tu lecho, á pesar de los cerrojos que te encarcelan; y estás disfrutando, con la quietud de tu espíritu y la inocencia de tu edad, el alivio del sueño. Venimos sin embargo á arrebatarte de tu plácido

embeleso, para sentarte en un trono: para tu dicha y la de tu pueblo van á ceñirte nuestras manos la diadema. ¡No permita el cielo que se frustren nuestras esperanzas y nuestros deseos! ¡Ojalá aleje de tí las desgracias, que al parecer está anunciando cuanto te rodea; y siendo mas tiempo monarca, seas ménos desventurado que tu padre! — Llorábamos mi hermana y yo amargamente, cuando de improviso en un arrebató de cariño y de dolor me inclino hacia el rostro de mi hijo, y lo baño entre mil besos con mis lágrimas. Despiértase algun tanto sobrecogido, y luego, alargándome sus manos, desvanece con sus abrazos mis temores, y corresponde á mis halagos. Su fortaleza me comunicó la que me faltaba, y empecé á sentir que mi alma se engrandecía y se realizaba con la perspectiva de ir á ser en realidad madre de un rey. Con la ilusion del orgullo y

de la ternura, le estaba ya viendo en medio de una corte brillante, dictando sus sabios decretos desde un solio conservado por mis desvelos. En aquel punto le participé su nuevo destino, y le exhorté á merecerlo; á lo que se me mostró agradecido, pero de un modo que parecía indicar estaba persuadido de que restituyéndole el trono, no hacían mas que satisfacerle una deuda. Su vestidura lúgubre se trocó en otra, cuya blancura correspondía con su inocencia; la rubia cabellera le ondeaba por los hombros, y acompañado de su madre y su tia, entró en la capilla con recogimiento, descubriéndose en su exterior apacible algunos asomos de gozo y de altanería.

El venerable prelado estaba esperando su llegada, para dar principio á los santos misterios, y empezó su celebracion, recordando á nuestros ánimos, y ofreciendo al supremo Hacedor.

dor la memoria de mi ilustre y des-  
 venturado esposo. Nuestros suspiros  
 acompañaron los votos del sacerdote,  
 y nuestras lágrimas se mezclaron con  
 sus oraciones. Interrumpióse el sacri-  
 ficio para santificar con el ceremonial  
 eclesiástico la dignidad de mi hijo.  
 Presentado por su madre y sostenido  
 por su hermana, se acercó al altar y  
 se arrodilló con acatamiento; y el pre-  
 lado despues de dichas las oraciones,  
 á las que respondían en voz baja el  
 consagrado y los asistentes, hizo los  
 signos de rúbrica, y las abluciones ne-  
 cesarias, y ungió al Delfin con los óleos  
 sagrados. Al paso que mi hijo los reci-  
 bía, el ministro le iba revistiendo con  
 los ornamentos reales, y en fin des-  
 pues de haberle ceñido las sienes con  
 la diadema, le dirigió estas palabras:  
 «Príncipe, en nombre y en pre-  
 sencia del Dios vivo, y por voluntad  
 espresa de vuestra madre la reina, os

confiero de parte de la Iglesia la con-  
 sagracion de una dignidad, que el na-  
 cimiento, las leyes de la monarquía y  
 la voluntad pública os han trasmitido.  
 Nunca os valgáis de ella sinó para la  
 felicidad de vuestros súbditos, para  
 que prosperen las virtudes cristianas,  
 y para vuestra propia gloria. La Pro-  
 videncia, que sin duda os tiene re-  
 servado el mayor encumbramiento,  
 ha dispuesto que recibieseis la corona  
 en el mismo sitio, en que el rey vues-  
 tro padre perdió la suya. Príncipe,  
 ahí está vuestro trono, y aquí su tús-  
 mulo: al mismo tiempo que subís al  
 uno, oíd la voz que sale del otro, pues  
 es la de una sombra por siempre a-  
 mada. Hijo mio, os está clamando,  
 procura ser realmente mi heredero y  
 mi digno sucesor, empleando tu pód-  
 der en arraigar la felicidad. La he le-  
 gado á mi pueblo, y como ejecutor de  
 mi testamento, debes cumplir con este

encargo. Ten cuidado de precaver los males con cautela y masedumbre; ataja los abusos sin acaloramiento, y castiga los delitos sin enojo. Reverencia, hijo mio, ama, apadrina y premia la virtud, que modesta y desconocida suele morar en las chozas, mas bien que en los palacios. Afánate en buscarla, y su hallazgo será el galardón de tu trabajo. Huye de los aduladores, para que no emponzoñen tu juventud ni estraguen tu inocencia. Desecha léjos de ti á los que te inciten á la venganza y á la injusticia. Sé indulgente con los descuidos; elemente, cuando tú solo seas el agraviado; y moderado en tus palabras, en tu conducta y hasta en tus pensamientos. Dedicar un día á la justicia; pero consagra lo restante de tu vida á la benignidad. »

» Príncipe, este es el libro sagrado de los Evangelios, sobre el cual vais á articular el juramento de hacer feliz

al pueblo. Aquí está el cetro, que no debe levantarse sinó en nombre de las leyes y por el bien comun. Esta es la mano de la justicia que lo acompaña de continuo, para manifestar que la potestad soberana de nada sirve sin la equidad. Aquí está la diadema augusta, símbolo peculiar de la primera magistratura, que imprime en vuestras sienes un carácter sacramental é indeleble. En fin, aquí está la espada, que no se debe desenvainar sinó contra los enemigos interiores y exteriores del estado: ¡que los escarmiente, si puede ser, sin que los castigue, y sobre todo que esté siempre pronta para defender al hombre de bien! »

A estas palabras el prelado, despues de poner á mi hijo el tahalí, le llevó hacia un hueco de la capilla, y al abrirle, se presentó un asiento elevado, al cual subió el nuevo monarca. Apénas se sentó, el ministro se

postró á los piés de su rey; nosotras nos hincamos igualmente de rodillas, y desapareció la madre, convertida ya en vasalla. La nubecilla que oscurecía el escudo de lis, se desvaneció; el nombre de Luis xvii brilló en medio, y lo repitieron nuestras bocas. ¡Cuántas lágrimas de gozo derramé en aquella noche memorable! Ya madre feliz, olvidé que era esposa desdichada, pues el triunfo ilusorio del nuevo rey me consoló de las desgracias, sobrado reales, de su padre.

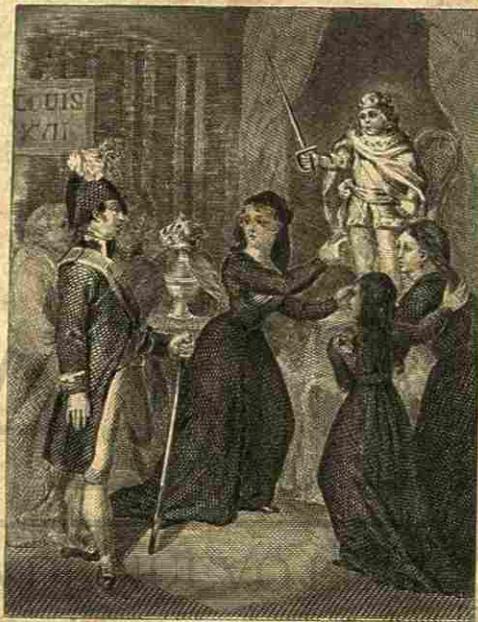
El señor de Saint \*\*\*\* iba á terminar la celebracion de los santos misterios; pero ántes de consumarlos, nos sobresaltó un estruendo confuso. El lance que sigue, parecería de novela en cualquiera relacion que no fuese la mia, y aun en esta no se hará muy verosímil; mas no por eso deja de ser muy cierto. El ruido se aumentaba y se venía acercando; y cuando abrie-

ron el cancel exterior de mi cuarto, nos agolpamos al rededor del rey. Empujaron la última puerta, y con uua sorpresa indecible reconocí que venía con un empleado municipal el perseguidor sempiterno de nuestro linage, el infame duque de Orleans.

A su aspecto me abalanzé al trono con ánimo de amparar á mi hijo; pero este había ya sacado su espada, resuelto á defenderme. Isabel se colocó con mi hija delante de nosotros, y el prelado y nuestros leales comisarios salieron al encuentro al duque para reconvenirle. Es mas fácil figurarse que describir, la espresion extraña y varia que reinaba en su fisonomía inmutada á un mismo tiempo por el asombro, el despecho, el furor, y por una especie de premeditación horrorosa de odio, de venganza y de ferocidad.

Con el pasmo que le causó aquel es-

pectáculo inesperado, había enmudecido; y tendiendo acá y allá su espantosa vista, venía luego á fijarla en el nuevo monarca. Y pues, tirano, le dije, ¿le conoces? es mi hijo, único y legítimo heredero del rey que tú has sacrificado. A despecho de tus genizaros y verdugos, mi hijo respira y es rey. Sí, monstruo: tú has asesinado á Luis xvi; y si estás sediento de la sangre de otro rey, degüella también á este, porque es Luis xvii. Pero qué digo? no tendrás este bárbaro arrojo, pues el instante de su muerte sería el término de la tiranía. Seducido por tu fingido respeto á las leyes, y desaminado por el entusiasmo con que tú le embriagas, el pueblo que vió fenecer á mi esposo en un cadalso, le conceptúa reo; pero ¿puede acaso mirar como tal á un niño, que no ha conocido en su vida mas que las desdichas? Felipe, contempla este sitio,



*Y pues, tirano, le dije. ¿le conoces? es mi hijo, único y legítimo heredero del rey que tú has sacrificado. Tom. III. pag. 180.*

que está lleno de tus maldades y de mis penas. Aquí fué, en este mismo cuarto, donde tu rey, destronado por tu alevosía, pasó largos días de amargura; aunque debían de hacerse menos dolorosos que á sus pérfidos cortesanos, supuesto que te hallabas entre ellos, atormentado por los remordimientos de tu conciencia. Ves esa silla? ahí es donde despues de haber battado en congojosos paseos con el tedio de sus reflexiones, solia tomar algun descanso, y se entregaba á las caricias de sus desventurados hijos. Ves esa mesa? sobre ella y casi dictándole yo, empezó ese testamento inmortal, que es un timbre para él y un borron para sus perseguidores. Él te perdonaba, cruel, y ; tú le has asesinado!... Te estremeces? tiembla mas y mas, inicuo, al contemplar esa urna funeral, monumento doloroso de la afliccion de su esposa, del cariño de



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 CAPILLA ALFONSO

su hermana y de la piedad de sus hijos. ¿Sabes que encierra los mas preciosos recuerdos? Este es el postrer escrito suyo, y su última despedida: estos son cabellos suyos cortados por el verdugo, y recogidos por una mano leal: este es su retrato.... Felipe, míralo, si te atreves. Esas son sus facciones bondadosas, y esa es aquella boca, de donde salieron tantas palabras de clemencia y tan pocas de rigor. Pero hoy se desentona contra ti: usurpador, te dice, he podido perdonarte mi muerte; pero nunca el robo que estás haciendo á mi hijo. Este hijo es rey por el poder de Dios y por la voluntad del pueblo: baja del trono, deja que lo ocupe tu monarca, y póstrate en su presencia. —

El duque despavorido quiso contestarme, y sus labios tartamudearon algunas palabras; pero de modo que no pudieron oirse. Salgamos, dijo á

su guia, dirigiendo á mi hijo y á mí una mirada horrorosa. Ya solos, Toulan no quiso encubrirnos la nueva tempestad que nos habíamos acarreado; pero al paso que crecía el peligro, iba creciendo tambien nuestro esfuerzo, y el prelado no nos dejó sin haber deramado sobre nosotros, con las bendiciones del cielo, la esperanza que consuela, y la fortaleza que sostiene.

El dia siguiente, á poco de haberse levantado el rey, el comisario de guardia me entregó una carta, cuyo contenido es el siguiente.

## CARTA DEL DUQUE DE ORLEANS

A

LA REINA.

*(Documentos justificativos, núm. 20.)*

« SEÑORA :

La cólera no ocasiona sinó la ceguera de quien se deja avasallar por sus impulsos, y suele escitar la venganza de aquellos contra quienes se dirige. La que dominaba ayer á V. M., me imposibilitó el manifestarle el objeto de mi visita. La especie de embeleso que le causó una ceremonia, tan ilusoria como espuesta, no le dejaba dar-me oídos. Disculpo el acaloramiento de V. M., que no puede olvidar que fué reina, y que se erce madre de un rey. V. M. conoce sobrado el corazon

humano, las pasiones que lo predominan, y el orden de los acontecimientos, para ignorar que el verdadero rey es el que manda; y que el hijo de Luis xvi en una cárcel, no es mas que un preso ilustre. Vos estáis tambien presa, señora: me es sensible el recordarlo, y no os lo hago presente, sinó para proporcionaros el olvidar vuestro actual encierro. Sed árbitra de vuestro destino; mas digo, sentenciád sobre el de vuestra familia y casa, y estrechemos los vínculos de nuestra sangre con los de un enlace, del cual pende la felicidad pública. No os recuerdo mi amor, que puede con el tiempo haberse disminuido, y que vuestra esquivez ha ciertamente entibiado, porqué vuestra situacion no me permite hablaros de esto. Pero si no es decoroso el tratar de cariño, es útil el desvelarse por vuestra seguridad, que, hablando sin rebozo, está

en gran peligro, no ménos que vuestra familia. Por dejarse llevar de esa altanería, apreciable en el fondo, pero intempestiva, ¿sacrificaréis lo que mas estimáis en el mundo? La vida, la libertad, la opulencia y la grandeza tienen mucho atractivo; y no aleanzo que el abatimiento, el desamparo, la esclavitud y alguna cosa todavía peor, les sean preferibles. Anhele con ansia que V. M. sea de mi dictámen, y le suplico me devuelva el original de esta carta, incluyendo su respuesta.

Tengo el honor de ser, señora, etc.

L. F. J. IGUALDAD. »

Saqué copia de esta carta insolente, y contesté al miserable que había tenido la osadía de escribirla, en estas pocas palabras.

## CONTESTACION

Á

### LA CARTA ANTECEDENTE.

(*Documentos justificativos, núm. 21.*)

« No cabe ningun género de convenio entre la viuda de un soberano y el vasallo rebelado. Por mas que amenaze y descargue, ella no sabe ceder; pero sabrá morir. »

Pasaron algunos dias sin que me sucediese cosa notable; pero ni Toulan ni Michonis venían ya al Temple, y los municipales que les sucedieron, me eran desconocidos. Su aspecto y su estremada vigilancia hubieran redoblando mis penas, á no mitigarlas la presencia y caricias de mis hijos, y el afectuoso cuidado y afabilidad de mi

en gran peligro, no ménos que vuestra familia. Por dejarse llevar de esa altanería, apreciable en el fondo, pero intempestiva, ¿sacrificaréis lo que mas estimáis en el mundo? La vida, la libertad, la opulencia y la grandeza tienen mucho atractivo; y no aleanzo que el abatimiento, el desamparo, la esclavitud y alguna cosa todavía peor, les sean preferibles. Anhele con ansia que V. M. sea de mi dictámen, y le suplico me devuelva el original de esta carta, incluyendo su respuesta.

Tengo el honor de ser, señora, etc.

L. F. J. IGUALDAD. »

Saqué copia de esta carta insolente, y contesté al miserable que había tenido la osadía de escribirla, en estas pocas palabras.

## CONTESTACION

Á

### LA CARTA ANTECEDENTE.

(*Documentos justificativos, n.ºm. 21.*)

« No cabe ningun género de convenio entre la viuda de un soberano y el vasallo rebelado. Por mas que amenaze y descargue, ella no sabe ceder; pero sabrá morir. »

Pasaron algunos dias sin que me sucediese cosa notable; pero ni Toulan ni Michonis venían ya al Temple, y los municipales que les sucedieron, me eran desconocidos. Su aspecto y su estremada vigilancia hubieran redoblando mis penas, á no mitigarlas la presencia y caricias de mis hijos, y el afectuoso cuidado y afabilidad de mi

hermana. Mis esperanzas se habían reanimado fuera de esto con la ceremonia de la consagracion de Carlos, y esta ilusión que me entretenía por el dia, me proporcionaba tambien de noche los sueños mas agradables. Esta aparente bonanza fué precursora de la tormenta, pues habiéndome dormido muy tranquila, me encontré al despertar en medio de la borrasca.

No ignoraba que la guerra, que se había encendido durante la vida de mi esposo, había despues de su muerte estendido muy léjos sus llamas; que la coalicion se corroboraba con los prósperos sucesos de sus armas; que la república había sufrido en varios encuentros grandes descabros; y que algunas plazas estaban ya en poder del enemigo. Todo este conjunto de cosas me hacía concebir nuevas esperanzas; y si bien estaba muy distante de desear la esclavitud de una nacion en que

había reinado Luis XVI, y para cuyo trono creía destinado á mi hijo; anhelaba sin embargo vivamente el abatimiento, y aun el castigo de aquel Gobierno orgulloso, grosero y sanguinario, que sustituía los delitos á los abusos, y que solo consolidaba su usurpacion con asesinatos.

Por una contradiccion inseparable de la naturaleza de la anarquía, cuya esencia consiste en la reunion de los principios mas opuestos, al paso que se formaban causas sobre las opiniones, y eran guillotinos los hombres por haber pensado, la libertad de la imprenta, propasándose hasta el desenfreno, no solo publicaba sus glosas acerca de la vida privada y las costumbres de los magistrados, sinó tambien acerca de los desastres públicos. Un vendedor de diarios se situaba por encargo de Michonis al pié del baluarte que está mas inmediato á la torre, y me

enteraba todas las noches de las noticias del dia, repitiéndolas por tres veces, y esforzando su robusta voz en aquellas que mas podían interesarme.

Una noche, despues de haber oido el anuncio de una conspiracion, que se dirigía á entregar en manos del ejército del príncipe de Condé toda la frontera del norte, estaba ya combinando el resultado de este acontecimiento, cuando mis planes lisonjeros fueron interrumpidos por un fuerte estruendo que oí cerca de mi puerta. La abrieron al instante, y luego entró en mi cuarto mucha gente con armas y hachones, en medio de la cual venían tres comisarios condecorados con sus bandas, á quienes pregunté el motivo de esta novedad. Venimos, me respondió uno de los municipales, á notificaros un decreto del tribunal de seguridad pública, al cual esperamos, señora, que os someteréis con resigna-

cion. — Otro de aquellos magistrados me leyó el acuerdo, en que se mandaba que inmediatamente me quitasen á mi hijo, para ponerle bajo la potestad del zapatero Simon, á quien la municipalidad había nombrado ayo suyo. No es difícil el figurarse la congoja, los arrebatos y el delirio de una madre, á quien privan del único consuelo que le queda en su deplorable situacion. Sin hacer mérito del trastorno en que me hallaba, me dirigí al retrete de mi hijo, que dormía tranquila y plácidamente: uno de los comisarios entró conmigo á su cuarto, y se empeñó en consolarme. Yo había depuesto mi altanería, pues era madre, y creo que llegué á implorar la piedad de mis guardas, á quienes debo hacer la justicia de que me pareció verlos enternecidos. Tal es el imperio de la voz de la naturaleza unida á la desesperacion, aun para con los corazones mas empe-

dernidos. Pero como estos eran agentes de la tiranía, hubiesen oído sus víctimas, si rehusaran ejecutar sus órdenes. Habíase despertado en esto mi hijo, y la vista de las hachas y de las armas, léjos de intimidarle, parece que le infundía una amable serenidad. Se equivocó al principio en el motivo de aquella visita, y adelantándose hacia los municipales, les preguntó con entereza, ¿en qué había delinquido su madre? Volviendo despues sus ojos á los míos, que encontró bañados en lágrimas, no pudo contener las suyas, y arrojándose á mi seno, lloró abundantemente. Le estreché por mucho rato sin poder explicar mi pena y congoja mas que con sollozos; pero luego que recobré las fuerzas, y pude manifestar de otro modo los dolorosos sentimientos que me oprimían; bárbaros, esclamé ¿ícometeréis la crueldad de robarme el único bien que me hace apreciar

aun la vida? ¿No os basta haber asesinado á mi esposo, sinó que queréis tambien ensangrentaros en mi hijo? ¿en mi hijo, que por su edad, atractivos y hermosura, y sobre todo por su inocencia, ablandaría los mas duros corazones? Las naciones salvages respetan el amor maternal; lo conocen hasta las fieras; la crueldad del tigre se amansa á la vista de sus cachorros; y vosotros ¿seréis mas feroces que los tigres, mas insensibles que los pueblos bárbaros? ¿Se han estinguido acaso en vuestros pechos todos los sentimientos de la naturaleza? ¿No hay alguno entre vosotros que sea hombre, que sea padre? no lo sois todos? ¿Qué haríais, qué diríais, si os arrebatasen á vuestros hijos? Ah! muy horrible y criminal es por cierto el patriotismo que os domina, si cierra vuestros corazones á la campasion. Estimád y servíd á vuestro pais; pero no

menospreciéis ni ultrajéis de este modo á la naturaleza. — Quedaron sumergidos en un triste silencio sin atreverse á levantar los ojos, y aun creo que vi correr de sus caídos párpados algunas lágrimas, que me restituyeron la esperanza y desvanecieron mi altanería. ¡O amor maternal, sentimiento inexplicable, que nos haces capaces de los mayores sacrificios! Sí; la reina de Francia, la hija de María Teresa se arrojó á los piés de los viles satélites de sus perseguidores: mi hijo hizo lo mismo, y sus lágrimas mezcladas con las mias bañaron las manos, manchadas todavía con la sangre de mi degollado esposo. Vosotros lloráis, les decía yo con aquel tono que es solamente propio de una madre que habla por su hijo, ¡vosotros lloráis! Dejád pues que derramen vuestros enternecidos ojos esas honrosas lágrimas; no os corráis de ser hombres;

dad oídos á los clamores de la humanidad. Aquí tenéis á vuestros piés al hijo de un rey y á una reina, que están sin avergonzarse de su abatimiento, mas no sin padecer: juzgád del tormento que me vais á causar, por la humillación á que me sujeto. — Permanecieron sin embargo inflexibles; y el gefe de la escolta mandó, para dar fin á aquella dolorosa escena, que me arrebatasen á mi hijo. Despedí un grito terrible, con el cual asustado el niño, se arrojó á mis brazos. Le estreché en ellos con las convulsiones del dolor y de la rabia; pero la naturaleza cedió á tantos esfuerzos, y quedé desmayada. Al recobrar los sentidos me hallé en mi cama, á cuyo rededor estaban llorando la afligida Isabel y mi hija. Me abrazaban cariñosamente; pero como yo había perdido á mi hijo, me causaban poca impresion sus caricias, y no hacía mas que recibirlas.

Algunos días despues de esto se decretó, que fuese trasladada del Temple á la Consergería. Recibí este nuevo golpe sin que me hiciese impresion alguna; pero la causó muy grande á mi hermana y á mi hija. Por lo que á mí toca, bajé á este abismo sin perturbacion, y sin alegrarme ni entristecerme. Estuve por mucho tiempo sin poder llorar; ni ¿ cómo me habían de quedar lágrimas, cuando ya todas se habían agotado por un esposo y por un hijo? —

Señora, dije á la reina, cuando concluyó de hablar, en medio de las muchas calamidades que han agobiado y agobian todavía á V. M., debe servirle de satisfaccion el poder estar tranquila acerca de su conducta. Convengo con V. M., en que debiera haber guardado mas circunspeccion en sus acciones, en su porte y en sus palabras, así por su proprio interés, como por

atemperarse á las opiniones de los hombres, que juzgan casi siempre de las cosas por sola su apariencia. Pero nada veo, fuera de esas indiscreciones, que sea reprehensible en la conducta de V. M., pues en todos los peligros y adversidades en que se ha visto, ha sabido conservar un carácter magnánimo, y aquel precisamente que debía oponerse á los acontecimientos. Muger heroica y princesa esclarecida, ha sido V. M. al mismo tiempo esposa cariñosa y el modelo de las madres. Respèto mucho á V. M. para tomarme la libertad de elogiarla, y admiro sobrado su gran corazon, para atreverme á darle ningun consuelo: V. M. encuentra en sí misma todos los recursos, y á semejanza del sol, se nutre de su propia sustancia. Sin embargo, señora, si es laudable despreciar una muerte que estamos muy distantes de merecer, ¿por qué no ha de ser lícito

defender la propia vida de los asesinos? V. M. no opina sin duda, que sea un acto de valor el dejarse matar de los salteadores en lo mas desierto de un bosque. La razon, la verdadera filosofia, cuyos preceptos no ignora V. M., aunque no profesa sus dogmas; la religion, que sois tan digna de escuchar y estimar, y otros muchos motivos no ménos poderosos, prescriben á V. M. que salga de la situacion, en que la ciega é injusta suerte la ha constituido. Se lo suplico á nombre de la Europa entera que mira atenta vuestra conducta, y á nombre de los corazones sensibles de la Francia; y se lo mando de parte de Dios. Cualquiera que sea el fin de esta lucha, y aun cuando quedaseis vencida, sería siempre el resultado, tan glorioso para V. M. como vergonzoso para vuestros perseguidores. Mas no, no quedarán frustradas, señora, las negociaciones de milord

Fitz-Asland: conviene á la dignidad y á los intereses de las potencias evitar un nuevo atentado; y me atrevo por lo mismo á pronosticar, sin cometer la perfidia de intentar adormeceros en una falsa seguridad, que no tardaréis mucho en volver á ver y abrazar á vuestra hermana y á vuestros hijos. — Ojalá sucediese así! me respondió con acento melancólico; pero no lo espero, á lo ménos en este mundo. — Volvió en esto Michonis, y su llegada me recordó que no había yo ido á oír una narracion, sino á discurrir los medios de librar á la reina de los peligros que la amenazaban. Pero ya eran muy cumplidas las dos horas que me había concedido el municipal, y su vuelta motivó ademas una escena, que si bien sencilla de suyo, no dejaba de ser muy tierna, y había imposibilitado á la reina el poderme escuchar con atencion.

Después de la muerte de Luis, mientras sus hijos estaban juntamente con la reina, se le permitía á Carlitos, para que se divertiese algun tanto y se le hiciera mas llevadera la prision, que se criase un perrito. Este animal, al mismo tiempo que servía de entretenimiento al niño, contribuía á la distraccion de la reina, que le había puesto el nombre de *Fidelidad*, al cual correspondía muy bien el perro con sus halagos y lealtad. Cuando Carlos fué separado de su madre, *Fidelidad*, que hubiera querido acompañar á su amo, se consolaba de esta pérdida con las caricias que le hacía la reina; y aun cuando fué conducida esta del Temple á la Conserjería, halló el perro medio para seguir desde lejos el coche de la desgraciada princesa, sin que nadie hiciera alto en ello. Pero así que llegó á las puertas de la cárcel, le ahuyentaron los

fieros carceleros, y desde entónces iba todos los dias á gemir y agazaparse debajo de aquellas funestas bóvedas, donde le recogía un llavero ménos inhumano. Aquel mismo dia habiendo visto de cerca á Michonis, le conoció, y manifestó su contento haciéndole muchas fiestas. Alegre el municipal, porque podía por este medio causar una agradable sorpresa á la encarcelada reina, procuró llevarle cuanto ántes á *Fidelidad*. No puede concebirse cosa mas tierna, que los primeros momentos de esta vuelta. El animalito, después de haber manifestado con gozosos ladridos, con los movimientos de su cola y con repetidos saltos todo el placer que sentía, cediendo al exceso de su alegría se acostó á los piés de la reina, cuyos ojos arrasados en lágrimas probaban bien, cuán sensible era á esta afectuosa demostracion. Ved, me dijo Antonieta, que ya no hace

fiestas á la reina, sinó que agasaja á una muger desventurada. ¡Qué lección y qué modelo para la ingratitud de los hombres!

Dejamos á la reina, y al irnos me sorprendió cierta especie de contento que se descubría en el semblante de Michonis, y que me movió á preguntarle el motivo. Ya no es menester, me dijo, concertar planes, ni hay por qué acongojarse: la suerte y los amigos nos sirven mejor que pudiéramos desear. Al separarme de Vd., he encontrado con Toulan, el cual ha venido aquí á leerme una carta que ha recibido esta mañana de su alumno de Vd. — De mi amado Edwino? — Del mismo. Habla en ella de unos pliegos importantes, que deben estar en casa de Vd. — Vamos á verlos. — Contienen la vida y la libertad de la reina... — La vida y la libertad de la reina?... Será posible, gran Dios! Señor Mi-

chonis, ¿no se equivoca Vd.? — Ya verá Vd. que no. — Fuimos sin detención á mi cuarto, y no estaban las cartas, porqué todavía no las habían repartido en aquel barrio. Estuvimos esperando por mas de una hora con mortal desasosiego, hasta que vino por fin el cartero. Entre los varios pliegos que traía para mí, vi en uno la letra, no de mi alumno, sinó la de su padre. Lo abrí con prontitud... una, dos, tres cartas!... Hubiese querido devorarlas todas en un instante; y al pasar la vista por una que era de milord, leí estas consoladoras palabras: « En atención á los oficios que hizo Vd. con el rey, y por lo sabida que es la confianza que en Vd. tiene su familia, es probable que sea Vd. llamado por el Gobierno frances, para ayudarle á verificar este acto de justicia en favor de la reina. Van por un correo extraordinario las proposiciones que hace á

los miembros de la Convencion la Inglaterra unida con el Austria. Son tan favorables al Gobierno frances, que no se debe dudar que las admitirá, y que se conseguirá con esto la vida y la libertad de la reina. » O bondad de la divina Providencia! ¡cuántas gracias te tributé en el alborozo de mi agradecimiento y de mi alegría!

Quería aun aquella misma noche mitigar con tan buenas nuevas las enconadas llagas de la reina, y tambien era del mismo parecer el buen municipal; pero habiéndose presentado este á las puertas de la Consergería, le detuvieron, con grande asombro suyo y mio, bajo pretexto de una orden reciente que prohibía á todos la entrada. Esta circunstancia, que me daba mucho en que pensar, nos hubiera causado la mayor inquietud, á no haber hecho renacer nuestras esperanzas las cartas de Fitz-Asland; y Michonis

creyó por entónces, que este incidente era efecto de una equivocacion, fácil de corregir. Dos dias pasaron sin que se oyese hablar de ninguna gestion por parte de la municipalidad ni del Gobierno, y sin que yo supiese nada de Michonis. No me atrevía sin embargo á manifestar con repetidas instancias el interes, que me tomaba en la suerte de la reina, porque ya era demasiado conocido, y acaso un zelo inoportuno hubiera perjudicado á su causa. Esperé pues sin dar paso alguno, aunque desazonado interiormente; y lo estuve mucho mas, cuando al fin del tercer dia supe por los diarios de la tarde la prision de Michonis, de Toulan, de otros diez municipales y de varios ciudadanos. Me quedé sin color al leer esta triste novedad, ménos por la relacion que podía tener con mi persona el peligro de los presos, que por lo mucho que in-

fluiría su suerte en la de María Antonieta, pues no debía dudarse, que la causa de su arresto era el afecto que habían noblemente manifestado á aquella princesa, en las varias ocasiones en que procuraron servirla. Podía con todo haber motivado semejante determinacion el temor del influjo de estos personajes en la opinion pública durante el proceso; pero ¿qué sería entónces de las esperanzas con que me había alucinado la carta de mis amigos?

Mientras estaba embebido en estas reflexiones, entró en mi casa un ministro del tribunal de policia interior, y me notificó una orden, en que se me mandaba fuese inmediatamente á presentarme. Juzgué que me habrían comprendido en la disposicion tomada contra los municipales, y seguí sin replicar á mi conductor.

Avivóse mi curiosidad y se me ofre-

cieron mil ideas, porqué el nombre del tribunal de policia interior llenaba á todos de miedo y admiracion; y estos fueron tambien los sentimientos que entónces me causó. Voy á comparecer, discurría á mis solas, delante de unos hombres, repletos de poder y de sangre, que disponen á su antojo de la vida de los ciudadanos, y de la existencia y destruccion del imperio. ¿Qué es lo que harán de mí, átomo imperceptible en los torbellinos revolucionarios? Los que con solo pestañear hacen estremecer los tronos, ¿perdonarán al insecto que les roe los zancos? voy sin duda á perecer, aplastado con desden debajo de sus piés. —

Al entrar en la sala de sus juntas, quedé sorprendido al ver á aquellos arrogantes dictadores, sentados de un modo llano y sencillo al rededor de una mesa redonda, ocupados los mas en escribir, mientras algunos, despues de

pedir licencia para hablar, daban cuenta de sus dependencias. Siempre habíayo acompañado hasta entónces la idea del poder con la de la magestad; pero me desengañé de esta falsa preocupacion en aquel lance, y me convencí de que es posible trastornar el mundo y hollar á los hombres aun con el traje mas sencillo.

Presidía este tribunal un viejo, á quien las canas, calva y aspecto severo daban la figura del Destino. Mandó que me acercase, llamándome por mi nombre, y me dirigió poco mas ó ménos el siguiente discurso.

» El Gobierno hace mas aprecio de la ingenuidad de un realista, que del disimulo de los falsos republicanos, y no ignora tu afecto y servicios á la familia de los Capetos. Pero como está persuadido de que solo has procurado serles útil sin perjudicarle, no tiene por criminal tu conducta, ántes por

el contrario quiere hoy mismo darte una prueba de la confianza que le mereces.

Sabes bien, que por una infame traicion han sido entregados á la venganza del Austria muchos representantes del pueblo, y algunos embajadores y generales. El emperador, condescendiendo con los deseos que le ha manifestado la Inglaterra por el ministro británico residente en Viena, propone el cange de estos prisioneros con las personas que están encarceladas en el Temple. El representante de la república en Suiza ha pasado esta propuesta á los comisionados, y el Gobierno la ha tomado en consideracion.

Como el secreto de su política consiste en la fuerza, y su diplomática en la victoria, la Francia, república, solo entra en negociaciones con los reyes, despues de haberlos vencido. Así, aunque nos sean muy apreciables

los sugetos que se hallan prisioneros en poder del emperador, no les podemos sacrificar la justicia, á que siempre debemos dar la preferencia. La justicia pues, no ménos que la seguridad del estado, exige que sea humillado en un patíbulo el orgullo de una reina culpable: se le va de consiguiendo á formar el proceso, y los verdugos están ya preparados. Sirva en hora buena á nuestros fieros enemigos de pretesto para horrosas represalias este nuevo triunfo de la *igualdad*, que ellos llamarán un segundo regicidio: sacrifiquen, si quieren, á los republicanos que tienen aherrojados; la obligacion de los republicanos es morir por su patria, y la de esta vengarlos dignamente. Tal es la resolucion y tal la respuesta que el tribunal ha enviado al emperador, y que te participa, porque sabe que tú eres en Paris el medianero de esta negociacion. Te re-

quito, que no te lo vitupera, puesto que eres extranjero y no estás al servicio del estado; pero ya ves que no es tan indulgente con sus empleados infieles, los cuales pagarán con sus cabezas su infame traicion.

Tú ejerciste con el último Luis un ministerio de valor y de caridad, por encargo del Gobierno que había entonces, y el de ahora no te lo reprueba, ántes bien te brinda á que continúes haciendo los mismos oficios con María Antonieta, y deja á tu integridad el pormenor de tus conferencias con ella. El tribunal dará sus órdenes, para que no se te ponga embarazo alguno en el cumplimiento de tu encargo.

Nada respondí, ni se podía responder á unos hombres tan inflexibles. Salí penetrado de terror, y para desvanecerlo, tuve, cuando volví á casa, que ponerme en manos de la divina

misericordia. Poco á poco se disminuyó mi turbacion, y recobré la esperanza, el valor y la conformidad. Ofrecí á Dios, que todo lo permite, el sacrificio de la vida de la reina; y no pudiendo librarla de una muerte inevitable, determiné trabajar en disponerla para otra mejor vida.

~~~~~

NOCHE DUODÉCIMA.

—————

El proceso de Maria Antonieta se puede llamar, en mi opinion, el mayor esfuerzo del heroísmo, y sus posteriores momentos el triunfo de la religion. Nadie tenía mas motivos que ella para estimar la vida, y parecía por lo mismo que debiera poner mayor empeño en conservarla: sin embargo, no se valió de otros medios que de los de una rigurosa y legitima defensa. Este siglo, tan fecundo en portentos, ha visto el maravilloso espectáculo de una muger, jóven aun y hermosa, que ha ido al patíbulo, como si fuese el término ordinario de su vida. El filó-

misericordia. Poco á poco se disminuyó mi turbacion, y recobré la esperanza, el valor y la conformidad. Ofrecí á Dios, que todo lo permite, el sacrificio de la vida de la reina; y no pudiendo librarla de una muerte inevitable, determiné trabajar en disponerla para otra mejor vida.

~~~~~

NOCHE DUODÉCIMA.

—————

El proceso de Maria Antonieta se puede llamar, en mi opinion, el mayor esfuerzo del heroísmo, y sus posteriores momentos el triunfo de la religion. Nadie tenía mas motivos que ella para estimar la vida, y parecía por lo mismo que debiera poner mayor empeño en conservarla: sin embargo, no se valió de otros medios que de los de una rigurosa y legitima defensa. Este siglo, tan fecundo en portentos, ha visto el maravilloso espectáculo de una muger, jóven aun y hermosa, que ha ido al patíbulo, como si fuese el término ordinario de su vida. El filó-



sofo sensible y el verdadero cristiano se han asombrado al ver que una reina poderosa, esposa adorada y madre feliz, ha sacrificado la corona, su esposo, sus hijos, sus esperanzas y hasta sus sinsabores, á la religion, á la razon y á la necesidad. Los frios cálculos de la filosofía de este siglo, y aun los ratiocinios de la teología mística, no pueden producir este desprendimiento tan completo, reservado únicamente á la religion. No entiendo aquí por religion ese cúmulo de dogmas incomprensibles y de ceremonias dirigidas enteramente á los sentidos; sinó la emanacion directa y pura del Autor sagrado del universo; cadena misteriosa de que penden todos los mundos y todos los corazones; que les comunica, al mismo tiempo que la vida, las sensaciones, y con ellas la gratitud; sopló creador y conservador que dispensó la luz á los so-

les, y hace nacer la yerba; llama de valentía y de amor, que ha impreso en la bóveda de los cielos, como en la frente del hombre, el sello de la divinidad.

Hallábase la reina poseida de este espíritu extraordinario y consolador, en términos que cuando la volví á ver, encontré su ánimo tan encumbrado, que no se me hacía accesible ni aun con las mas indirectas exhortaciones. Parecía que precisada á comparecer ante el tribunal sanguinario, que era lo mismo que encaminarse á la muerte, se disponía para asistir á un convite. El 12 de octubre por la noche fué llamada al interrogatorio secreto, al cual se presentó vestida de negro. No había mas luz en la sala, que la de dos bujías que tenía el escribano del tribunal en su mesa. Habían destinado para la reina de Francia un pobre banquillo, al mismo tiempo que

el presidente Hermann y el acusador público Fouquier estaban sentados frente de ella en siales magestuosos.

Antonietta respondió á las varias preguntas que se le hicieron, con precision, laconismo y serenidad. Hubiera podido manifestar, no solamente el desprecio que le inspiraban sus jueces, sinó tambien la indignacion que sus preguntas debían causarle; pero no quiso echar mano de estos medios, por haber llegado á la heroica resignacion de mirar con igual indiferencia la vida que la muerte. Sin estar enteramente desprendida de aquella, solo dijo lo indispensable para librarse de esta, en la suposicion de que los jueces hubiesen dado oídos á sus razones. Mas aquellas fórmulas protectoras á que la sujetaban, eran un nuevo ultraje hecho á la justicia y á la humanidad, y cada juez ocul-

taba debajo de su toga el puñal de un asesino.

Supe en el discurso del interrogatorio el suceso que había motivado la prision de los municipales, el rompimiento por consiguiente de las negociaciones á favor de la reina, y la aceleracion de su proceso. Michonis introdujo con su imprudente facilidad en el cuarto de Antonietta á un hombre, no ménos indiscreto, que dejó caer á sus piés un clavel, y habiéndolo mirado con algun ahinco, hizo caer en sospecha al gendarma que se hallaba de guardia. Este dió parte de lo ocurrido al conserge, quien lo hizo saber al acusador público, el cual mucho tiempo había que buscaba un pretesto para entablar el proceso. Fouquier, tan astuto como cruel, encargó al delator, que fomentase la trama, en vez de impedirla. Privada la reina de los medios de escribir, se valió de

un alfiler para contestar á la esquila que venia en el clavel, y como el gen-darma se había granjeado su confianza fingiendo un piadoso zelo, le entregó la carta juntamente con el papel á que respondía. Estos documentos que nada significaban en realidad, y que recibían toda su importancia de la especie de misterio con que se les encubría, fueron llevados en triunfo á los miembros del Gobierno, los cuales empezaron desde entónces el proceso.

Aun no bastaba esto : despues de presentar á Antonieta, como dispuesta á trastornar el estado, faltaba hacerla aparecer como madre incestuosa que injuriaba á la naturaleza, y que pretendía agotarla en su mismo origen con escesos, mucho mas detestables que los de Mesalina. Procuraron, para salir con este infame proyecto, intimidar por grados y avasa-

llar la imaginacion, la indole y el discurso, y aun viciar el temperamento de Carlitos, que estaba en poder del hombre mas vil, brutal y malvado, desde que le separaron de su madre. El niño, mas desgraciado que criminal, olvidando el cariño de una madre, y rindiéndose al azote de aquel demonio incitado contra él, fué el ciego é inocente órgano, por cuyo medio exhaló la tiranía las mas negras calumnias contra la reina. La acusacion fiscal la presentó á la Francia, como una indigna prostituta, que había formado de sus hijos otros tantos discípulos de la corrupcion y de la torpeza. Esta infamia escitó la indignacion pública contra el tribunal; pero este se acostumbraba á insultarla, ó por mejor decir, iba ya sufocándola con la sangre que derramaba.

Pasé con Antonieta una parte de la noche que siguió al interrogatorio, y

á la mitad de ella le llevaron la acusacion, que empezó á leer con tranquilidad; y solo se detuvo algunas veces, para rebatir con un rasgo picante y satírico las calumnias de que estaba entretejida. No solo injurian, me decía, á la humanidad, sinó que sus espresiones bárbaras se oponen tambien á las primeras reglas de la lengua. Qué estilo! ; qué conjunto de ideas opuestas, de pensamientos falsos y de espresiones equívocas! No es este el language que elevó á tan alto grado la pluma del afectuoso Racine, del afable Fenelon, del tierno Juan Santiago; sinó el idioma del infierno en la boca y cartapacios de los demonios.—

Al otro dia de madrugada fui á ver á la reina, y la encontré que se desayunaba con buen apetito. Luego que entré, me dijo con cierta sonrisa: Voy á salir á la palestra, y es necesario tomar fuerzas para la pelea, porque

las he de haber con un lidiador vigoroso y hábil.—

Un portero, acompañado por dos oficiales de gendarmería, vino á notificarle, que el tribunal ya formado la estaba esperando. Segun el rumbo que llevan las cosas, dijo la reina mirándome, es indiferente que vaya ó deje de ir: todos los nombres vienen á ser sinónimos en esa antesala de la muerte, y presentarse en el tribunal es casi lo mismo que caminar para el cadalso.—

La seguí á lo léjos, y vi cómo atravesaba velozmente, aunque con mucha dignidad, las dos hileras de espectadores que se habían agolpado á su tránsito. Llegada á la sala del tribunal, su presencia impuso de repente silencio á todo el concurso. El portero le señaló la silla de *acusada* que debía ocupar, y subió á ella como si fuese á un trono; y cuando se hubo

sentado, aun parecía que dictaba leyes á los asesinos sus jueces.

Los diarios de aquella época, y despues varios escritores, han compilado las circunstancias y formacion de este célebre proceso, que ocupará uno de los capítulos mas instructivos é interesantes de la historia. Muchos han visto la acusacion fiscal, el exámen y deposiciones de los testigos, las preguntas hechas á la reina y sus respuestas, los debates entre ella, el tribunal y los testigos, la recapitulacion del presidente, la defensa de los abogados, el pedimento del acusador público y la sentencia final. No pudo impedir la tiranía de los decenviros, que se divulgasen estas particularidades, con que se aumentó el resentimiento, de que tan justamente fueron víctimas en lo sucesivo; ó por mejor decir, solo permitieron que se trasluciesen estos horribles pormeno-

res, porqué encontraban en ello pruebas de su poder, y pábulo para su vanidad. Pero ya se guardaron bien de aterrar al público con el cuadro que ofrecía en aquellos tiempos su carnicería legal, y de presentarle el discurso que pronunció Antonieta poco ántes de su sentencia. Voy á dar á Vd. una idea de ambas cosas.

Figúrese Vd. una sala espaciosa, cuyas paredes estaban colgadas de una tapicería de campo azul, adornada con trofeos revolucionarios. Los dos tercios de esta sala estaban reservados por medio de una balaustrada para el público, ansioso de las tragedias que se representaban en la otra division. Allí se veian sentados en un estrado elevado, al rededor de un largo bufete, lleno de cartones y papeles, cinco sujetos, cuyos cabellos eran negros y lisos, su color pálido, su mirar siniestro y sombrío, y su fren-

te constantemente arrugada. Se descubría el desasosiego en sus facciones alborotadas, en sus extravagantes discursos y en sus movimientos convulsivos. Su sangrienta sed, que recibía incremento con la misma sangre que derramaban, devoraba sus secos paladares, y así es que los remojaban á menudo con grandes vasos de agua. Estaban envueltos en un manto negro muy cumplido; un ancho sombrero con un pesado plumage cubria sus cabezas, y encima de sus pechos, donde se agitaban unos corazones ansiosos de mortandad, se distinguía la señal tricolor, símbolo de una libertad que no conocían. Se veían detras dos hileras impares de jurados, escogidos por lo regular de la clase mas ignorante, crédula y débil, sentados en dos bancos paralelos. Capitaneaba á estos ciegos instrumentos de destruccion un caudillo experimentado,

envejecido en los homicidios, infame por sus delitos, sin pudor ni conciencia, que no conocía la compasion, y que desde las puertas de la Abadía, donde ensayó por primera vez sus armas en las jornadas de setiembre, consiguió á fuerza de asesinatos el supremo empleo del tribunal revolucionario. Este era el diestro gefe, que despues de recibir la órden del presidente, la comunicaba á los de su cuadrilla: sus ojos centellantes vagaban de continuo de los jueces al concurso, de los espectadores al acusado, de este á los jueces, y de ellos á sus dóciles compañeros: acechaba sus movimientos, atisbaba el murmullo de los labios, escudriñaba las miradas, se introducía hasta el interior, lo observaba sin cesar, y con una pantomima continuada daba cuenta exacta de todo al gefe superior, cuya benevolencia y voto mendigaba con bajeza. En

premio de éstos distinguidos servicios le comisionaban para dirigir nuevos asesinatos; y por tales medios llegaba á reemplazar al presidente, si este era nombrado representante del pueblo ó ministro.

A la derecha del que desempeñaba este encargo, había un bufetito, en el cual estaba escribiendo un sugeto, cuyo nombre se había hecho sinónimo con el de *asesino*. En su ancha y lisa frente se leía escrito con letras de sangre LA MUERTE: su nervudo brazo hacía de continuo mil gestos homicidas, y parecía difundir LA MUERTE: de su boca en fin, como de la de una furia, salía y resonaba el terrible grito de LA MUERTE.

Entre este que la pedía, el presidente que la mandaba, y el secretario que extendía el decreto, había una silla de cuero usada ya por infinitos sentenciados, donde se sentaba el a-

cusado del día. Con el tiempo sustituyeron á esta silla, en que solo cabía una persona, tres órdenes de gradas en forma de anfiteatro. Allí hacían sin distincion las edades, los sexos, los estados, las sectas y las opiniones; el opulento asentista general estaba al lado del miserable campesino; el zapatero remendon cerca del duque y del par; el decrepito octogenario junto al agraciado y robusto jóven; el morador de las riberas del Escalda con el de los Alpes; el judío con el católico-romano; el constitucional Le Chapelier con el realista De Grammont, y el sensible Phillipeaux con el inhumano Hebert.

Ocupaba en esta ocasion el fatal asiento una sola persona, que llamaba la atencion de todos los circunstantes. En este día de mentiras, delaciones, humillaciones, denuestos y calumnias, no vi su semblante inmutado ni

siguiera una vez. Podía decirse, que deseando batallar las pasiones groseras con las sublimes, habían escogido estas para domicilio el corazón de Antonieta, y para asiento su augusta frente; mientras que el tétrico odio, la venganza ansiosa de sangre, el fanatismo embriagado de falso zelo, la estúpida ignorancia, y la crueldad con su corazón de hierro, ostentaban su furor en los horribles semblantes de aquellos sangrientos jueces.

Después que por mandato de Fouquier se leyó la acusación, modelo de atrocidad y de pésimo gusto, se pasó al examen de los testigos, entre los cuales había sujetos de opiniones, conducta y talentos muy diversos; pero que todos tardaron poco en experimentar la fatalidad de una misma suerte. Era cosa deplorable y estraña, ver en un mismo tribunal, juntos en el mismo recinto, y reunidos con el

mismo fin, al sabio y elocuente Bailly, que de la plaza de académico que honraba, ascendió al distinguido puesto de corregidor, para subir de allí al cadalso; al energúmeno Hebert, que aconsejando delitos consiguió el empleo que había obtenido Bailly á fuerza de inspirar y practicar la virtud; á Manuel, calumniado y asesinado, por no haberse atrevido á mostrarse decididamente virtuoso ó decididamente criminal; á D'Estaing, que inclinó bajo del hierro de los verdugos su laureada cabeza; á Valazé, que vivió como Aristides y murió como Caton; á Michonis y á los municipales, cuya imprudencia fué la causa de su muerte; al inhumano Simon, que reunía la ferocidad con la estravagancia; y al insigne Lecointre por fin, cuya cabeza exaltada estuvo siempre en contradicción con sus verdaderos sentimientos, y que por poco perdió á la

Francia, atropellando con una justicia intempestiva á algunos de sus déspotas ya derribados.

La recapitulacion del presidente Hermann estaba escrita con mas método, y fué pronunciada con ménos arrebató que la acusacion; pero no se ocultó á algunos observadores, que en el ardor del debate y en la serie de las preguntas hechas á los testigos, se procuraba esparcir el gérmen emponzoñado del proceso, que se había de entablar en breve contra ellos. Así es que hubo momentos en que me pareció, que los dos Latour-du-Pin, D'Estaing, Valazé, Manuel, Michonis y Bailly habían pasado de testigos á acusados. El infame tribunal anticipaba las contusiones á los asesinatos.

María Antonieta satisfizo á las preguntas, y refutó todas las objeciones con particular moderacion y con admirable serenidad: apenas se me ha-

cía creible la mutacion que en ella observaba. Su frente sosegada, sus ojos apacibles, la perfecta tranquilidad de su semblante, sus ademanes circunspectos, y su sencillo, conciso y convincente discurso, al paso que escitaban el interes de los espectadores, provocaban la envidiosa ferocidad de los jueces. El dominio que la reina había adquirido sobre sí misma, se lo aseguraba sobre todos los demas: su moderada defensa y su afabilidad, si me puedo valer de esta espresion en semejantes circunstancias, se granjeaban las voluntades de los que estaban presentes; mas eran otros tantos delitos, de que se hacía culpable para con el tribunal. Quería este sin duda que se hubiese dejado llevar la reina de la altanería propia de su carácter, ó contaba á lo ménos con algun arranque fuerte del orgullo humillado; sin embargo nada de esto sucedió. Si qui-

siera ennoblecer este cuadro, grandioso de suyo, la compararía á una roca, que eleva hasta las nubes su tranquila frente, mientras las embravecidas olas se estrellan á sus piés; pero me limitaré á decir, que me pareció no la tenía mas inquieta la discusión de un asunto de que pendía su vida, que pudiera estarlo, si se tratara de un negocio doméstico. La inocencia resplandecía en su persona; y aunque procuraba disimular su superioridad, conservó siempre el semblante propio de los jueces, al mismo tiempo que estos parecían reos condenados á muerte. Solo una vez se escedió de los límites de moderación que se había propuesto, en vista de la infernal atestiguacion de Hebert y de la infame interpelacion de un jurado. Afirmó el primero que Antonieta, despues de la muerte de su esposo, tenía escuela y había dado á sus hijos lecciones de

torpeza; que la salud de Carlitos se hallaba notablemente deteriorada á consecuencia de estos escesos, de que se horroriza la naturaleza y se avergüenza la honestidad; y que él mismo había denunciado los desórdenes de que era víctima, imputándoselos á su madre. Esta declaracion irritante y falsa abochornó é indignó á la reina, la cual recobrando con tan impensada conmocion su arrogancia habitual, tuvo á ménos el responder, contentándose con ridiculizar al desvergonzado delator con una cruel sonrisa. El presidente mismo no se atrevía á llevar mas adelante tan abominable informacion; pero un jurado mas insolente osó interpelar á la reina, y traspasó su corazon con el mas agudo puñal. Las facciones de Antonieta expresaban muy al vivo su cólera y horror, y sus ojos derramaron algunas dolorosas lágrimas, hasta que pro-

rumpió por fin con el acento del recato ultrajado : *La naturaleza rehusa contestar á semejante imputacion hecha á una madre : apelo á cuantas puedan hallarse aquí presentes.* Lloró despues de esta esclamacion , y luego recobró poco á poco su respetable y moderada serenidad.

Se encargaron de su defensa dos célebres abogados : el uno , que era Tronçon Ducoudray , murió despues , víctima de la opresion directorial , en los desiertos de Synamary ; el otro , Chauveau-Lagarde , se ocupa con fruto en la gloriosa carrera de la abogacía , y varias veces ha visto premiado su talento , librando del cadalso á los infelices , que hubieran perecido por el influjo de la ignorancia ó de la preocupacion. Ambos se valieron , para defender á la real cliente , de los fecundos recursos de la elocuencia ; y aunque la de Ciceron desarmó en o-

tro tiempo á César , que había ido al tribunal con designio de castigar , y le obligó á perdonar ; los defensores de Antonieta , ménos afortunados , porque hablaban á corazones mas empedernidos , apelaron en vano á todos los medios de este arte maravilloso. Y ¿ qué númen ó qué prodigio hubiera podido ablandar estas almas fieras , para las cuales el delito era una necesidad , un placer y una obligacion ? ¿ Ni cómo hubiese perdido el tribunal la útil y gloriosa ocasion de acreditar su zelo á los decenviros , ofreciendo ensangrentada á sus piés la cabeza que ántes había ceñido la corona ?

Despues del alegato de los defensores , pidió Antonieta y obtuvo permiso para hablar , y pronunció poco mas ó ménos el siguiente discurso , que los periódicos de aquel tiempo se guardaron bien de publicar.

» Nunca me he hecho ilusion acerca de la suerte á que me destinabais : habéis decretado mi muerte , vais á pronunciarla , y estoy resignada. En vano mis defensores os han manifestado que yo ni era , ni podía ser delincuente : estáis convencidos de mi inocencia , pero lo estáis aun mas de que es preciso que muera. Cumplid pues con la comision que se os ha encargado , enviándome al suplicio ; y mañana al rayar el dia , id á recibir la paga por este nuevo asesinato , presentando mi cabeza á los piés de vuestros amos. »

» Permitaseme con todo aprovechar los últimos momentos que se me conceden , para dar algunos consejos saludables á los que me oyen , á vosotros mismos y á los usurpadores. »

» Cabezas del poder que se llama Gobierno , ya está llena la medida de vuestras autoridad , y va á verterse

por todas partes. El cúmulo de vuestros delitos se levantará contra vosotros ; la sangre derramada sin justicia ni utilidad , clama ya por la venganza ; la conseguirá , y vosotros pereceréis sin remedio. »

» Verdugos vestidos de jueces , la impunidad de vuestros crímenes os alienta á cometer otros nuevos. Vuestra embriaguez sanguinaria que os tiene adormecidos , os causará vahidos dentro de breve , y entónces desaparecerán el aparato consolador y las esterioridades de la justicia que ahora os afianzan ; caerán vuestras mascarillas de jueces ; se verán vuestras caras de asesinos , y pereceréis sin falta. »

» Vosotros , franceses , á quienes la tiranía codicia y devora ya en su interior , ¿ queréis libraros de sus insultos ? Cuando seáis arrastrados ante este tribunal , negaos á responderle , haciendo presente su incompetencia.

¿Se atreverá á degollaros sin haberos oído? Si á tal se atreve, acabará al momento su poder, y la sangre que ha hecho derramar, retrocederá para anegarlos. »

» Yo misma, que hago esta advertencia, os hubiera tambien dado el ejemplo, si solo fuese muger; mas era y soy todavía madre, y la naturaleza me prescribía que me conservase para mis hijos. »

» Al salir de una vida que me es odiosa tanto tiempo, les tengo lástima, porque la han de disfrutar bajo el dominio de los mismos que la llenan de amargura. ; Así el Eterno, protector de la inocencia, los liberte, llamándolos á sí, del suplicio á que viven destinados! »

» Doy gracias al público por el silencio que ha guardado, mientras se ventilaba mi causa, pues me ha dado con esto una prueba de los deseos que

tiene de mi libertad. Estoy agradecida á mis defensores por su zelo; he gozado por la última vez de los nobles acentos de la elocuencia, y nunca he oído otros que mas persuadiesen. ; Ojalá sean mas afortunados en otra ocasión! »

» Esposo mio, voy á encaminarme á la muerte por las sangrientas huellas que me has señalado. Dentro de algunas horas me uniré contigo en la region de la verdad y de la justicia. »

» A Dios, pueblo bueno, aunque inconstante: cuando llenabas de flores y perfumabas con inciensos mi trono ó mi carroza, estabas muy distante por cierto de creer que pararía en un patíbulo. A Dios.... voy á sacrificarme á tus estravíos; pero lego mi hijo á tu generosidad. »

» ¿Están ya dispuestos los verdugos y levantado el cadalso? Dadme el parabien, porque una muerte gloriosa

me privará de la vista de tantos delitos. Me separo del infierno y de sus perversos habitantes, para entrar en el seno de Dios y de mi esposo. »

El acusador público leyó su pedimento fiscal, y concluyó pidiendo que la acusada fuese condenada á muerte. Pronunció el presidente la sentencia, y al decir *pena de muerte*, se oyó un sordo murmullo entre los espectadores. La reina no mudó de color ni perdió su serenidad; y solamente á las palabras *conspiración contra el estado*, soltaron sus labios cierta sonrisa de indignación. El concurso guardó entonces el mas profundo silencio.

El tribunal mandó que volviese á su prision la reina, la cual se levantó, atravesó la sala con velocidad, bajó otra vez á la Consergería, y sin que se le escapase una palabra ni una mirada, entró en su cuarto, donde su primer pensamiento y la primera ges-

tion, fué ponerse de rodillas, para ofrecer al Señor el suplicio que le acababan de imponer. Al hallarla en esta situacion, señora, le dije, V. M. desamparada por los hombres, busca en el seno de la divina misericordia las fuerzas que necesita para terminar el sacrificio. Los ausilios de la religion, y la presencia y voz de su ministro, pueden aliviar mucho vuestra dolorosa suerte. Pagád ahora á la naturaleza que padece, y á la frágil humanidad, el tributo de flaqueza que le debe toda criatura. Llorád, señora, que nunca pueden deshorrar las lágrimas que se derraman por los propios hijos: el primer afecto que ha impreso Dios en nuestros corazones, ha sido el deseo y el cuidado de nuestra conservacion. Si es pues siempre terrible el momento en que nos separamos de esta vida, aun quando una avanzada edad ó los continuos acha-

ques están señalando su término, ¿qué será cuando es preciso dejarla á la mitad de su carrera, y en unas circunstancias, en que la naturaleza y la fortuna concurren á afianzar nuestra felicidad? Con todo, el Eterno ha señalado el término de la vuestra, por uno de aquellos incomprensibles decretos que debemos adorar, aun cuando nos hieren; y ha querido conducirnos al cadalso por la escabrosa senda de los infortunios, de las calamidades, del abatimiento y de los trabajos. No quiero inculcaros mas estas ideas, porque tengo harto conocida la grandeza de vuestro ánimo, y sé que no amancillaréis con infamias y bajezas ese noble carácter, que ha asombrado á la Europa y aterrado á vuestros enemigos, y que contemplaréis sin inmutaros la muerte, que es para V. M. el principio de una feliz y gloriosa vida. Todo acabó ya para V. M. : conside-

rád que es la mano misma del Todopoderoso la que corre el velo entre vos y el mundo; guardád un respetuoso silencio, y humillád vuestra cabeza á las disposiciones del Altísimo. —

Antonieta me dió las gracias, porque había formado y conservaba tan elevado concepto de su valor, y me prometió, que su porte no me haría mudar de opinion. Entónces se ofreció por su propio movimiento á hacer una humilde y sincera confesion de sus faltas en el tribunal de la penitencia. Me edificó al oirla, pues no era la proximidad de la muerte la que le causaba escrúpulos, recordándole su vida pasada, sinó que la encontré verdaderamente piadosa sin supersticion ni sistema, muy instruida en la moral evangélica, y apesadumbrada de los frecuentes estravíos á que la habían arrastrado su carácter, las preo-

cupaciones de la educacion y el fausto de la grandeza.

Así que concluyó, y que en nombre de Dios, que me ha hecho, su sacerdote y me ha dado sus veces, liberté á la real penitente de la prision de sus culpas, me entregó una bolsita que contenía algunas cartas suyas y de su familia, y varias apuntaciones acerca de los sucesos de su vida. De estos papeles he extractado los documentos justificativos de mi narracion: otros hay que no permite aun publicar la prudencia; pero lo verificaré cuando acabe de salir el sól de justicia, que ya asoma por nuestro horizonte. Sin embargo, quiero ántes de dar fin á mi historia, referir el testamento de Antonieta, que encontré sellado con un sobrescrito á mi nombre, y cuyas cláusulas he procurado cumplir en cuanto ha estado en mi mano.

A las cinco de la mañana del dia 25 tocaron llamada para reunir toda la gente que estaba sobre las armas, y colocaron cañones en las cabezas de los puentes, en los desembocaderos de las plazas, y en las encrucijadas de toda la carrera. La reina adivinó el objeto de estos preparativos, y lo dijo repetidas veces; mas sin dar muestras de alterarse.

No me pareció adecuado para el consuelo espiritual de una persona de su carácter y pensar, reproducirle en los últimos momentos ciertas oraciones, piadosas á la verdad, pero secas y áridas; y como juzgaba que debía ocuparla en meditaciones mas afectuosas, le leí algunos pasages del tratado de Platon sobre la inmortalidad del alma, varios capitulos de la *Imitacion de Jesucristo*, un trozo del elocuente sermón de Massillon acerca de la disposicion para morir, y el admirable

21.

himno que Milton pone en boca de los ángeles, cuando forman coro de adoracion y amor al rededor del Dios, cuyo poder y bondad están siempre glorificando. Este trozo, que es de los mas sublimes de la lengua y escritos ingleses, infundió en el espíritu de la reina tal quietud, resignacion y desprendimiento, que la presencia de los verdugos ya no le causó ninguna perturbacion.

Levantóse al verlos, se prendió en la cabeza un gorro con mucho esmero, se puso al cuello un gran pañuelo, y salió, siguiéndola yo inmediatamente, y los verdugos detras de toda la comitiva.

Encontró en el corredor, por el que se entraba á su cuarto, al gendarma, que por haberla delatado á los municipales, había ocasionado, ó acelerado al ménos, su proceso y sentencia. Paróse al verle, y se le encendieron los

ojos de indignacion; pero acercándome, acordaos, señora, le dije, de Jesucristo, que oró en la cruz por los mismos que le crucificaban. — Me miró, mudó de semblante, y dijo enterrecida al gendarma: Dios te perdone, como yo te perdono. — Y luego continuó vuelta á mí: Aun debía darle las gracias, porque ha puesto fin á mis trabajos; mas no me siento con fuerzas para rogar por él.

En un rincon del patio, donde se habían juntado muchos presos para verla pasar, divisó á la muger del alcaide, madama Richard, y habiéndola llamado por su nombre, le agradeció muchísimo la consideracion con que la había tratado, y le pidió se portase del mismo modo con todos los infelices, encargados á su custodia. Despues añadió: Diga Vd. á Michonis, á Toulan y á cuantos padecen por mi causa, que me voy de este

mundo con el mas vivo sentimiento por haberles causado su perdicion: su imagen y su memoria me acompañan en los últimos momentos, y espero tenerlos presentes aun despues de mis dias. — Se adelantó un poco para coger las manos á la alcadesa, y decirle con el acento mas patético: Madama Richard, si algun dia.... me horrorizo de pensarlo.... mas ahora todo es posible.... si algun dia trajeran á esta cárcel á mi hermana Isabel.... á mis hijos.... á mi desgraciado Carlos.... — No pudo pasar adelante, porque las lágrimas se lo impidieron; y así es que hizo un ademan espresivo, para acabar de suplicar á la afable alcadesa que favoreciese á su familia.

Como avergonzada de haber llorado, procuró recobrar su serenidad enjugándose las lágrimas. Saludó á los presos con magestad, manifestó su a-

gradecimiento á los porteros, y salió por fin de la Consergería, despues de haber recibido de todos las mayores pruebas de interes, y de haberles causado tanto sentimiento como admiracion.

Luego que abrieron las últimas puertas, vimos que un innumerable gentío, inquieto y alborotado, llenaba el patio, galería y escaleras de la cárcel, y la plaza que está delante. Cuando la reina subió en la carreta que se le había dispuesto, cesó el rumor; y empezaron á guardar silencio. Ataron las manos á la paciente, se puso á su lado el cura de Saint-Landry, elérigo constitucional, y yo seguí el lúgubre carruage.

Desde el tribunal de Justicia, que es de donde salió, hasta la plaza de la revolucion, en la que estaba el cadalso, ocupaban ambas aceras mas de treinta mil soldados, divididos en dos

filas. Las calles, plazas, puentes, ventanas y hasta los tejados estaban llenos de muchísimos espectadores de todas edades, sexos y estados, que ansiaban presenciar un acto, tan nuevo como deplorable. Resonaron luego por el aire sus imprecaciones y gritos, y se oían sobre todo los horribles alaridos de rabia y muerte, que daba una cuadrilla de mugeres desgrenadas, de mal talante, con los ojos encendidos, y embriagadas de sangre y de vino. La reina, sin hacer mérito de semejante furor, solo pensaba en las verdades fundamentales de la religion, que la alentaba en aquel duro conflicto, y cuya excelencia iba á experimentar en breve. Efectivamente, su espíritu, exento de las pasiones y afectos terrenos, parecía haberse ya desprendido del mundo para volar á su Criador.

Una hora tardó la reina en llegar frente del cadalso, y su vista le hizo

perder el color; pero se tranquilizó al instante, y recibió arrodillada la última absolucion del ministro que la asistía. Dentro de poco, le dije, princesa desgraciada, habréis coronado con un glorioso martirio la larga agonia que os hacen sufrir los tiranos. Dentro de poco los ángeles del Señor juntarán vuestra alma con la de vuestro augusto y bienaventurado esposo.

— Téngame Vd. presente en sus oraciones, contestó, y no desampare á mis hijos.... Dios mio, recibid mi muerte en satisfaccion de mis pecados. — No bien hubo dicho estas palabras, se apoderaron los verdugos de la víctima; y miéntras que puesto de rodillas ofrecía su sangriento sacrificio en fervorosas oraciones, los repetidos gritos del concurso me manifestaron, que se había verificado el funesto fin de aquella terrible tragedia.

La tiranía, que despues de la muer-

de Luis XVI procuraba aun disimular sus atentados, se entregó desde este punto á cometerlos sin reserva, sin utilidad y sin reparo: la abrasadora lava del volcan revolucionario eubrió el suelo de la Francia, é infestó á sus desdichados habitantes: los facinerosos ya no guardaron mas miramiento, y se propasaron á toda clase de excesos: los representantes del pueblo, la flor del senado, en que fundaba sus esperanzas la nacion, y los sugetos, conocidos por sus heroicas virtudes y sobresaliente ingenio, tuvieron de allí á poco la misma suerte que la reina, siguiéndolos los ciudadanos mas distinguidos.

Si espresase el nombre de algunos en particular, injuriaría á los que omitiese, porque todos fueron igualmente nobles víctimas de la proscripcion. Baste decir, que poco despues del asesinato de Michonis y de los municipales

pales compañeros suyos, y cuando el cuchillo de los tiranos se había ya ensangrentado en el venerable Malesherbes y su familia, me resolví á salir de Francia, donde no podía hacer ningun bien, y pasar á Inglaterra para reunirme con mis amigos; y no me atreví á volver á un suelo, manchado con todos los crímenes, hasta que trascurrieron algunos meses despues de la abolicion del horrible triunvirato, y que la inundacion de sangre humana empezó á disminuirse. Edwino se apartó de mi lado, para activar la negociacion que ha restituido á la libertad y á su familia la interesante huerfanita, que fué un tiempo objeto de su intempestivo amor, al que sucedió despues un respetuoso afecto de compasion. Desde aquella época vengo á pasar la vida, y á comunicar mis penas á los restos de las familias, asesinadas por la cuchilla de los Marios

y Silas, y á los huesos que encierra ese lúgubre asilo. Estos sepuleros me dan útiles lecciones, me enseñan á menospreciar las grandezas engañosas, los bienes caducos y los falsos deleites, y á no estimar mas que la virtud fundada en la moral y en la religion, y practicada sin vanidad. ¡ Así estas cenizas, que aun están calientes y rociadas de sangre y de lágrimas, instruyan á los magistrados en sus obligaciones, como me imponen á mí en las mias! La debilidad del monarca y el indiscreto amor propio de la reina han alentado á los conspiradores, y suministrado pretextos á los ambiciosos. Si los que gobiernan el estado en la actualidad, quieren verse seguros de los puñales de aquellos y de las maquinaciones de los otros, sean justos. De este principio, como de un fecundo origen, emanan, la benignidad que patrocina, la beneficencia que a-

nima, la severidad que atemoriza al delincuente, la clemencia que perdona las faltas, la templanza que despoja al vicio de su veneno, da mas realze á los atractivos de la virtud, y uniformando los sentimientos de los mortales, los conduce finalmente á la felicidad.

## TESTAMENTO

DE MARÍA ANTONIETA.

(*Documentos justificativos, núm. 22.*)

» En el nombre de la beatísima Trinidad y de la santa Iglesia, católica, apostólica y romana, en cuya fe he nacido, vivo y protesto morir.

Hoy 5 de setiembre del año de nuestro señor de 1793, yo María Antonietta de Lorena, archiduquesa de Austria, viuda de Luis xvi, rey de Francia,

y Silas, y á los huesos que encierra ese lúgubre asilo. Estos sepuleros me dan útiles lecciones, me enseñan á menospreciar las grandezas engañosas, los bienes caducos y los falsos deleites, y á no estimar mas que la virtud fundada en la moral y en la religion, y practicada sin vanidad. ¡ Así estas cenizas, que aun están calientes y rociadas de sangre y de lágrimas, instruyan á los magistrados en sus obligaciones, como me imponen á mí en las mias! La debilidad del monarca y el indiscreto amor propio de la reina han alentado á los conspiradores, y suministrado pretextos á los ambiciosos. Si los que gobiernan el estado en la actualidad, quieren verse seguros de los puñales de aquellos y de las maquinaciones de los otros, sean justos. De este principio, como de un fecundo origen, emanan, la benignidad que patrocina, la beneficencia que a-

nima, la severidad que atemoriza al delincuente, la clemencia que perdona las faltas, la templanza que despoja al vicio de su veneno, da mas realze á los atractivos de la virtud, y uniformando los sentimientos de los mortales, los conduce finalmente á la felicidad.

## TESTAMENTO

DE MARÍA ANTONIETA.

(*Documentos justificativos, núm. 22.*)

» En el nombre de la beatísima Trinidad y de la santa Iglesia, católica, apostólica y romana, en cuya fe he nacido, vivo y protesto morir.

Hoy 5 de setiembre del año de nuestro señor de 1793, yo María Antonietta de Lorena, archiduquesa de Austria, viuda de Luis xvi, rey de Francia,

presa en la cárcel de la Consergería, pero libre por lo que mira á mi voluntad, pensamientos y espíritu; queriendo manifestar en cuanto pueda, lo agradecida que estoy á los buenos oficios que he recibido en las apuradas circunstancias en que me he visto, de los sugetos que despues espreso; he nombrado y nombro por albacea especial y universal de este testamento al abate Edgewort de Fermont, confesor ordinario de madama Isabel, princesa de Francia, el cual asistió con sus consejos y caridad al rey, mi esposo, en sus últimos momentos.

Encargo al rey Luis Cárlos, mi hijo, en la suposicion de que la serie de los acontecimientos le restablezca en el trono de su padre, que soló se acuerde de su funesta muerte, para portarse con mas firmeza y ménos irresolucion. Que nunca olvide que la falta de carácter causa la ruina del

hombre particular, el menosprecio del Gobierno de un rey, y muchas veces, como ahora, la pérdida del estado.

Juzgo inútil el recordarle lo mucho que debe á madama Isabel, su tia y mi hermana, porqué sin duda está en ánimo, como lo es el mio, de que esta virtuosa princesa le sirva de madre, y de no hacer cosa alguna sin aconsejarse de ella.

Aunque yo quería que la princesa María Teresa, mi hija, se casase con un archiduque, primo suyo por línea materna, como la voluntad del difunto rey, mi esposo, era de que contrajese matrimonio con el duque de Angulema, hijo del conde de Artois, su tio; encargo á mi hijo, que ejecute los deseos de su padre, luego que su hermana se halle en estado de poderlos cumplir por su parte.

Doy gracias á mi querida y amable

hermana Isabel por el grande afecto que siempre me ha profesado, y por lo mucho que ha cuidado de mis infelices hijos. Ruego á mi hermana, que en el caso de que mi hijo se siente en el trono, dirija sus pasos, á lo ménos en los principios de su reinado; y si está condenado á pasar en una cárcel los tristes dias de su niñez y los años mas amargos todavía de la juventud, suplico á la misma, que le consuele con su acostumbrada bondad.

Lego á mi desdichada familia la única prenda que está á mi disposición, y es un brazaete tejido de cabellos de mi esposo y míos, símbolo otro tiempo de amor, y ahora recuerdo de luto y llanto.

Encargo á mi hija que repita alguna vez, acompañándolo con el piano, el romance que compuse acerca del fin trágico de su padre: las lágrimas que derramé al tiempo de formarlo y cuan-

do lo cantaba, no dejaron de proporcionarme algun consuelo en medio de mis penas.

Suplico á mi hermana que recibi, en prueba de mi memoria, el ejemplar del *Viage de Anacársis*, que el señor de Fermont tuvo la bondad de regalarme. No dejo á este digno y respetable sacerdote mas testimonio de mi reconocimiento, que la molestia de cumplir, en cuanto le sea dado, esta mi última voluntad: su gran corazon no necesita de otra recompensa.

Dono á la alcaldesa madama Richard mi cartera con los dos dibujos de lápiz negro que tiene dentro. No puedo dejar de alabar su escelente conducta, pues ha aliviado con su afabilidad mi horrorosa situacion, y honra en mi opinion un empleo, que había yo tenido hasta aquí por bajo y despreciable.

Dono á madama Harrel, por el zelo

con que me ha servido, mientras he estado en la Consergería, mi bolsillo con las seis medias onzas que hay en él, y siento no poderle pagar mejor sus servicios.

Pido perdon á los señores Michonis, Toulan, Dangé, Jobert, Lepitre y á los demas, así municipales como ciudadanos, por los trabajos que han padecido por mí; y ya que la suerte me ha privado de medios para agradecer sus buenos oficios, deseo que encuentren el premio en el heroísmo que se los ha dictado.

El señor de Fermont hallará dentro de la cubierta de este testamento los retratos de tres señoras, que son madama de Lamballe, de Mecklembourg y de H\*\*\*\*. Le ruego que envíe el primero al señor de Penthievre, y dirija los otros á mi hermano el emperador de Alemania, quien los entregará á las señoras que me los regalaron en

prueba de su afecto, así como yo les acredito el mio devolviéndoles estos recuerdos.

Perdono de todo corazon á los que, con motivo ó sin él, se han declarado enemigos y perseguidores míos. Aconsejo al duque de Orleans, que no abuse por mas tiempo de un poder, que sabe es usurpado, sinó que lo honre, y haga olvidar los medios por que lo ha habido, patrocinando á los miserables y castigando á los malvados.

Concluyo deseando que la Francia sea feliz, poniéndome en manos de la Providencia, y encargando á las personas caritativas me encomienden á Dios en sus oraciones.

Firmado: MARÍA ANTONIETA. » ®

UEV  
P  
DTEC  
V